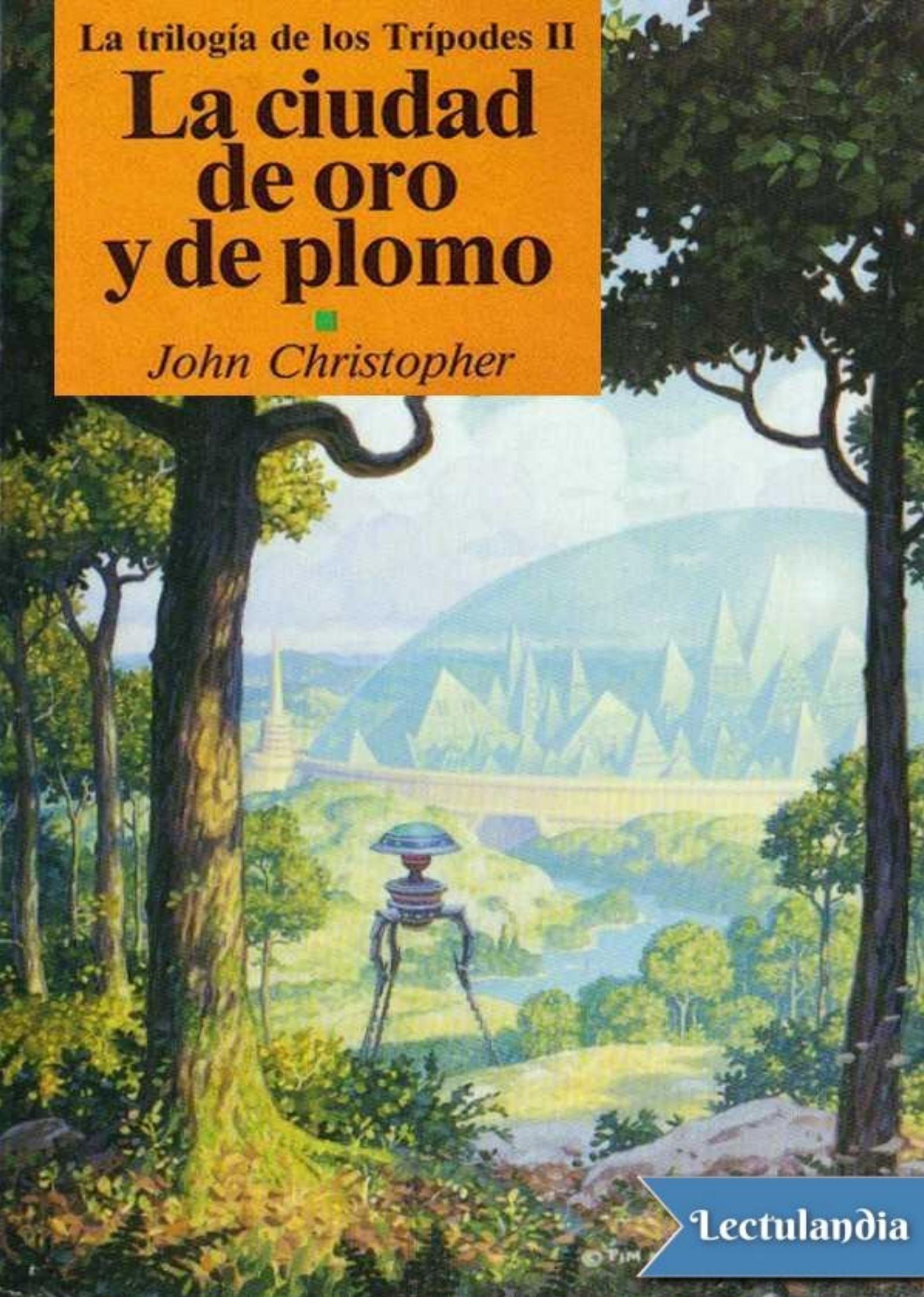


La trilogía de los Trípodes II

# La ciudad de oro y de plomo

*John Christopher*



Lectulandia

© TIM

Will Parker es ahora miembro del grupo de hombres libres dedicados a la lucha contra los Amos. Junto con otros dos compañeros, Fritz y Larguirucho, tiene que encargarse de una peligrosa misión: penetrar en una de las Ciudades del enemigo y conseguir toda la información posible y útil para preparar un ataque. Sus aventuras durante el largo viaje y las arriesgadas situaciones vividas al servicio de los Amos, extraños seres que precisan de una gravedad muy superior a la terrestre para sobrevivir y parecen destinados, —como la Gran Raza de Lovecraft—, a dominar una tierra en decadencia desde sus increíbles y gigantescas Ciudades doradas, se nos presenta en una clave fantástica sorprendentemente verosímil, que enlaza con la tradición de las utopías sociales más pesimistas y, al mismo tiempo, con la eterna toma de conciencia frente a la colonización y la esclavitud.

«La ciudad de oro y de plomo» continúa la historia comenzada por John Christopher en «Las Montañas Blancas» —publicado en esta misma colección— y es el segundo volumen de la llamada «Trilogía de los Trípodes».

Lectulandia

John Christopher

# La ciudad de oro y de plomo

Trilogía de los trípodes - 2

ePUB v1.0

Almutamid 05.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The City of Gold and Lead*

Autor: John Christopher, 1968

Traducción: Eduardo Lago

Ilustración portada: Tim Hildebrandt

Editor original: Almutamid (v1.0)

ePub base v2.0

# VOLUMEN I

# CAPÍTULO 1

## LOS TRES ELEGIDOS

Incluso cuando llegamos por primera vez a las Montañas Blancas, en verano, los tramos más altos del Túnel se asomaban a campos de hielo y nieve; pero en el extremo inferior había rocas, hierba y una vista del glaciar, que teñido de lodo marrón formaba al deshelarse arroyos que se perdían corriendo valle abajo. En Septiembre cayó una nevada que no cuajó, pero a principios de octubre volvió a nevar más abundantemente, y esta vez sí cuajó. El invierno nos asió con mano firme y hubo de pasar más de medio año antes de que aquellos dedos blancos y huesudos aflojaran su sujeción.

Los preparativos para el estado de sitio se hicieron con mucha antelación. Había comida almacenada y el ganado y el forraje invernal se trasladaron a puntos recónditos del interior de la montaña que nos resguardaba. No teníamos grandes necesidades en cuanto a calor, ya que estábamos protegidos por docenas, centenares de yardas de roca sólida. Frescas en verano, nuestras hondas cuevas resultaban comparativamente templadas durante el invierno. Cuando salíamos al exterior vestíamos pieles, pero el resto del tiempo bastaba con la ropa normal.

Llevábamos una vida de confinamiento, pero que no tenía nada de ociosa. Para los que estábamos en período de instrucción se tocaba diana a las seis, y después había media hora de ejercicio duro. Luego un desayuno sencillo y la primera sesión de estudio del día, que duraba tres horas. Había más ejercicios antes de almorzar a mediodía, y por la tarde ejercicios e instrucción en los deportes que escogíamos. Si hacía buen tiempo tenían lugar fuera, en la nieve; si no, en la Gran Caverna. Había una segunda fase de estudio antes de la cena y después, por lo general, los mayores charlaban; nosotros escuchábamos sin atrevernos a tomar parte. Se hablaba de un asunto concreto: los Trípodes; y había un objetivo: su derrocamiento.

Los Trípodes dominaban la tierra desde hacía más de cien años. Gobernaban sencilla y eficazmente, dominando la mente de los hombres. Lo lograban por medio de las Placas, mal as de metal plateado que se ajustaban al cráneo y quedaban injertadas en la carne de los que las llevaban. La inserción de la Placa se efectuaba al cumplirse los catorce años y así quedaba determinado cuándo dejaba uno de ser un niño y se transformaba en adulto. Era algo que se daba por supuesto, se esperaba y se deseaba, y cuando ocurría había festejos y celebraciones.

Hacía varios meses que yo había presenciado la ceremonia de mi primo Jack, que era un año mayor que yo, y posteriormente advertí el cambio que se operaba en él. A mí debían insertarme la Placa al año siguiente. Tenía algunos recelos, pero me los

callaba: nadie hablaba demasiado de los Trípodes ni de la inserción de la Placa y, por descontado, nadie ponía jamás en tela de juicio la legitimidad de estas cosas. Es decir, nadie hasta que al pueblecito donde yo vivía llegó Ozymandias, el Vagabundo.

Los Vagabundos eran la gente en la que la inserción de la Placa no había resultado bien. Sus mentes se habían negado a aceptar los condicionamientos de los Trípodes y, al negarse, quedaron dañadas. Erraban de lugar en lugar, sin permanecer mucho tiempo en ninguno; los hombres y mujeres normales, dotados de Placa, les proporcionaban cuidados pero sentían hacia ellos conmiseración y desagrado. Pero yo descubrí en mí mayor interés por ellos; especialmente por el que decía llamarse Ozymandias, un hombre corpulento, de barba y pelo rojizos, que cantaba extrañas canciones, recitaba versos y al hablar entremezclaba cosas juiciosas con tonterías. Desoyendo a mis padres, le invité a venir a la guarida que habíamos construido Jack y yo, justo en las afueras del pueblo. Me contó una extraña historia.

En primer lugar, no era un verdadero Vagabundo, sino que fingía serlo para poder viajar por el mundo sin que le hicieran preguntas y sin llamar la atención. La Placa que llevaba era falsa. Me explicó que los Trípodes eran enemigos de los hombres y no sus benefactores, que tal vez fueran invasores venidos de otro mundo; y también cómo, por medio de las Placas, las mentes que empezaban a pensar por sí mismas eran sojuzgadas y quedaban en disposición de adorar a sus opresores. También me dijo que, aunque los Trípodes dominaban el planeta, había todavía algunos lugares donde quedaban hombres libres y que uno de ellos se hallaba en las Montañas Blancas; al otro lado del mar, lejos de Inglaterra, hacia el sur. Me preguntó si estaba dispuesto a emprender un viaje difícil y peligroso hasta allí, y yo le dije que sí.

Él siguió su viaje en busca de nuevos adeptos, pero yo no me fui solo. Otro primo mío, Henry, con el que me llevaba mal desde antes de ir al colegio, me vio salir del pueblo y me siguió. Cruzamos el mar juntos y en la tierra llamada Francia encontramos a un tercero, Jean Paul (al cual apodamos Larguirucho). Juntos nos dirigimos hacia el sur. Fue tan difícil y peligroso como prometiera Ozymandias. Casi al final del viaje luchamos con un Trípode y, gracias a la suerte y a un arma de los antiguos que habíamos encontrado en las ruinas de una gran ciudad, lo destruimos.

Y así, por fin, llegamos a las Montañas Blancas.

El cuadro de instrucción lo componíamos once, y se nos preparaba para efectuar el primer movimiento de contraataque frente a nuestros enemigos. Era un aprendizaje duro, tanto física como intelectualmente, pero algo sabíamos de la labor que nos aguardaba y de las escasas posibilidades que teníamos de triunfar. Seguramente la disciplina y las penalidades que soportábamos no aumentarían demasiado las oportunidades, pero hasta las cosas más nimias contaban.

Porque nosotros, —o algunos de nosotros—, tendríamos que efectuar un

reconocimiento. No sabíamos casi nada de los Trípodes (ni siquiera si eran máquinas inteligentes o simples vehículos de otras criaturas). Teníamos que estar mejor informados antes de esperar éxitos en nuestra lucha contra ellos; y sólo había un medio de adquirir dicho conocimiento. Algunos de nosotros, uno por lo menos, debía penetrar en la Ciudad de los Trípodes, estudiarlos y pasar información. El plan era como sigue:

La Ciudad se hallaba situada al norte, en el país de los Germanos. Todos los años, a algunos de los que se les acababa de insertar la Placa, tras haber sido seleccionados por diversos procedimientos, eran enviados allí al servicio de los Trípodes. Yo presencié uno de esos procedimientos en el Château de la Tour Rouge, cuando Eloise, la hija del Comte, fue elegida Reina del Torneo. Me quedé horrorizado de ver que al final de su breve reinado aceptara convertirse en esclava del enemigo y acudiera contenta, considerándolo como un honor.

Al parecer, todos los veranos se celebraban unos Juegos entre los Germanos, a los cuales acudían jóvenes de todas partes. A los ganadores se les festejaba y eran objeto de grandes atenciones; luego partían también hacia la Ciudad en calidad de servidores. Había esperanzas de que alguno de nosotros ganara en los próximos Juegos, logrando así la admisión. Qué sucedería después era una incógnita. El que triunfara habría de confiar en su ingenio tanto para espiar a los Trípodes como para comunicar lo averiguado. La última parte sería probablemente la más difícil. Porque aunque a la Ciudad llegaban anualmente veintenas, tal vez centenares de personas, no se sabía de nadie que la hubiera abandonado jamás.

Un día notamos que se estaba fundiendo la nieve al pie del Túnel donde nos ejercitábamos y una semana más tarde sólo se veían ya retazos aislados; la hierba verdeaba, salpicada de azafranes púrpura. El cielo estaba azul y la luz solar llameaba entre los picos blancos que nos rodeaban, quemándonos la piel a través del aire puro de las alturas. En un descanso nos echamos en la hierba y dirigimos la vista hacia abajo. A media milla se movían cautelosamente unas figuras, visibles para nosotros, pero a cubierto de las miradas que pudiesen venir del valle. Era la primera incursión de la temporada y tenía por objeto saquear las ricas tierras de los hombres de la Placa.

Yo estaba sentado con Henry y Larguirucho, un tanto apartados del resto. Las vidas de todos los que vivían en las montañas estaban estrechamente entrelazadas, pero nosotros conformábamos un tejido de trama aún más unida. Después de lo que habíamos aguantado los celos y enemistades desaparecieron, siendo sustituidos por una auténtica camaradería. Los chicos del cuadro de entrenamiento eran amigos nuestros, pero entre nosotros había un vínculo especial.

Larguirucho dijo lúgubrementemente:

—Hoy fallé en un metro setenta.

Habló en alemán; habíamos aprendido el idioma, pero nos hacía falta practicarlo.  
Yo dije:

—A veces se pierde forma. Volverás a mejorar.

—Cada día estoy peor.

Henry dijo:

—Rodrigo está en baja forma. Le he ganado fácilmente.

—Tú vas bien.

A Henry lo habían elegido como corredor de fondo y su principal rival era Rodrigo. Larguirucho se entrenaba en longitud y salto de altura. Yo era uno de los dos únicos boxeadores que había. Practicábamos cuatro deportes en total, —el otro era carrera de velocidad—, dispuestos de modo que hubiera la mayor competitividad. A Henry le había ido bien desde el principio. En cuanto a mí, estaba bastante confiado en lo que se refería a mi oponente. Era Tonio, un chico de piel morena, del sur, más alto que yo y con mayor alcance, pero no tan rápido. Sin embargo Larguirucho era cada vez más pesimista sobre sus posibilidades.

Henry le alentaba diciéndole que había oído decir a los instructores que iba bien. Yo me preguntaba si sería cierto o lo decía para darle ánimos; esperaba que fuera lo primero.

Dijo:

—Le pregunté a Johann si ya había decidido cuántos iríamos.

Johann, uno de los instructores, era fuerte y achaparrado, de pelo rubio, con aspecto de toro malhumorado; pero amable en el fondo. Henry preguntó:

—¿Y qué ha dicho?

—No estaba seguro, pero creía que cuatro; el mejor de cada grupo.

—Entonces podríamos ser nosotros tres y otro más, —dijo Henry.

Larguirucho hizo un gesto negativo con la cabeza:

—Jamás lo conseguiré.

—Claro que sí.

Yo dije:

—¿Y el cuarto?

—Pudiera ser Fritz.

Tal y como lo veíamos nosotros, él era el mejor velocista. Era alemán y procedía de un lugar situado en las lindes de un bosque, al nordeste. Su mayor rival era un chico francés, Étienne, que me gustaba más. Étienne era alegre y comunicativo; Fritz, alto, recio, taciturno.

Dije:

—¡Con tal de que todos nosotros pasemos!

—Vosotros dos lo lograréis, —dijo Larguirucho.

Henry se puso en pie de un salto.

—El silbato. Vamos, Larguirucho. Es hora de volver al trabajo.

Los mayores tenían ocupaciones propias. Unos eran instructores nuestros, otros formaban expediciones para obtener provisiones. Y había otros que se dedicaban a estudiar los pocos libros del pasado que habían sobrevivido e intentaban reaprender las habilidades y misterios de nuestros antepasados. Larguirucho se iba con ellos en cuanto tenía ocasión; les escuchaba cuando hablaban e incluso hacía sugerencias propias. No mucho después de nuestra llegada habló (a mí me pareció que desatinadamente) de usar una especie de cacerola gigante que empujaría los vehículos sin necesidad de caballos. Aquí habían descubierto o redescubierto algo parecido, aunque todavía no funcionaba convenientemente. Y había planes más notables: uno era producir luz y calor por medio de algo que los antiguos llamaban electricidad.

Y por encima de los grupos había un hombre cuyas manos sujetaban todos los hilos, alguien cuyas decisiones no se discutían. Era Julius.

Tenía casi sesenta años. Era un hombre pequeño y lisiado. Siendo un muchacho se cayó en una grieta de hielo y se rompió el fémur; no soldó bien y cojeaba desde entonces. En aquella época las cosas eran muy distintas en las Montañas Blancas. Los que vivían allí no tenían más meta que sobrevivir, y su número decrecía.

Fue Julius el que pensó en reclutar adeptos en el mundo exterior, entre aquellos que aún no tenían la Placa, y el que creyó (e hizo creer a otros) que algún día los hombres se sublevarían contra los Trípodes y los destruirían.

También fue Julius quien concibió la empresa para la que nos estaban entrenando. Y Julius sería quien tomara la decisión final sobre quiénes serían elegidos para ella.

Un día salió a observarnos. Tenía el pelo blanco y las mejillas rojizas, al igual que la mayoría de los que se han pasado toda la vida en medio de este aire limpio y cortante, y se apoyaba en un bastón. Le vi y me concentré intensamente en el combate que disputaba. Tonio hizo una finta con la izquierda y después lanzó un derechazo cruzado. Le esquivé, le asesté con la derecha un directo al costado y cuando se volvió a erguir lo derribé de un izquierdazo en la mandíbula.

Julius me hizo una seña y yo acudí a él corriendo. Dijo:

—Estás mejorando, Will.

—Gracias, señor.

—Me imagino que estaréis impacientes por saber quiénes irán a los Juegos.

Asentí:

—Un poco, señor.

Me estudió.

—Cuando el Trípode te capturó, ¿recuerdas cómo te sentías? ¿Tenías miedo?

Lo recordé. Dije:

—Sí, señor.

—Y la idea de estar en sus manos, en su Ciudad... ¿te asusta? —Yo dudé y él prosiguió—: La elección tiene dos caras, ¿sabes? Los mayores podemos juzgar vuestra rapidez y destreza, tanto física como mental, pero no podemos leer en vuestros corazones.

—Sí —admití—. Me asusta.

—No estás obligado a ir. Puedes ser útil aquí —clavó sus ojos azules en los míos—. Nadie tiene por qué saber nada si tú prefieres quedarte.

Dije:

—Quiero ir. Me resulta más soportable la idea de estar en sus manos que la de quedarme atrás.

—Bien, —sonrió—. Y tú, después de todo, has matado a un Trípode... algo que no creo que pueda decir ningún otro ser humano. Sabes que no son todopoderosos. Eso es una ventaja, Will.

—¿Quiere usted decir, señor, que...?

—Quiero decir lo que he dicho. Hay que tomar en consideración otras cosas. Debes seguir trabajando duro y preparándote por si te eligen.

Más tarde le vi hablando con Henry. Pensé que probablemente sería una conversación muy parecida a la que había sostenido conmigo. Sin embargo, no le pregunté, y él no reveló nada.

Durante el invierno nuestra dieta, si bien adecuada, era muy monótona; el elemento básico era carne salada y desecada que, por más que hicieran los cocineros, seguía resultando pesada y poco apetitosa. Sin embargo, a mediados de abril, una expedición que salió a por comida regresó con media docena de vacas de piel a manchas blancas y negras, y Julius decretó que sacrificaran una para asarla. Tras el festín nos habló. Cuando llevaba unos minutos hablando, me di cuenta, medio ahogado de emoción, de que aquél era, casi seguro, el momento de anunciar los nombres de los que iban a intentar un reconocimiento en la Ciudad de los Trípodes.

Tenía una voz queda y yo me encontraba con los demás chicos al fondo de la cueva, pero sus palabras se oían claramente. Todo el mundo escuchaba en silencio, atentamente. Miré a Henry, que estaba a mi derecha. Bajo la luz trémula me pareció muy seguro de sí. Mi seguridad menguaba por momentos. Resultaría muy amargo que él se fuera y yo me quedara.

Primero Julius habló del plan a grandes rasgos. Los miembros del cuadro de instrucción llevaban meses preparándose para aquella tarea. Tendrían cierta ventaja sobre los competidores de las llanuras, pues es sabido que los hombres que viven en altitudes superiores tienen una fortaleza muscular y pulmonar superior a la de los que viven donde el aire es más denso. Pero era preciso recordar que habría centenares de competidores, escogidos entre los mejores atletas del país. Pudiera ser que, pese a

toda su preparación, ningún miembro de nuestro pequeño grupo se ciñera el cinturón de campeón. En este caso, tendrían que arreglárselas para volver a las Montañas Blancas. Al año siguiente lo volveríamos a intentar. La paciencia era tan necesaria como la audacia.

Los contrincantes que participaban en los Juegos debían tener insertada la Placa, por supuesto. Eso no ofrecía gran dificultad. Teníamos Placas, tomadas de los que murieron en las incursiones a los valles, y se podían amoldar de modo que encajaran en los cráneos de los elegidos. Tendrían aspecto de Placas, pero no transmitirían órdenes. Sin embargo, esto suponía un problema.

A nosotros no se nos había insertado jamás la Placa y no podíamos saber exactamente cómo éstas controlaban la mente humana. Podría ser que se limitaran a imprimir en quienes la llevan una actitud de obediencia acrítica, de devoción hacia los Trípodes. En ese caso nuestros espías no necesitaban sino adoptar la apariencia de dóciles esclavos. Pero existía la posibilidad de que los Trípodes se comunicaran con las mentes de los que llevaban Placa sin necesidad de emplear palabras. Aquello obviamente, significaría ser descubierto y una de dos cosas: la ejecución o la inserción de la Placa. El primer destino era preferible.

No sólo para las personas concretas, sino también para los que se quedaban. Alguien había puesto la objeción (yo me preguntaba quién se habría atrevido a poner objeciones a un plan expuesto por Julius) de que esto entrañaba el riesgo de revelar nuestra existencia a los Trípodes, de provocar que dirigieran su poder contra nosotros y nos aplastaran. Había que correr el riesgo. No podíamos ocultarnos eternamente en las montañas. Aunque viviéramos indefinidamente en madrigueras, acabarían por encontrarnos y nos exterminarían como a alimañas. Nuestras esperanzas de supervivencia se centraban en el ataque.

Y ahora los detalles del plan:

La Ciudad de los Trípodes se hallaba a cientos de millas hacia el norte. Un gran río cubría la mayor parte de aquella distancia. Lo recorrían en ambas direcciones barcas dedicadas al comercio, y una de ellas estaba en manos de nuestros hombres. Llegaba a un punto desde el que el acceso a los Juegos resultaba fácil.

Julius hizo una pausa antes de seguir.

Ya se había decidido que se seleccionarían tres miembros del cuadro de instrucción. Había que tener en cuenta muchas cosas: la habilidad individual, la fuerza, el nivel presumible de competición durante el encuentro, el temperamento de la persona y su probable utilidad una vez que hubiera penetrado en la fortaleza de los Trípodes. No había sido fácil, pero la elección estaba hecha. Elevando levemente la voz, dijo:

—En pie, Will Parker.

Pese a mis esperanzas, la sorpresa de oír mi nombre me desarmó. Cuando me

levanté me temblaban las piernas.

Julius dijo:

—Has demostrado habilidad como boxeador, Will, y tienes la ventaja de ser pequeño y poco pesado. Te has entrenado con Tonio, que en los Juegos entraría en una categoría de más peso, y eso debería servirte de ayuda. Nuestras dudas se referían a ti mismo. Eres impaciente, muchas veces irreflexivo, proclive a precipitarte y hacer las cosas sin tener suficientemente en cuenta lo que pueda suceder a continuación. Desde ese punto de vista, Tonio habría sido mejor. Pero tiene menos probabilidades de ganar en los Juegos, que es nuestra primera preocupación. Puede recaer sobre ti una gran responsabilidad. ¿Podemos confiar en que te esforzarás al máximo para guardarte de tu propia temeridad?

Prometí:

—Sí, señor.

—Entonces siéntate, Will. En pie, Jean Paul Deliet.

Creo que me alegré más al oír el nombre de Larguirucho que el mío; quizá porque me sentía menos confuso y porque había sido menos optimista. Él había contagiado su pesimismo respecto de sus posibilidades. De modo que seríamos tres: los tres que habíamos viajado juntos y habíamos luchado en la ladera contra el Trípode.

Julius dijo:

—También hubo dificultades en tu caso, Jean Paul. Eres nuestro mejor saltador; pero no tenemos la certeza de que te encuentres al nivel que se requiere para ganar en los Juegos. Y está la cuestión de tu vista. El aparato de lentes que inventaste (o redescubriste, porque entre los antiguos era normal) es algo que en un muchacho pasaba por una excentricidad, pero los que llevan la Placa no tienen esas excentricidades. Tendrás que arreglártelas en un mundo donde verás con menos claridad que los demás. Si consigues entrar en la Ciudad, no percibirás las cosas tan claramente como Will, por ejemplo. Pero lo que veas puedes entenderlo mejor. Tu inteligencia es una ventaja que pesa más que la debilidad de tu vista. Tú podrías ser el más útil a la hora de traernos lo que debemos saber. ¿Aceptas la misión?

Larguirucho dijo:

—Sí, señor.

—Y así llegamos a la tercera elección, que fue la más fácil, —vi que Henry parecía complacido consigo mismo y fui tan pueril que sentí cierto resentimiento—. Es el que tiene más posibilidades de tener éxito en el encuentro y el que está mejor preparado para lo que pueda venir después. Fritz Eger... ¿aceptas?

Intenté hablar con Henry, pero dejó bien claro que quería estar solo. Volví a verlo más tarde, pero estaba taciturno y poco comunicativo. Después, a la mañana siguiente, fui por casualidad a la galería de vigilancia y me lo encontré allí.

El Túnel principal lo construyeron los antiguos para que unos vehículos sin caballos atravesaran la montaña hasta llegar a un punto cercano a la cima, desde donde el glaciar descendía entre cumbres nevadas, en dirección sudeste. No teníamos ni idea de por qué lo habrían hecho, pero en la cima había una casa grande, un edificio que tenía una cúpula metálica y un gran telescopio que apuntaba al cielo, y una cueva con extrañas figuras esculpidas en hielo. Al subir había galerías desde las que se podía mirar al exterior, y desde la más baja de ellas se dominaba un fértil valle verde, millas de pies más abajo, donde se veían carreteras que parecían hilos negros, casas minúsculas, y vacas como puntos perdidos en prados de juguete. Aquí también había un telescopio pequeño, fijado a la roca, pero una de las lentes se había roto y no servía.

Henry estaba apoyado en el muro de piedra y se dio la vuelta cuando me acerqué. Dije, torpemente:

—Si quieres que me vaya...

—No, —se encogió de hombros—. No importa.

—Yo... lo siento mucho.

Trató de sonreír.

—No tanto como yo.

—Si fuéramos a ver a Julius... No sé por qué no pueden ser cuatro en vez de tres.

—Ya he ido a verle.

—¿Y no hay esperanzas?

—Ninguna. Soy el mejor de mi grupo, pero no creen que tenga muchas posibilidades en los Juegos. Tal vez el año que viene, si lo sigo intentando.

—No sé por qué no has de intentarlo este año.

—Eso dije yo también. Pero él dice que incluso tres forman un grupo demasiado numeroso. Hay muchas más probabilidades de ser detectado, y más dificultades con la barcaza.

Con Julius no se discutía. Dije:

—Bueno, el año que viene tendrás una oportunidad.

—Si hay año que viene.

Sólo habría una segunda expedición si ésta fracasaba. Pensé en lo que podría significar el fracaso para mí personalmente. El minúsculo valle de campos, casas y ríos ondulantes que había contemplado con anhelo tantas veces, estaba iluminado por el sol, como antes, pero de pronto me resultaba menos atractivo. Yo lo miraba desde un agujero; oscuro, sí, pero en el que había llegado a sentirme seguro.

No obstante, pese al miedo, Henry me daba pena. Podían haberme dejado fuera a mí. No creo que en tal caso yo lo hubiera llevado igual de bien.

## CAPÍTULO 2

### PRISIONERO EN EL POZO

Partimos a media tarde, atravesamos los valles más cercanos en secreto, durante el crepúsculo, y seguimos viaje a la luz de la luna. Descansamos cuando el sol estaba alto y para entonces ya habíamos recorrido la mitad de la longitud que tenía la orilla del más occidental de dos lagos gemelos situados al pie de nuestra fortaleza. Nos ocultamos en la ladera: atrás, muy arriba, dejábamos el reluciente pico blanco donde se había iniciado nuestro viaje. Estábamos cansados. Comimos y, agotados, pasamos durmiendo aquel día largo y caluroso.

El punto del río donde habíamos de unirnos al «Erlkönig» se hallaba a cien millas de distancia. Teníamos un guía, —uno de los hombres que conocían el país por haber tomado parte en las incursiones—, que nos acompañaría hasta la barcaza. Viajábamos sobre todo de noche, y durante las horas de luz nos acostábamos.

Habían pasado unas semanas desde el festín y el anuncio hecho por Julius. En el intervalo recibimos más instrucción y preparación, empezando porque nos cortaron el pelo al rape y adaptaron las Placas falsas para que nos quedaran bien ajustadas al cráneo. Al principio resultó raro y horriblemente incómodo, pero me fui acostumbrando poco a poco a aquel duro casco metálico. Ya me crecía pelo alrededor y a través de la malla, y nos aseguraron que antes del comienzo de los Juegos, nuestro aspecto no sería distinto al de otros chicos a los que se les hubiera insertado la Placa durante las primeras semanas del verano, como se acostumbraba por aquí. De noche nos poníamos gorros de lana porque, de no hacerlo, el frío helaba el metal y nos despertaba de forma desagradable.

Entre los que presenciaron nuestra partida del Túnel no estuvo Henry. Era comprensible: en su lugar, yo no habría querido estar allí. Sentía impulsos hostiles hacia Fritz, que ocupaba su puesto, pero recordé lo que dijo Julius sobre la necesidad de refrenar mi precipitación. También me acordé de que me había sentido ofendido porque, durante el viaje al sur, me pareció que Larguirucho y Henry mantenían entre sí una amistad más estrecha que conmigo, permitiendo que aquello influyera en mí durante nuestra estancia en el Château de la Tour Rouge.

Tomé la determinación de no permitir que ahora sucediera nada parecido, y teniendo esto bien presente, me esforcé de modo muy especial por superar mi animosidad y ser amable con él. Pero él no hizo mucho caso de mis intentos; continuó siendo taciturno e introvertido. Yo, a mi vez, empezaba a sentirme resentido; con mayor motivo, me parecía. Pero logré reprimir mi enfado. Sirvió de mucho que Larguirucho estuviera con nosotros. Éramos casi los únicos que hablábamos, cuando las circunstancias no hacían arriesgado el hablar. Nuestro guía, Primo, un hombre moreno y corpulento, de aspecto torpe pero en realidad muy

seguro, apenas hablaba salvo para hacer advertencias o dar instrucciones.

Habíamos calculado una semana, pero cubrimos la distancia en cuatro días. Avanzamos por terreno montañoso, bordeando las ruinas de una de las grandes ciudades, situadas junto a una curva del río por el que viajaríamos. El sol del amanecer centelleaba a lo largo de la corriente que, procedente del este, efectuaba aquí un giro, fluyendo en dirección norte. El tramo superior estaba desierto, al igual que el trecho que discurría entre los lúgubres montículos que antaño fueran altos edificios, pero al otro lado había tráfico: dos barcasas enfilaban río abajo y puede que hubiera una media docena amarrada a la orilla, en los muelles de una pequeña población.

Primo señaló hacia las barcasas.

—El «Erlkönig» debe ser una de éstas. ¿Sabréis llegar allá abajo solos?

Le aseguramos que sí.

—Entonces me vuelvo, —asintió brevemente—. Que tengáis buena suerte.

El «Erlkönig» era una de las embarcaciones más pequeñas; tendría unos cincuenta pies de longitud. No tenía nada de especial; no era más que una estructura baja y alargada que se alzaba unos cuantos pies sobre la superficie del agua, con una timonera parcialmente cubierta a popa, que le brindaba al timonel cierta protección frente a los elementos. La tripulación constaba de dos hombres, ambos con Placas falsas. El mayor de ellos se llamaba Ulf y era un hombre achaparrado y grueso, de modales bruscos, que rondaba los cuarenta años de edad y que tenía la costumbre de subrayar sus palabras despidiendo saliva. No me gustó; mucho menos aún cuando hizo un comentario despectivo sobre mi complexión liviana. Su compañero, Moritz, sería unos diez años más joven y, pensé, unas diez veces más agradable. Era rubio, de rostro fino, con la sonrisa pronta y cálida. Pero no cabía dudar quién era el jefe: Moritz se sometía a Ulf automáticamente. Y fue Ulf, lanzando saliva y gruñendo a intervalos regulares, el que nos dio las instrucciones para el viaje.

—Ésta es una barca de dos tripulantes, —nos dijo—. Un chico de más, vale; así empiezan los aprendices. Pero más gente llamaría la atención, y eso sí que no. Así que os turnaréis para trabajar en cubierta. Y cuando digo trabajar lo digo en serio. Los otros dos se tumbarán bajo cubierta y no saldrán aunque nos estemos hundiendo.

Ya os han dicho que la disciplina es necesaria, supongo, así que no tengo que repetirlo. Todo cuanto quiero decir es esto: despacharé al que dé problemas, sea por lo que sea. Sé en qué consiste vuestra misión y espero que deis la talla. Pero si no sois capaces de portaros sensatamente y obedecer órdenes durante este viaje, seguramente no haréis nada bueno más adelante. De modo que no me lo pensaré dos veces y me desharé del que se desmande. Y como no quiero que aparezca flotando en ningún puerto y que la gente se empiece a hacer preguntas, tengo una pesa de hierro para

atársela a las piernas antes de deshacerme de él.

Se aclaró la garganta, escupió y gruñó. Pensé que la última observación seguramente iría en broma. Pero no estaba muy seguro. Parecía muy capaz de cumplir la amenaza.

Prosiguió:

—Habéis llegado con antelación, lo que es mejor que llegar con retraso. Todavía quedan mercancías por cargar y en todo caso se sabe que no debemos zarpar hasta dentro de tres días. Podemos adelantarlo un día, pero no más. Así que la primera pareja que se quede abajo tiene que pasarse dos días sin ver el cielo. ¿Queréis echarlo a suertes?

Le lancé una ojeada a Larguirucho. Dos días en cubierta eran preferibles con mucho a pasarse el tiempo abajo. Pero cabía la posibilidad de estar dos días encerrado con el silencioso Fritz. Larguirucho, que debió pensar lo mismo, dijo:

—Will y yo nos ofrecemos voluntarios para quedarnos abajo.

Ulf me miró y asintió. Dijo:

—Como queráis. Diles dónde pueden echarse, Moritz.

Hubo un problema que tuvo absorto a Larguirucho cuando bajamos por la loma hasta la orilla del río: cómo se desplazaban las barcazas. No tenían velas y, en todo caso, en un río la utilidad de las mismas habría sido limitada. Por supuesto, las embarcaciones bajaban con bastante facilidad gracias a la corriente; ¿pero cómo subían hasta aquí en contra de ella? Al acercarnos vimos que las barcazas iban provistas con ruedas de álabes en los costados, y Larguirucho se mostró excitado ante la posibilidad de que las moviera una máquina que hubiera sobrevivido desde la época de los antiguos.

La verdad resultó decepcionante. Dentro de cada rueda había una rueda de molino y en los viajes río arriba tiraban de la rueda de molino unos burros. Entrenados desde pequeños para tal labor, tiraban firmemente hacia delante y sus esfuerzos hacían avanzar la barcaza por el agua. Parecía una vida dura y monótona, y a mí me daban pena, pero Moritz, a quien estaba claro que le gustaban los animales, los cuidaba bien. En los viajes río abajo trabajaban muy poco y los sacaba a pacer en cuanto había ocasión. Ahora estaban en un campo no muy alejado de la orilla y allí estarían hasta que el «Erlkönig» tuviera que ponerse en movimiento. Mientras no subieran a bordo, Larguirucho y yo ocuparíamos sus pequeños establos, donde el olor a burro y a pienso se mezclaba con el de anteriores cargamentos.

Esta vez el cargamento era de relojes y tallas de madera. Los construían las gentes que vivían en el gran bosque, al este del río, y los embarcaban río abajo para venderlos. Debían cargarlos con cuidado por su fragilidad, y unos hombres subieron a bordo para supervisar que así se hiciera. Larguirucho y yo nos escondimos tras los fardos de heno almacenados para los burros y pusimos mucho cuidado en no hacer

ruido. Una vez no pude evitar un estornudo, pero afortunadamente estaban hablando y riéndose fuerte y no lo oyeron.

Fue un alivio cuando, pasados los dos días, muy temprano, la barcaza soltó amarras y se puso en movimiento. Los burros tiraban de la rueda de molino (dos a la vez, mientras uno descansaba) y Larguirucho y yo echamos a suertes quién sustituiría a Fritz en cubierta. Gané yo, y al subir me encontré con que hacía un día oscuro y ventoso; el viento soplaba del norte y de vez en cuando arrastraba ráfagas de lluvia. Sin embargo, tras mi confinamiento abajo, el aire me resultaba limpio y fresco y había muchas cosas interesantes que ver en el río y sus alrededores. Al oeste había una gran llanura fértil donde la gente trabajaba los campos. Al este se alzaban los montes, sobre cuyas cimas boscosas se apoyaban nubes negras. Sin embargo, no dispuse de mucho tiempo para admirar el paisaje. Ulf me llamó, me mandó a por un cubo de agua, un cepillo y un puñado de jabón blando y amarillento. La cubierta, observó él y era muy cierto, llevaba algunas semanas sin fregar. Yo podría ser de utilidad, poniéndole remedio.

El «Erlkönig» avanzaba de modo constante, pero no rápido. Por la tarde, antes de que oscureciera, amarramos en una isla alargada donde ya había amarrado otra embarcación. Era uno de los puntos de anclaje que al parecer se repartían a lo largo de las quinientas millas de longitud que tenía el río. Moritz me explicó que se hallaban situados entre sí a una distancia calculada como trayecto mínimo yendo río arriba. Al descender a favor de la corriente se recorrían con facilidad dos paradas en un día, pero para alcanzar una tercera se corría el riesgo de que la oscuridad le sorprendiese a uno antes de llegar. Las barcazas no navegaban de noche.

En el transcurso del viaje iniciado en las Montañas Blancas, yendo en dirección al río a través de los valles, no habíamos visto ni rastro de los Trípodes. Durante el día que pasé en cubierta, vi dos. Estaban lejos, avanzando por el horizonte, al este, a tres o cuatro millas de distancia como mínimo. Pero verlos me hizo sentir un escalofrío de miedo que me costó dominar. Era posible olvidarse de la naturaleza exacta de la misión en la que estábamos embarcados durante períodos bastante largos. Cuando uno lo recordaba, sentía una sacudida nada agradable.

Intenté consolarme pensando que hasta entonces no habíamos tenido dificultades, que todo iba bien. No servía de mucho, pero a la tarde siguiente no tendría ni siquiera aquel consuelo.

El «Erlkönig» se detuvo en la parada que había a mitad de camino. Se hallaba en una pequeña población dedicada al comercio. Moritz nos explicó que Ulf tenía que ocuparse allí de ciertos asuntos. Sólo tardaría una hora, poco más o menos, pero, como llevábamos adelanto sobre el plan, decidió quedarse hasta la mañana siguiente. Sin embargo, la tarde avanzaba y Ulf no daba señales de vida.

Al final expresó sus temores. Al parecer, Ulf bebía mucho a veces. Moritz había pensado que, teniendo en cuenta la importancia de este viaje, al menos por esta vez se contendría; pero si había ido mal el asunto que le ocupaba y como consecuencia de ello se había irritado, tal vez se hubiera metido en una taberna con intención de aplacar el mal humor, y una cosa le habría llevado a otra... Si se excedía mucho, podrían pasar varios días sin que volviera a la barcaza.

Era un pensamiento descorazonador. El sol se hundía por el oeste y Ulf no aparecía. Moritz empezó a hablar de dejarnos en la barca e irse a buscarlo.

El problema era que el «Erlkönig», Ulf y Moritz eran conocidos en esta ciudad. Ya se habían parado un par de hombres para saludar y charlar un rato. Si Moritz se iba, Larguirucho tendría que arreglárselas con ellos (era su día en cubierta) y a Moritz no le hacía gracia. Podía despertar sospechas. Seguramente le harían preguntas sobre su nuevo papel de aprendiz (la gente del río sentía curiosidad por los extraños, pues entre sí se conocían muy bien) y podían hacerle decir algo que reconocieran como falso.

Fue Larguirucho el que sugirió otra posibilidad. Nosotros, los chicos, podíamos ir a buscar a Ulf. Escogiendo momentos en los que nadie estuviera vigilando podríamos escabullirnos por turno y fisgar en las tabernas hasta dar con él; entonces le convenceríamos de que volviera o, por lo menos, le diríamos a Moritz dónde estaba. Si nos preguntaban, podríamos pasar por viajeros venidos de lejos: después de todo, la ciudad era un centro mercantil. No era lo mismo que tener que responder preguntas sobre lo que hacíamos a bordo del «Erlkönig».

Moritz dudaba, pero reconocía que aquello tenía sentido. Se fue dejando convencer poco a poco. Quedaba descartado que fuéramos los tres en busca de Ulf, pero uno sí podía hacerlo: Larguirucho, ya que la idea era suya. De modo que se fue Larguirucho, e inmediatamente yo traté de convencer a Moritz para que me dejara ir también a mí.

Me ayudó el hecho de que mi importunidad corriera pareja a la indiferencia de Fritz. No hizo comentario alguno y quedó claro que se disponía a esperar hasta que las cosas se resolvieran por sí mismas, sin su intervención. De modo que, habiendo permitido marchar a uno, Moritz sólo podía tomar en consideración a otro. Acabé por cansarle: ya sabía yo que sería así; era más tratable que Ulf, mucho más tratable, pero también menos seguro de sí mismo. Insistió en que volviera en el plazo de una hora, encontrara o no encontrara a Ulf, y yo convine en ello. Sentía un hormigueo de emoción ante la perspectiva de explorar una ciudad desconocida, en un país desconocido. Comprobé que nadie vigilaba la barcaza, salté enseguida a tierra y avancé por el muelle.

La ciudad era mayor de lo que pensé cuando la miré desde la cubierta de la barcaza. Enfrente del río había una hilera de almacenes y graneros, muchos de ellos

de tres pisos de altura. Los edificios eran en parte de piedra, pero sobre todo de madera; la madera estaba esculpida y pintada con motivos humanos y animales. En aquel tramo había un par de tabernas y yo eché un breve vistazo al interior, aunque supuse que Larguirucho lo habría hecho antes que yo. En una no había nadie, a excepción de dos viajeros que estaban sentados bebiendo grandes jarras de cerveza (yo sabía que se llamaban *steins*) y fumando en pipa. En la otra puede que hubiera una docena de hombres, pero una ojeada fugaz me bastó para saber que entre ellos no estaba Ulf.

Llegué a una calle que formaba ángulo recto con el río y la seguí. Había tiendas y bastante tráfico de caballerías: coches tirados por caballos pequeños y otros vehículos de mayor tamaño además de hombres a caballo. Me pareció que había mucha gente por allí. Cuando llegué al primer cruce lo entendí. La calle perpendicular se hallaba plagada, en ambas direcciones, de puestos donde se vendía comida, ropa y toda clase de mercancías. Era día de mercado en la ciudad.

Resultaba estimulante, tras un largo invierno de estudio y ejercicio en la oscuridad del Túnel o en la desnuda vastedad de la ladera, volver a estar en medio de gente ocupada en sus asuntos cotidianos. Y resultaba especialmente estimulante para mí, que antes de huir a las Montañas Blancas sólo había conocido la tranquilidad de un pueblecito campesino. Unas pocas veces me llevaron a Winchester cuando había mercado y me quedé maravillado. Esta ciudad parecía ser tan grande como Winchester; puede que incluso mayor.

Pasé por delante de los puestos. El primero estaba abarrotado de verduras: zanahorias, patatas pequeñas, gruesos tallos de espárragos blanquiverdes, guisantes, repollos y lombardas enormes. En el de al lado había carne, pero no unos simples filetes como los que traía el carnicero a mi pueblo de Inglaterra; había también trozos para asado, chuletas y rollos decorados con suma delicadeza, con manteca blanca. Me paseaba mirando y aspirando aromas. Había un puesto dedicado exclusivamente a quesos; tenían innumerables colores, formas y tamaños. No sabía que pudiera haber tantos. Y había un puesto de pescado, con pescado seco y ahumado que colgaba de unos ganchos, así como pescado fresco capturado en el río y puesto sobre una losa de piedra, con las escamas aún mojadas. Ahora que empezaba a oscurecer, algunos puestos se disponían a cerrar, pero la mayoría seguían ocupados y la cantidad de gente que se movía por entre ellos y que pasaba por delante seguía siendo numerosa.

Entre dos puestos (en uno vendían cuero y en el otro piezas de tela) vi la entrada de una taberna y me acordé con sentimiento de culpabilidad de lo que debería estar haciendo. Entré y miré a mi alrededor. Estaba más oscuro que en las tabernas del muelle, con el ambiente cargado de tabaco y atestado de figuras oscuras, unas sentadas a las mesas y otras de pie junto a la barra. Cuando me acerqué para mirar más de cerca, se dirigieron a mí desde el otro extremo del mostrador. El que hablaba

era un hombre muy grande y muy gordo que llevaba una chaqueta de cuero con las mangas de tela verde. Con voz áspera y un acento que apenas pude comprender, dijo:

—¿Entonces qué va a ser, muchacho?

Moritz me había dado unas monedas de las que se usaban por aquellos lugares. Hice lo que me pareció más seguro y pedí unas *dunkles*; sabía que así se llamaba la cerveza negra que se bebía normalmente. La *stein* era mayor de lo que yo esperaba. Me la trajo, rebosante de espuma, y le di una moneda. Bebí y tuve que limpiarme la espuma de los labios. Tenía un sabor agridulce que no resultaba desagradable. Busqué a Ulf con la mirada, escudriñando los muchos recovecos en cuyas paredes había paneles con cabezas de ciervos y jabalíes. Hubo un momento en que me pareció verlo, pero el hombre se acercó a un lugar iluminado por una lámpara de petróleo y vi que no era él.

Estaba nervioso. Como llevaba Placa, yo era, por supuesto, un hombre más, así que no había ninguna razón para que no estuviera allí. Pero me faltaba la seguridad de los que tenían una Placa de verdad y desde luego era consciente de mi diferencia con respecto a los que estaban allí. Tras comprobar que Ulf no era ninguno de los que estaban sentados en las mesas, quise irme. Haciendo lo posible por que no se notara, dejé la *stein* y me dirigí hacia la calle. Antes de dar dos pasos el hombre de la chaqueta de cuero me dio una voz y yo me volví.

—¡Oye! —Alargó unas monedas más pequeñas—. Se te olvida la vuelta.

Le di las gracias y me dispuse nuevamente a salir. Pero entonces ya había visto la *stein* dos tercios llena.

—Tampoco te has bebido la cerveza. ¿Tienes alguna queja?

Me apresuré a decirle que no, que es que no me encontraba bien. Vi con desazón que los demás se tomaban interés por mí. El hombre que estaba detrás del mostrador pareció aplacarse un tanto, pero dijo:

—Por la forma de hablar no eres de Württemberg. ¿Entonces de dónde eres?

Estaba preparado para una pregunta así. Teníamos que decir que éramos de lugares lejanos, en mi caso de una región del sur llamada Tirol. Así se lo dije.

En lo referente a acallar sorpresas, funcionó. Sin embargo, desde otro punto de vista, resultó ser una elección desafortunada. Más adelante supe que en la ciudad había una fuerte animadversión hacia el Tirol. Durante los Juegos del año anterior un tirolés derrotó a un campeón local y decían que hubo trampa. Uno de los que se hallaban cerca preguntó ahora si yo iba a los Juegos e incautamente le dije que sí. A continuación vino un aluvión de insultos. Los tirolesees eran unos tramposos, unos fanfarrones y despreciaban la buena cerveza de Württemberg. Habría que echarlos del pueblo y arrojarlos al río para limpiarlos un poco...

Lo que debía hacer era salir, y pronto. Me tragué los insultos y me volví, dispuesto a irme. Cuando estuviera fuera podría perderme entre la multitud. Estaba

pensando en aquello y no miré bien delante de mí. Alguien sacó la pierna de debajo de una mesa y, con acompañamiento de estruendosas carcajadas, caí sobre el serrín que cubría el suelo.

También estaba preparado para soportar aquello aunque me hice daño en la rodilla al caer. Me dispuse a levantarme. Al hacerlo una mano me agarró de los pelos que sobresalían a través de la Placa, sacudiéndome violentamente la cabeza, y volvió a arrojarme al suelo.

Tendría que dar las gracias porque este asalto no hubiera descolocado la falsa Placa, descubriéndome. Asimismo tendría que haberme concentrado en lo que verdaderamente importaba: salir de allí y volver a la barcaza a salvo y sin ser visto. Pero tengo que confesar que sólo fui capaz de pensar en el dolor y la humillación. Volví a levantarme, vi un rostro sonriente detrás de mí y, enfurecido, traté de golpearle.

Sería aproximadamente un año mayor que yo, más grande y pesado. Me repelió desdeñosamente. No me calmé lo suficiente como para darme cuenta de lo estúpidamente que me estaba comportando, aunque sí lo suficiente para recurrir a la destreza que había adquirido durante mi largo período de entrenamiento. Le hice una finta y cuando de modo aún descuidado lanzó el brazo hacia mí me escurrí y le di un fuerte golpe por encima del corazón. Ahora le tocó a él caer por tierra, que hizo prorrumpir en gritos a los que nos rodeaban. Se levantó despacio, con la irritación reflejada en el rostro. Los demás retrocedieron, formando un círculo, despejando las mesas a tal fin. Comprendí que tendría que pasar por aquello. No me daba miedo, pero vi que había sido un estúpido. Julius me había prevenido frente a mi impulsividad y ahora, antes de transcurrida una semana desde el inicio de una empresa de tantísima importancia, ya me había jugado una mala pasada.

Se lanzó hacia mí y tuve que volver a preocuparme del apremiante presente. Di un paso hacia un lado y, cuando lo tuve a mi altura, le golpeé. Aunque era más corpulento que yo, carecía de la más mínima habilidad. Hubiera podido bailar en torno a él cuanto tiempo quisiera, haciéndole pedazos. Pero no serviría de nada. Lo que hacía falta era un golpe definitivo. Se mirara como se mirara, cuanto antes se acabara aquello, mejor.

Así que cuando volvió a atacarme detuve el golpe con el hombro izquierdo, hundi el puño derecho en la zona vulnerable situada justamente debajo de las costillas, di un paso hacia atrás y le propiné un gancho de izquierda con todas mis fuerzas cuando al tragar aire adelantó la cabeza. Le di muy fuerte. Retrocedió aún más deprisa y golpeó el suelo. Los espectadores callaban. Miré a mi contrincante caído y al ver que no daba muestras de ir a levantarse me dirigí hacia la puerta, suponiendo que abrirían el círculo para dejarme pasar.

Pero no fue así. Me miraban fijamente, con hostilidad, sin moverse. Uno de ellos

se arrojó junto a la figura caída.

Dijo:

—Le ha dado en la cabeza. Puede tener una lesión seria.

Otro dijo:

—Habría que llamar a la policía.

Unas horas después me encontraba mirando las estrellas, que brillaban en medio de un nítido cielo negro. Tenía hambre y frío, me sentía desdichado y asqueado de mí mismo. Estaba en el Pozo.

El magistrado que se ocupó de mí me aplicó una justicia muy severa. El tipo que derribé era sobrino suyo, hijo de uno de los más significados mercaderes de la ciudad. Según las declaraciones prestadas, yo le había provocado en la taberna hablando mal de los habitantes de Württemberg y después le había golpeado cuando no estaba mirando. Aquello no guardaba ningún parecido con lo sucedido, pero una serie de testigos coincidían con aquella versión. Para ser justos, mi contrincante no formaba parte de éstos, ya que, como había sufrido una conmoción cerebral al golpearse con la cabeza contra el suelo, no se hallaba en condiciones de decirle nada a nadie. Me advirtieron que, si no se recuperaba, con toda seguridad me ahorcarían. Entretanto yo permanecería confinado en el Pozo el tiempo que el juez estimara oportuno.

Así es como solían tratar a los malhechores. El Pozo era redondo, de unos quince pies de diámetro y otros tantos de profundidad. El suelo era de toscas losas y las paredes de piedra. Eran lo bastante lisas como para disuadirle a uno de intentar la ascensión, y cerca del tope había púas de hierro proyectándose hacia el interior, que representaban una disuasión adicional frente a la idea de huir. Me arrojaron por encima de éstas como si fuera un saco de patatas y me abandonaron. No me dieron comida ni nada con qué taparme durante la noche, que, según parecía, sería fría. En la caída me había golpeado el codo y me había hecho una desolladura en el brazo.

Pero la verdadera diversión, según me dijeron algunos de mis captores con satisfacción, tendría lugar al día siguiente. El Pozo tenía en parte la finalidad del castigo y en parte la de divertir a las gentes del lugar. Tenían la costumbre de situarse en lo alto y arrojar contra el desdichado prisionero cuanto se les viniera a la cabeza o a la mano. Lo que preferían eran desperdicios de toda índole, —verduras podridas, sobras, cosas así—, pero si se sentían verdaderamente molestos podían emplear piedras, tacos de madera, botellas rotas. En el pasado hubo veces que los prisioneros quedaron muy malheridos, llegando incluso a morir. A mis captores parecía ocasionarles sumo placer la perspectiva, así como hablarme de ella.

Pensé que de algo serviría que el cielo se hubiera aclarado. Aquí no había protección frente a los elementos. Junto a la pared había un abrevadero con agua, pero aunque tenía sed, no había la suficiente como para beber de allí; cuando me

arrojaron al Pozo había luz suficiente para ver que estaba recubierta por una capa de verdín. A los que estaban en el Pozo no se les proporcionaba comida. Cuando tenían suficiente hambre se comían los desperdicios putrefactos, los huesos y el pan rancio que les arrojaban. Al parecer, aquello también resultaba divertido.

¡Qué idiota había sido! Temblaba, maldecía mi estupidez y volvía a temblar.

La noche transcurría lentamente. Me eché un par de veces, me acurruqué y traté de dormir. Pero el frío aumentaba y tenía que volver a levantarme y caminar para revitalizar la circulación. A un tiempo anhelaba y temía la llegada del día. Me preguntaba qué habría sido de los demás, si ya habría regresado Ulf. Sabía que no existían esperanzas de que interviniera en mi favor. Era muy conocido en esta ciudad pero no se atrevería a correr el riesgo de que lo asociaran conmigo. Mañana continuarían río abajo, dejándome aquí: no podían hacer otra cosa.

El ancho círculo del cielo se iba iluminando por encima de mí; supe a qué lado quedaba el este porque allí la luz era más suave. Por variar, me senté apoyando la espalda en la pared de piedra. El cansancio se adueñaba de mí, pese al frío. La cabeza se me caía sobre el pecho. Entonces, desde arriba, un ruido me despabiló. Allí había un rostro que miraba hacia abajo. Era una silueta breve, que se recortaba contra el manto de la aurora. Un madrugador, pensé con hastío, impaciente por ocuparse de la víctima. No tardaría mucho en empezar a arrojar cosas.

Después una voz me llamó quedamente.

—Will... ¿Estás bien?

La voz de Larguirucho.

Había traído un trozo de cuerda de la barcaza. Se tendió, estirándose, la ató a uno de los pinchos de hierro y después me lanzó el otro extremo. Lo cogí y trepé. Las púas me dieron trabajo pero Larguirucho logró pasar la mano por encima y ayudarme. En cuestión de segundos conseguí remontarme y ser arrastrado sobre el borde del Pozo.

No malgastamos tiempo hablando de nuestra situación. El Pozo se hallaba en las afueras de la ciudad, la cual, —todavía dormida, pero ya perfilándose contra la clara luz del amanecer—, se alzaba entre nosotros y el lugar donde estaba amarrado el «Erlkönig». Sólo conservaba un vago recuerdo de cuando me trajeron aquí la tarde anterior, pero Larguirucho corría confiadamente y yo le seguí. Tardamos quizá diez minutos en tener el río frente a nosotros y sólo vimos a un hombre, que gritó algo aunque no trató de ir tras nuestras figuras fugitivas. Comprendí que Larguirucho había calculado perfectamente el tiempo. Pasamos por la calle que albergara el mercado. Al cabo de otras cincuenta yardas nos encontraríamos en el muelle.

Lo alcanzamos y giramos a la izquierda. Aproximadamente a esa misma distancia, después de rebasar la taberna, junto a una barcaza de nombre «Siegfried».

Miré y me detuve, y Larguirucho hizo otro tanto. El «Siegfried» estaba allí, sí, pero a su lado había un espacio vacío.

Un momento después Larguirucho me tiró de la manga. Miré hacia donde indicaba, en dirección contraria, hacia el norte. El «Erlkönig» se hallaba en mitad de la corriente, avanzando río abajo, a un cuarto de milla de distancia; un barco de juguete que empequeñecía velozmente en la lejanía.

## CAPÍTULO 3

### UNA BALSA EN EL RÍO

Nuestra primera preocupación fue alejarnos antes de que detectaran mi huida del Pozo. Caminamos por el muelle en dirección norte, a través de unas cuantas calles míseras de edificios destartados que nada tenían que ver con las casas pintadas, esculpidas y bien cuidadas del centro de la ciudad, y dimos con una carretera, —poco mejor que un sendero—, que discurría paralela al río. El sol salió a nuestra derecha, por detrás de las colinas cubiertas de árboles. Allí también había nubes, que se formaban con una rapidez siniestra. Al cabo de media hora habían oscurecido el cielo y ocultado el sol; al cabo de tres cuartos, un cinturón gris de lluvia barría la ladera, acercándose a nosotros. Cinco minutos después, ya empapados, hallamos una especie de refugio en un edificio en ruinas situado al otro lado de la carretera. Entonces tuvimos tiempo de pensar en lo sucedido y en lo que convenía hacer.

De camino, Larguirucho me había contado los últimos acontecimientos. No encontró a Ulf; pero cuando regresó a la barca, Ulf ya estaba allí. Efectivamente, había bebido; lo cual no mejoraba su humor. Estaba furioso con Larguirucho y conmigo por haber ido a la ciudad, y con Moritz por habérselo permitido. Había decidido que nosotros dos pasáramos el resto del viaje río arriba bajo cubierta. Evidentemente, Fritz era el único en quien se podía confiar, el único que tenía algo de sentido común.

A medida que transcurría el tiempo sin que yo volviera, su cólera iba en aumento. Después de oscurecer, uno de los hombres que conocía fue a verle y le habló del joven tirolés que inició una reyerta en la taberna siendo, por tanto, condenado al Pozo. Cuando se fue este hombre, Ulf habló aún más colérica y despiadadamente. Mi estupidez lo había puesto todo en peligro. Estaba claro que para la misión yo era un estorbo más que una ventaja. No había que esperar más, y desde luego no se harían intentos de liberarme. Por la mañana, el «Erlkönig» reanudaría el viaje. Llevaría dos participantes en los Juegos, no tres. Por lo que a mí concernía, yo me había metido en el Pozo y allí podía pudrirme.

Aunque no lo mencionó, yo sabía que Larguirucho se vio en un cruel dilema. Estábamos bajo la autoridad de Ulf y debíamos obedecerle en todo. Además, lo que había dicho era completamente razonable. Por encima de todo, lo que importaba era el proyecto, no los individuos. Su labor consistía en hacer cuanto pudiera por ganar en los Juegos, lograr la entrada en la Ciudad de los Trípodes y sacar de allí información que pudiera ayudar a destruirlos. Aquello era lo verdaderamente importante.

Pero habló con Moritz, formulándole en especial preguntas sobre el Pozo (cómo era, dónde estaba situado). No sé si Moritz era demasiado estúpido y no entendió la

finalidad de las preguntas o si la vio y la aprobó (a mí me parecía un hombre demasiado amigable para un trabajo que, por su propia naturaleza, requería una veta de crueldad). De todos modos, Larguirucho averiguó lo que quería saber y, con los primeros albos, se hizo con un cabo de cuerda y abandonó el «Erlkönig» en mi busca. Presumiblemente Ulf le oyó o le vio partir, y bien por rabia, bien por fría lógica, decidió que no cabía sino salvar al único miembro del trío digno de confianza y poner en marcha al «Erlkönig» antes de que pudieran recaer sospechas sobre él o sobre su tripulación.

La lluvia se detuvo tan bruscamente como había comenzado, y dio paso a un sol tan abrasador que nuestras ropas humeaban al caminar. Antes de que pasara una hora estábamos nuevamente empapados (esta vez no encontramos ningún refugio y el chaparrón torrencial nos caló hasta los huesos); el día resultó ser una sucesión de estallidos de sol y de lluvia. La mayor parte del tiempo caminamos empapados y en condiciones deplorables; todo ese tiempo fuimos conscientes de cómo, —sobre todo yo— habíamos enredado las cosas.

Además teníamos hambre. Yo no había comido desde el mediodía anterior y, en cuanto se extinguió la excitación propia de la huida, sentí un hambre canina. Teníamos lo que quedaba del dinero que recibimos de Moritz, pero en pleno campo, por supuesto, no había dónde gastarlo, y no quisimos esperar a que abrieran las tiendas de la ciudad. Las tierras que atravesábamos eran yermos o pastos en los que rumiaban grupos de vacas blanquinegras. Propuse ordeñar una y con la ayuda de Larguirucho la arrinconé en un ángulo del campo. Pero fue un fracaso. No logré sacar más que unas cuantas gotas; ella se resistió firmemente a mis manipulaciones toscas e inexpertas y se escapó. No parecía que valiera la pena volver a intentarlo.

Varias horas después llegamos a un campo de nabos. Quedaba a la vista de una casa, pero nos arriesgamos a coger algunos. Eran pequeños y amargos aunque se podían masticar. La lluvia volvió a caer mientras continuábamos nuestro viaje y esta vez duró ininterrumpidamente una hora o más.

Encontramos unas ruinas donde pasar la noche. No habíamos descubierto ninguna otra fuente de alimentos y masticamos hierba y brotes tiernos en un intento por aplacar el hambre, que resultó ineficaz y nos causó dolor de estómago. Además, por supuesto, nuestras ropas estaban húmedas. Intentamos dormir, pero con poco éxito. Estábamos despiertos cuando la noche se coloreó de gris, anunciando la proximidad de la mañana; cansados y maltrechos, seguimos nuestro camino.

No llegó a llover, pero fue un día frío y nublado. Junto a nosotros corría el río, que aquí era ancho y turbulento; vimos una barcaza que iba corriente abajo y nos pareció que dejaba tras de sí una fragancia a tocino, que estarían friendo en la cocina. No mucho después encontramos un grupo de casas, una aldehuela campesina, y Larguirucho tuvo la idea de hacerse pasar por Vagabundo, con la esperanza de que le

dieran comida. Me ofrecí a hacerlo yo en su lugar, pero me dijo que era idea suya y que yo debía permanecer oculto. Los Vagabundos jamás viajaban acompañados. De modo que me oculté en un seto y aguardé.

En mi pueblo había una Casa de Vagabundos, puesta a disposición de estos pobres locos errantes: allí se les proporcionaba comida y bebida, y había criados que se encargaban de cocinar y limpiar. Larguirucho me había dicho que en su país no había nada semejante. Los Vagabundos dormían como y donde podían (en graneros, si tenían suerte, o en unas ruinas). Mendigaban de puerta en puerta la comida que les daban con generosidad variable.

Pensamos que tal vez aquí ocurriera algo por el estilo. Había media docena de casas; vi que Larguirucho se dirigía a la primera y llamaba a la puerta. No abrieron; después me contó que alguien le dio una voz desde dentro diciendo que se fuera y agregando palabras malsonantes. En la segunda puerta no hubo ninguna respuesta. En la tercera abrieron una ventana y le tiraron un cubo de agua sucia, con acompañamiento de risas. Cuando se fue, más mojado que antes, abrieron la puerta. Se volvió a medias, dispuesto a soportar insultos si podía lograr comida... y después salió disparado. Habían soltado un perro berrendo de aspecto feroz que le persiguió hasta la mitad de la distancia que le separaba de donde yo estaba tumbado y después se detuvo, ladrándole hostilmente.

Media milla más adelante encontramos un campo de patatas e hicimos una incursión. Eran pequeñas y hubieran resultado más aceptables cocinadas. Pero no teníamos oportunidad de hacer un fuego en esta tierra fría y gris. Continuamos trabajosamente y, al caer la oscuridad, vimos delante de nosotros, río abajo, una barcaza amarrada a la orilla. Creo que nos asaltó el mismo pensamiento a los dos: que podía tratarse del «Erlkönig»; que por algún motivo Ulf podía haberse detenido y nosotros podríamos volver a unirnos a ellos. Era una esperanza absurda, pero, aun así, fue duro ver cómo se desmoronaba. La barcaza era mayor que el «Erlkönig» e iba río arriba, no abajo. Nos alejamos dando un rodeo para rebasarla.

Después regresamos a la orilla y nos sentamos tiritando en una cabaña destartalada. Se hizo un silencio triste. Yo me preguntaba si Larguirucho no estaría pensando que, de no ser por mí, se hallaría seguro, caliente y bien alimentado en la barcaza. Yo mismo había pensado en ello, aunque no servía de nada. Después dijo:

—Will.

—Sí.

—Donde estaba la barcaza amarrada había un muelle y un par de casas. Sería una parada.

—Supongo que sí.

—La primera que pasamos desde que salimos de la ciudad.

Pensé en ello.

—Sí, así es.

—Ulf tenía previsto recorrer dos paradas diarias, tomándose las cosas con calma. De modo que en dos días...

En dos días habíamos recorrido una distancia que la barcaza habría cubierto en una mañana, aunque caminábamos desde que despuntaba el alba hasta que había demasiada oscuridad como para ver adónde nos dirigíamos. Estaba bastante bien, pero resultaba descorazonador. No hice ningún comentario. Larguirucho prosiguió:

—Según el plan, debíamos llegar tres días antes de la inauguración de los Juegos. El viaje nos llevaría cinco días. A este promedio nos llevará veinte. Los Juegos habrán acabado antes de que lleguemos.

—Sí —intenté salir de mi embotamiento—. ¿Crees que sería mejor?

—¿Al Túnel? No me hace gracia pensar en lo que tendríamos que decirle a Julius en tal caso.

A mí tampoco me la hacía, pero no se me ocurría otra cosa que hacer.

Larguirucho dijo:

—Tenemos que avanzar más deprisa. Está el río.

—No podemos acercarnos a las demás barcazas. Ya sabes lo que dijeron al respecto. Son suspicaces frente a los desconocidos y jamás permiten subir a bordo.

—Si tuviéramos nuestra propia barca...

—Eso estaría muy bien, —dije, me temo que con un toque de sarcasmo—. O encontrarnos un Shemand-Fer que siguiera la orilla del río y subimos.

Larguirucho dijo con paciencia:

—Una barca... ¿o una balsa? ¿Un lateral de esta cabaña, tal vez? Ya está medio desprendido. Si pudiéramos arrancarlo y llevarlo hasta el agua... la corriente nos llevaría al doble de velocidad que andando, como mínimo, y mucho más derechos.

Comprendí lo que quería decir e inesperadamente sentí aumentar mis esperanzas, cosa que me permitió olvidarme momentáneamente de mis miembros ateridos y de los gruñidos de mi estómago vacío. Era una posibilidad. Mucho tiempo atrás, de niño, ayudé a construir una balsa bajo la supervisión de mi primo Jack, y la pusimos a flote en un estanque de patos cercanos. Se vino abajo y nos precipitó en un agua que parecía sopa de guisantes y en el barro pestilente. Pero entonces éramos niños. Esta propuesta era distinta.

Dije:

—¿Crees que podemos...?

—Por la mañana, —dijo Larguirucho—. Lo intentaremos por la mañana.

Como queriendo darnos ánimos, el día amaneció luminoso. Pusimos manos a la obra con las primeras luces. Resultó de una facilidad alentadora al principio, y luego de una dificultad desalentadora. La pared de la que había hablado Larguirucho tenía

unos seis pies de lado y ya estaba muy desprendida del techo. Terminamos de separarla, liberando los lados. Después resultó bastante sencillo hacer presión hacia fuera y hacia abajo. Cayó con un estrépito gratificante, en varias secciones, según iban desprendiéndose las tablas.

Lo que había que hacer, dijo Larguirucho, era sujetarlas con piezas transversales. Las maderas de las demás paredes servirían. En cuanto al modo de sujetarlas, tendríamos que sacar los clavos y volver a meterlos donde fuera necesario. Hablaba con una seguridad que impresionaba favorablemente por su sentido práctico.

El problema era que la mayor parte de los clavos estaban torcidos y oxidados; en algunos casos incluso se quebraban bajo la simple presión de un dedo. Tuvimos que buscar los que se hallaban en condiciones aceptables, sacarlos cuidadosamente haciendo palanca y evitando que se torcieran más, y después enderezarlos y clavarlos sobre las tablas transversales. No teníamos nada que se pareciera a un martillo, por supuesto. Tuvimos que emplear piedras de superficie suficientemente plana. Larguirucho encontró una bastante buena y me la entregó porque, como dijo, yo la usaba mejor. Era verdad. Siempre he sido bastante habilidoso con las manos; me temo que más que con la cabeza.

Fue una tarea dura y llevó tiempo. Cuando terminamos, estábamos sudorosos y el sol ya estaba alto, por encima de las colinas. Nos quedaba la tarea de llevar la balsa hasta el agua, cosa que tampoco resultó fácil. La cabaña estaba unos cincuenta pies de la orilla del río y el terreno intermedio era cenagoso y desigual. La balsa pesaba demasiado como para levantarla; tuvimos que arrastrarla, empujarla y maniobrar con ella, poco a poco, descansando tras cada esfuerzo. Una vez que se atascó en un espino endiabladamente ganchudo estuve a punto de abandonar y la emprendí a patadas con los tablones, irritado y desesperado. Larguirucho la sacó a tirones. No mucho después alcanzábamos la ribera, y sólo tuvimos que hacerla descender por una pendiente corta hasta las aguas oscuras y veloces del gran río. Y entonces, gracias otra vez a Larguirucho, tuvimos un golpe de suerte: encontró el nido silvestre de un ave acuática, con cuatro grandes huevos moteados. Nos los comimos crudos; lamimos el interior de la cáscara y nos lanzamos a la tarea final. Larguirucho se metió en el río, tirando; yo empujaba desde el otro lado. La balsa crujió de modo siniestro, vi saltar un clavo; pero después de entrar se mantuvo a flote. La abordamos a gatas y nos apartamos de la orilla.

No fue precisamente un viaje triunfal. La corriente nos sacó e impulsó haciéndonos girar lentamente, río abajo. Flotábamos, pero lo justo. Bajo el peso de los dos, todas las esquinas quedaban sumergidas menos una. Por algún capricho de equilibrio, ésta se mantenía unas pulgadas sobre el nivel del agua: nos turnábamos para sentarnos allí mientras el otro se sentaba o se estiraba entre chapoteos. Además el agua estaba fría, como era de esperar en aquella época del año en un río cuyo curso

inicial se alimentaba de las nieves que se fundían en las montañas del sur.

Pero al menos avanzábamos más de prisa que por tierra. La orilla se deslizaba junto a nosotros a velocidad constante. Y el tiempo se mantenía bueno. Brillaba un sol caluroso en un cielo cuyo azul se reflejaba más profundamente en el liso camino que recorríamos. Larguirucho me llamó y señaló. Al oeste había un Trípode que atravesaba los campos dando zancadas gigantescas. Sentí una especie de satisfacción al verlo. Pese a que en comparación éramos ridículamente insignificantes, el hecho de que aún siguiéramos luchando quería decir algo.

La siguiente vez que vi un Trípode me sentí mucho menos contento.

Una hora después de zarpar pasamos ante una barcaza. Iba río arriba y el encuentro fue, por tanto, breve. Un hombre que se hallaba en cubierta se nos quedó mirando con curiosidad e hizo algún comentario o pregunta que no entendimos. Debíamos ofrecer un extraño espectáculo, a flote sobre aquel artefacto anegado.

Los cuatro huevos crudos apenas nos habían calmado el hambre, que era cada vez más acuciante. Vimos campos en los que tal vez, se asentaban cultivos que valía la pena asaltar, pero entonces nos dimos cuenta de una deficiencia específica de la desvencijada nave: nuestra incapacidad para gobernarla. Teníamos un par de fragmentos de tabla, pero sólo servían para empujar y apartar la balsa de los obstáculos, y no demasiado bien. Me di cuenta de que íbamos por donde el río nos llevaba y que, sin contar la posibilidad de chocar casualmente contra la orilla, sólo podríamos tomar tierra si abandonábamos la balsa y nos poníamos a nadar. Ahora estábamos muy apartados de la orilla y la corriente tenía fuerza; habría que nadar mucho para ganar tierra. Entretanto, los campos se deslizaban ante nosotros y, tiempo después, fueron sustituidos por terrazas en las que aparecían plantadas las hileras regulares de las viñas. Allí no había comida. Las minúsculas uvas apenas apuntarían en época tan temprana.

Un pez grande, seguramente un salmón, saltó seductoramente cerca de nosotros. No disponíamos de medios para cocinarlo, pero de haber sido capaces de capturarlo habríamos considerado la posibilidad de comérselo crudo. Ante mí desfilaban visiones de comida, mientras me aferraba a la tosca madera. Carne asándose en un espetón... una tierna pierna de cordero bañada en la salsa que preparaba mi madre con la hierbabuena del jardín... o simplemente pan y queso... pan crujiente por fuera y suave por dentro, queso amarillo que se deshacía con tocarlo. Probé el espetón que llevaba; sabía salado, nada apetitoso.

Las horas pasaban. El sol describió un arco ascendente por detrás de nosotros y después descendió en curva hacia el oeste. Yo tenía a la vez frío y calor. Probé a beber grandes cantidades de agua, recogéndola entre las manos, a fin de llenar el vacío doloroso del estómago; pero sólo conseguí sentirme hinchado sin calmarme el

hambre en absoluto. Al final le dije a Larguirucho que teníamos que conseguir comida de algún modo. Habíamos pasado por delante de dos pueblos, uno a cada lado del río. Allí tenía que haber comida, o por lo menos algo comestible (en los huertos, caso de no conseguir nada mejor). Si poníamos mucho empeño en acercarnos a la orilla, utilizando los palos como zaguales, e intentáramos, como mejor pudiéramos, llevar la balsa a tierra cuando viéramos el siguiente indicio de presencia humana...

Dijo él:

—Sería mejor que aguantáramos hasta el atardecer. Entonces tendremos más posibilidades de encontrar comida.

—Puede que entonces no veamos ningún pueblo.

Discutimos y por fin, de mala gana, accedí. Poco a poco nos acercamos a la orilla occidental; intentamos alcanzarla sirviéndonos de los palos. El resultado fue grotesco. La balsa giraba sobre sí misma y nuestra posición relativa con respecto a la orilla no variaba. Abandonamos el intento, conscientes de que no nos llevaría a ninguna parte.

Larguirucho dijo:

—Es inútil.

Yo dije:

—Entonces tendremos que llegar a nado.

—Eso significa abandonar la balsa.

Pues claro. Yo estaba enfadado:

—¡No podemos continuar sin comida! De todos modos, embarcarnos sin medios de control fue una locura.

Larguirucho guardó silencio. Dije, todavía irritado:

—¿Y esta noche, qué? No podemos dormir aquí. Si lo intentáramos, nos caeríamos y nos ahogaríamos. De todos modos, tendremos que abandonarla antes de que oscurezca.

—Sí —dijo él—. Estoy de acuerdo. Pero vamos a esperar más. Ahora no hay casas.

Eso era cierto. El río discurría entre verdes orillas libres de signos de vida. Dije, hoscamente:

—Supongo que tienes razón. ¿No nos toca volver a cambiar de sitio?

Más adelante había unas ruinas abandonadas y al norte de éstas nos cruzamos con otra barcaza. Era una tentación gritar para que nos recogieran. Logré resistirla, pero me costó trabajo. Habíamos pasado ante una parada poco después del mediodía; estaba vacía, el pequeño muelle blanco guardaba silencio bajo un sol áspero. En la segunda parada había dos barcazas amarradas y una milla más allá una tercera barca enfilaba río arriba. No volví a hablar de abandonar la balsa y nadar hacia la orilla: Larguirucho sabía tan bien como yo que no podíamos hacer otra cosa. Me

proporcionó una pequeña satisfacción perversa dejar que él tomase ahora la iniciativa.

Con el declinar del día volvimos a ver ruinas, aunque seguiríamos sin ver lugares habitados. El río era más ancho y los remolinos nos llevaron al centro. Nadar no hubiera resultado fácil en ninguna circunstancia, tanto menos para dos personas agotadas y mojadas, que tenían hambre y frío. El resentimiento que abrigaba contra Larguirucho se desvaneció ante la perspectiva de lo que nos aguardaba.

Sin embargo, de modo completamente súbito, todo cambió. El Trípode venía del norte; avanzaba a zancadas a lo largo de la orilla occidental. Iba a pasar a no más de cien yardas de nosotros, más cerca que ningún otro Trípode durante este viaje. Esta vez no sentí satisfacción cuando nos rebasó, sino un gran alivio.

Hasta que le vi girar y volverse hacia nosotros y escuché el ulular que ya había oído dos veces con anterioridad; ahora tenía motivos para asustarme. El agua saltó cuando los grandes pies metálicos penetraron en el río. Ya no cabía ninguna duda que éramos su objetivo. ¿Habrían capturado al «Erlkönig»? me pregunté. ¿Habrían sido informados de algún modo fantástico sobre su objetivo y nos buscaban por eso? Miré a Larguirucho y él me miró a mí. Dije:

—Lo mejor es lanzarse al agua.

Ya era demasiado tarde. En aquel instante el tentáculo de metal descendía desde el hemisferio, serpenteando. Golpeó entre los dos, astillando las frágiles tablas. Un momento después luchábamos en el agua.

## CAPÍTULO 4

### EL ERMITAÑO DE LA ISLA

Yo esperaba que el tentáculo me aferrase. La acción del Trípode, destrozarse en cambio la balsa, me asombró y me alarmó. Me hundí mucho y tragué una bocanada de agua antes de comprender plenamente lo que sucedía. Cuando emergí, alcé la vista y en primer lugar vi que el Trípode, nuevamente en silencio, se alejaba bamboleándose, reanudando su camino en dirección sur. Parecía haber actuado sin propósito determinado, como cuando los vimos bailar alrededor del «Orión» al cruzar el Canal desde Inglaterra. Igual que un niño gamberro, vio algo, lo aplastó por pura maldad y siguió su camino.

Pero sobrevivir era más urgente que especular con los motivos de los Trípodes. La balsa se había descompuesto en tablones, uno de los cuales se mecía en el agua, cerca de mí. Un par de brazadas me acercaron a él; me agarré y busqué a Larguirucho. No veía nada excepto el río, que iba adquiriendo una tonalidad gris al aproximarse el atardecer, y me pregunté si el extremo del tentáculo no le había golpeado al caer. Después oí su voz y volviendo la cabeza hacia atrás le vi nadando hacia mí. Asió el otro extremo del tablón y, jadeando, agitamos las piernas en el agua.

Yo dije:

—¿Intentamos llegar a la orilla?

Él tuvo un acceso de tos; después dijo:

—Creo que todavía no. Mira allá delante. El río hace una curva. Si nos mantenemos así puede que él mismo nos acerque a tierra.

En todo caso, el tablón era un apoyo que no deseaba abandonar. La corriente parecía más rápida y desde luego más turbulenta. A ambos lados se alzaban colinas entre las que el río se iba abriendo paso. Nos acercábamos al recodo donde viraba, con bastante brusquedad, hacia el oeste. Al llegar vi que la verde ribera situada a nuestra derecha se dividía; al otro lado había más agua.

—El río... —dije—. Debe bifurcarse ahí.

—Sí —dijo Larguirucho—. Will, creo que debemos intentar llegar a nado ahora.

Yo había aprendido a nadar en los ríos de los alrededores de mi pueblo, Wherton, y unas cuantas veces, ilícitamente, en el lago que hay en la parte alta de la heredad. Era mejor que nada, pero Larguirucho se había criado en un pueblo costero. Se alejó de mí dando brazadas vigorosas; después se dio cuenta de que yo me quedaba rezagado y gritó:

—¿Estás bien?

Repuse, obstinadamente:

—Muy bien.

Y me concentré en la natación. La corriente tenía mucha fuerza. La orilla hacia la

que me dirigía se deslizaba ante mí y quedaba atrás. Sólo poco a poco fui haciéndome una idea de la distancia. Entonces vi algo que me dejó sin aliento. Más adelante la orilla formaba un saliente, tras el cual había una extensión de agua mayor. No se trataba de un lugar donde se bifurcaba el río sino de una isla. Si no la alcanzaba, cansado ya, me encontraría en mitad del río, y aún me quedaría un recorrido mucho más largo. Modifiqué la trayectoria y nadé casi directamente en contra de la corriente. Oí que Larguirucho me volvía a llamar pero me faltó fuerza para buscarle o responderle. Continué luchando denodadamente; los brazos me pesaban cada vez más, el agua me parecía cada vez más fría, con más fuerza, más implacable.

Ya no miraba dónde me dirigía, preocupado sólo de meter y sacar los brazos del agua. Entonces algo me golpeó la cabeza y me hundí, aturdido. No recuerdo nada más, hasta que tuve conciencia de que alguien me arrastraba y de que había tierra firme bajo mis pies.

Fue Larguirucho el que me arrastró hasta una orilla cubierta de hierba. Cuando me recuperé lo suficiente como para fijarme en el entorno vi por qué escaso margen lo habíamos conseguido. Nos hallábamos a pocas yardas del límite septentrional de la isla, que estaba situada en el centro de la curva del río. Inmediatamente después el río se ensanchaba considerablemente. Descubrí que me dolía la cabeza y me llevé la mano a la frente.

—Te diste con una tabla, —dijo Larguirucho—. Creo que de la balsa. ¿Qué tal te encuentras, Will?

—Un poco mareado, —dije yo. Entonces me acordé de otra cosa—. Y hambriento. Al otro lado... ¿eso no es...?

—Sí —dijo él—, un pueblo.

Pese a la creciente oscuridad, era posible ver casas en la orilla oriental; en algunas ventanas había luz. A estas alturas yo estaba dispuesto a correr el riesgo de que me echaran agua sucia por encima o me persiguieran perros enormes, incluso de que me preguntaran qué estaba haciendo allí. Pero no de volver a echarme al río; podía pensar con más claridad, pero físicamente me encontraba tan débil como si me hubiera pasado un mes en la cama.

—Cruzaremos al otro lado por la mañana, —dijo Larguirucho.

—Sí —asentí con cansancio—. Por la mañana.

—En el interior, la arboleda se espesa. Mayor protección si llueve.

Asentí de nuevo y moví hacia delante las piernas, que me pesaban. Sólo di unos pocos pasos y me detuve. Había alguien de pie junto a la linde de la arboleda, observándonos. Cuando se dio cuenta de que lo habíamos visto, vino hacia nosotros. Bajo la tenue luz pude apreciar que era un hombre de mediana edad, alto y delgado, vestido con una camisa y unos pantalones oscuros de aspecto tosco; tenía el pelo largo y barba. Además vi otra cosa. Aunque el pelo le llegaba por detrás más abajo

del cuello, por delante era calvo. Tenía el pelo moreno, empezando a encanecer. Y donde debiera estar la franja plateada de la Placa sólo había carne, curtida y atezada por los muchos años de intemperie.

Hablaba alemán, un dialecto cerrado. Estaba echando una ojeada y nos había visto luchar en el agua, observando cómo Larguirucho me arrastraba hacia la orilla. Me pareció que se comportaba de forma extraña, en parte contrariado y en parte hospitalario. Me daba la sensación de que le habría gustado bastante ver que la corriente nos llevaba de largo y que no habría dedicado más de un momento a pensar en las posibilidades que tendríamos de no ahogarnos. Pero ya que estábamos allí...

Dijo:

—Querréis secaros. Será mejor que vengáis conmigo.

En mi cabeza surgían toda clase de preguntas, aparte de la auténticamente crucial de por qué no le habían insertado la Placa. Pero parecía que lo más conveniente era hacer lo que decía y aguardar a que se aclarasen las cosas. Miré a Larguirucho y asintió. El hombre marchaba en cabeza hacia lo que me pareció un sendero muy transitado. Durante varios minutos caminamos dando vueltas antes de llegar a un claro. Delante teníamos una cabaña de madera; en la ventana ardía una lámpara de petróleo y por la chimenea salía humo. El hombre describió el pestillo de la puerta y entró, seguido por nosotros.

Ardía un fuego de troncos en un hogar de piedra. Ante él había una gran alfombra de lana (roja, con animales negros y amarillos de formas extrañas) y, sentados en la alfombra, tres gatos. Dos de ellos a rayas con manchas blancas; el tercero tenía una extraña disposición de blanco y negro, la cara blanca y un curioso bigote negro bajo el hocico. El hombre los apartó con el pie, sin brusquedad, simplemente obligándoles a abandonar su sitio. Se dirigió a un armario y sacó dos toallas de tela basta.

—Quitaos la ropa mojada, —dijo—. Calentaos junto al fuego. Tengo un par de camisas y de pantalones que os podéis poner mientras os secáis, —se nos quedó mirando con intensidad—. ¿Tenéis hambre?

Nos miramos. Larguirucho dijo:

—Mucha hambre, señor. Si usted...

—No me llames señor. Yo soy Hans. Pan y jamón frío. No suelo cocinar de noche.

—Con pan bastará —dije yo.

—Sí —dijo él—. Tenéis pinta de estar muertos de hambre. Secaros, pues.

Los pantalones y la camisa nos quedaban grandes, claro, sobre todo a mí. Tuve que enrollar los bajos, y él me dio un cinturón para que me lo ciñera. Me perdía dentro de la camisa. Mientras nos cambiábamos estuvo disponiendo cosas sobre una mesa de madera que había sido fregada muchas veces y estaba bajo la ventana: un par de cuchillos, platos, mantequilla amarilla, una gran barra de pan moreno y un jamón

parcialmente cortado, con la carne rosada rodeada de tocino blanco, tostado por fuera. Hice lonchas mientras Larguirucho cortaba el pan. Vi que Hans me observaba y me sentí un poco avergonzado porque estaba cortando las lonchas gruesas. Pero él asintió, aprobándolo. Trajo un par de jarras que dejó pesadamente ante nuestros platos y volvió con un gran recipiente de barro del que nos sirvió cerveza oscura. Todo estaba listo. Yo hice el propósito de comer despacio, pero fue inútil. Era jamón dulce y estaba muy bueno, el pan sabía a nueces y era de textura gruesa, la mantequilla era la de mejor calidad que había probado desde que me fui de casa. La cerveza con que lo engullía todo era fuerte, de sabor dulce. Me dolían las mandíbulas de masticar, pero el estómago seguía reclamando más comida.

Hans dijo:

—Vaya si teníais hambre, —yo miré mi plato con aire culpable—. No os preocupéis. Seguid comiendo. Me gusta ver cómo la gente disfruta de los alimentos.

Por fin paré (Larguirucho había terminado mucho antes). Me sentía lleno, en realidad demasiado lleno, y feliz. La habitación resultaba acogedora a la luz de la lámpara, con el parpadeo de la hoguera y los tres gatos, de nuevo en sus posiciones originales, ronroneando junto al hogar. Supuse que ahora Hans nos formularía preguntas (de dónde éramos, por qué razón estábamos en el río). Pero no sucedió así. Nuestro anfitrión se sentó en una mecedora de madera que por su aspecto tal vez hubiera construido él mismo y se puso a fumar en pipa. No parecía que el silencio le resultara embarazoso ni forzado. Al final fue Larguirucho el que dijo:

—¿Podría decirnos cómo es que no tiene Placa?

Hans se quitó la pipa de la boca.

—Jamás me han molestado. ¡Jamás!

Se lo fuimos sacando poco a poco entre los dos, pinchándole. Su padre lo había traído a esta isla de niño, al morir su madre. Los dos vivían cultivando verduras, cuidando gallinas y unos pocos cerdos, manufacturando objetos que vendían en el pueblo situado al otro lado del río. Después su padre también murió y él se había quedado aquí. En el pueblo nadie se inquietó por él; no lo consideraban parte de su vida. Esto sucedió en la primavera del año en que debía recibir la Placa, y aquel verano no se movió de la isla, ocupado en hacer por sí mismo todas las cosas que anteriormente había ayudado a hacer a su padre. (Nos dijo que había enterrado a su padre no lejos de la cabaña y que a lo largo de los lentos meses del invierno siguiente había esculpido una lápida con su nombre para colocarla en la tumba). Desde entonces habría ido al pueblo unas dos veces al año. Tenía una barca en la que remaba hasta allí y después regresaba.

Al principio me costó creerle, al pensar en los problemas que padecimos todos los que huimos hacia las Montañas Blancas a fin de evitar que nos pusieran la Placa, mientras este hombre se había limitado a quedarse donde estaba, sin preocuparse.

¿Sería posible que el dominio de la Tierra por parte de los Trípodes tuviera fallos semejantes? Pero cuanto más lo pensé, tanto menos sorprendente me pareció. Él era un hombre solo, que vivía como un ermitaño. El dominio de los Trípodes se basaba en la servidumbre, y para alcanzar tal fin bastaba con que se aceptase la inserción de la Placa como algo natural e inevitable siempre que hubiera un puñado de hombres juntos, aunque sólo fueran dos o tres. Un hombre solo no importaba, siempre que se mantuviera tranquilo y no causara problemas. Y en el momento en que causara problemas, por supuesto que habría que ocuparse de él, bien fueran los Trípodes, bien sus seguidores humanos. Hacerlo no plantearía ninguna dificultad.

Larguirucho, una vez tuvo esto claro, le interrogó acerca de los Trípodes. ¿Los veía mucho? ¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ellos? Vi a dónde apuntaban sus preguntas y me contenté con dejar que las hiciera él. No pareció sorprenderse ni sospechar a causa de la conversación, lo cual revelaba de por sí lo escaso que debía de haber sido su contacto con el mundo exterior. Las costumbres locales variaban según los distintos países, pero en todos el tema de los Trípodes y las Placas era tabú. Nadie, teniendo en cuenta que parecíamos llevar Placa, se hubiera expresado así.

Mas, si era ajeno a las sospechas, también se mostraba indiferente. Sí, veía Trípodes de vez en cuando. Creía que hacían daño a las cosechas; resultaba difícil imaginarse cómo lo hubieran podido evitar, siendo unos objetos tan grandes. Pero le alegraba decir que ninguno había puesto su pesado pie en aquella isla. En cuanto a las Placas, bueno, la gente las llevaba y no parecía que hicieran mucho daño, ni tampoco ningún bien en especial. Creía que tenían que ver con los Trípodes, pues éstos se llevaban a los chicos, a quienes se les insertaban. ¿Impedían que la gente quisiera luchar contra los Trípodes?, preguntó audazmente Larguirucho.

Hans lo miró por encima de la pipa. Dijo, sagazmente:

—Bueno, tú tendrías que saber de eso más que yo, ¿no te parece? Pero no tendría mucho sentido luchar contra los Trípodes, ¿no crees? Sería necesaria una gran fuerza en los brazos para arrojar una piedra lo bastante alto como para golpear la parte superior, ¿y de qué serviría si se pudiera? Además, ¿qué sentido tiene? No parece que hagan mucho daño. De vez en cuando perjudican a las cosechas y al ganado... y tal vez a los hombres, si no se apartan a tiempo. Pero el rayo también puede matar y hay menos posibilidades de esquivarlo, y el granizo puede destrozar las cosechas.

Larguirucho dijo:

—Nosotros íbamos en balsa por el río. Un Trípode destrozó la balsa. Así vinimos a parar aquí.

Hans asintió.

—Todo el mundo tiene a veces mala suerte. Mis gallinas cogieron una enfermedad hace dos años. Acabó con todas menos con tres.

—Le estamos muy agradecidos, —dijo Larguirucho—, por darnos comida y

techo.

Hans desvió su mirada hacia el fuego y luego volvió a mirarle a la cara.

—En cuanto a eso, me va bastante bien sin ver a nadie, pero ya que estáis aquí... Hay que cortar algo de leña allá arriba. He tenido reuma en el hombro y todavía no ha desaparecido del todo. Podéis encargáros de eso mañana a cambio de lo que comáis y del alojamiento. Después tal vez os lleve remando hasta el pueblo.

Larguirucho iba a decir algo; pero se cortó y se limitó a asentir. Se hizo nuevamente el silencio; Hans miraba al fuego. Dije, en parte exasperado y en parte esperanzado:

—Pero si encontrara gente que lucha contra los Trípodes, ¿no les ayudaría? Después de todo, usted es un hombre libre.

Me miró unos momentos antes de responder.

—Dices cosas muy raras, —dijo—. Yo no tengo mucho contacto con la gente, pero me suena muy raro lo que dices. Tú no eres de por aquí, muchacho.

En parte era una acusación y en parte una pregunta. Dije:

—Pero si «hubiera» hombres que no fueran esclavos de los Trípodes, seguramente usted querría hacer lo que pudiera...

Vi que mi voz se esfumaba bajo la mirada fija del hombre barbudo.

—Dices cosas raras, —repitió—. Yo me ocupo de mis asuntos. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. ¿Eres de esos que llaman Vagabundos, quizá? Pero viajan solos, no por parejas. No tengo problemas con nadie, porque me mantengo al margen. Da la impresión de que tú buscas problemas. Si ésa es tu forma de pensar...

Larguirucho le cortó. Dijo, lanzándome previamente una mirada de advertencia:

—No debe hacerle ningún caso, Hans. No se siente bien. Cuando estaba en el agua se dio en la cabeza contra uno de los tablones de la balsa. Puede ver el golpe que tiene en la frente.

Hans se puso de pie y avanzó hacia mí. Se quedó mirándome la cabeza un buen rato. Después dijo:

—Sí. Puede que le haya afectado un poco, aunque eso no le impedirá coger un hacha por la mañana. Pero a los dos os hará bien una buena noche de sueño. Yo me levanto temprano, así que no trasnocho.

Trajo mantas de la otra habitación de la cabaña, donde dormía. Después de darnos bruscamente las buenas noches nos dejó, llevándose la lámpara consigo. Larguirucho y yo nos instalamos en el suelo, uno a cada lado del fuego. Yo me sentía vagamente incómodo por causa de la cena que, tras dos días de ayuno, no estaba resultando fácil de digerir. Pensé que me esperaba una noche inquieta. Pero el cansancio fue más fuerte que el mareo.

Miré el resplandor de la hoguera, los tres gatos que aún montaban guardia ante ella; y mi siguiente visión fue la luz del sol que incidía sobre las cenizas apagadas;

los gatos no estaban y Hans, cuyas fuertes pisadas me habían despertado, nos llamaba para que nos levantáramos.

Nos preparó un desayuno gigantesco. Grandes lonchas de tocino ahumado a la plancha, todos los huevos que quisiéramos (yo me comí tres), y pasteles de patata, calientes, de color marrón dorado. Los acompañamos con cerveza, de la misma que nos dio la noche anterior.

—Comed bien, —dijo Hans—. Cuanto más comáis, mejor trabajaréis.

Nos llevó consigo al norte de la isla. Había un campo de aproximadamente un acre de extensión, un patatal, y explicó que lo quería ampliar talando y arrancando de raíz los árboles del bosquecillo vecino. Había dado comienzo a esta labor, pero el reumatismo del hombro al principio le estorbó y al final se lo impidió por completo. Nos proporcionó un hacha, un pico y una pala, se quedó a ver cómo empezábamos y después se marchó.

Era un trabajo duro. La savia ascendía por los árboles, y las raíces de los ya talados estaban enmarañadas y eran difíciles de sacar. Larguirucho apuntó que, si trabajábamos duro, Hans podría considerar que una mañana de trabajo era suficiente a cambio de la hospitalidad y nos llevaría al otro lado del río por la tarde. Pero, aunque la tarea nos hizo sudar, la cosa fue despacio. Cuando vino Hans a por nosotros, hacia mediodía, miró con aire crítico el resultado.

—Pensé que lo haríais mejor. Sin embargo, algo es algo. Ahora más vale que vengáis a comer.

Había asado un par de pollos y los sirvió con un montón de patatas con mantequilla y repollo de sabor amargo. Nos dio de beber vino porque, probablemente, la cerveza a mediodía nos daría pereza. Después había arándanos dulces con nata. Cuando terminamos dijo:

—Ahora podéis descansar media hora y hacer la digestión mientras yo recojo las cosas. Después volvéis al campo. Dejad el roble grande para mañana. Quiero asegurarme de que cae en la dirección adecuada.

Nos dejó tumbados al sol. Yo le dije a Larguirucho:

—¿Mañana? Le cuesta demasiado ofrecerse a llevarnos al otro lado del río esta tarde.

Larguirucho dijo, despacio:

—Mañana y pasado y el otro. Está decidido a retenernos hasta que hayamos despejado el bosque.

—¡Pero eso nos llevaría por lo menos una semana, tal vez dos!

Larguirucho dijo:

—Sí. Y nos queda poco tiempo si queremos competir en los Juegos.

—De todos modos tampoco lograríamos ir a pie. Tendríamos que encontrar

materiales para otra balsa y construirla. Y aun así dudo que lo lográramos. Necesitamos una barca.

Cuando la idea me asaltó, me interrumpí, sorprendido de que no se me hubiera ocurrido antes. Habíamos visto el bote de Hans de camino hacia el campo. Estaba amarrado en una pequeña ensenada, al este de la isla; medía seis pies y tenía aspecto resistente y un par de remos. Por la mirada que me dirigió, Larguirucho estaba pensando algo muy parecido.

Dije:

—Si nos las arregláramos para escapar esta noche... Supongo que sería una jugarreta de lo más sucio, pero...

—El bote debe de significar mucho para Hans, —dijo Larguirucho—. Depende de él para ir al pueblo y volver. Seguramente lo habrá construido él, o su padre, y le llevaría mucho tiempo construir otro, sobre todo con los dolores del hombro. Pero por lo que ha dicho sabemos que jamás nos ayudaría, pese a no tener Placa. Nos retendría aquí, trabajando para él, aunque supiera cuál es nuestra misión. Creo que llegar a la Ciudad, Will, es más importante que este viejo solitario y su barca.

—Entonces esta noche...

—Esta noche significa perder medio día y tal vez no haya otra ocasión en la que sepamos que no nos vigila, —se puso de pie—. Creo que es mejor ahora.

Caminamos de la manera más inocente posible hacia el refugio de los árboles. Cuando nos acercamos, volví la vista atrás y vi la puerta de la cabaña, abierta, pero ni rastro de Hans. Después de eso fuimos más deprisa, corriendo en dirección hacia la ensenada y el bote. Se bamboleó cuando Larguirucho subió a bordo y sacó los remos, mientras yo me ocupaba de la cuerda que lo amarraba a la rama de un árbol. Tenía un nudo complicado con el que hube de vérmelas, al principio con escasos resultados.

Larguirucho dijo:

—Deprisa, Will.

—Si tuviera un cuchillo.

—Creo que oigo a alguien.

Yo también lo oí: pies que corrían, y luego una voz que llamaba con aspereza. Tiré desesperadamente del nudo y se soltó. Después trepé al bote, que se balanceó peligrosamente bajo nuestro peso. Cuando Larguirucho dio un empujón que nos separó de la orilla irrumpió la figura de Hans desde los árboles, diciendo tacos. Estábamos a diez pies de distancia cuando llegó al borde del agua. No se detuvo; siguió en pos de nosotros. El agua, que discurría velozmente, le llegaba a las rodillas, a los muslos, pero él seguía, aún soltando juramentos. Cuando le llegó a la cintura logró incluso agarrar la paleta de un remo, pero Larguirucho lo retiró. La corriente nos arrastró y nos desplazamos al centro del río.

Entonces se calló súbitamente y le cambió la expresión. Yo había soportado sus

exabruptos y cólera anteriores con bastante facilidad, pero esto era diferente. Todavía me pongo enfermo cuando recuerdo la terrible desesperación de su rostro.

Después de eso navegamos río abajo con bastante rapidez. Nos turnábamos a los remos; salíamos temprano y aguantábamos todos los días hasta muy tarde. La comida era un problema pero nos las arreglábamos, aunque después del primer día pasamos hambre constantemente. Nos cruzamos con barcazas que viajaban río arriba y río abajo y nos mantuvimos alejados de ellas (lo cual resultó cada vez más fácil a medida que el gran río se ensanchaba en su curso hacia el mar). El río ofrecía de por sí un gran interés, pues corría entre paisajes variados, bosques, pastos, viñedos, campos de trigo y las masas sombrías y silenciosas de las ciudades en ruinas de los antiguos, que se elevaban a ambos lados. Vimos Trípodes muchas veces y en una ocasión oímos el canto salvaje de su toque de caza, pero muy lejano. Ninguno se nos acercó mucho. Había ríos que afluían uniéndose al río madre, castillos de gran antigüedad que se elevaban a gran altura sobre contrafuertes de roca, y una vez vimos una enorme masa de roca rojiza cubierta de árboles, más alta que un Trípode, sobresaliendo en medio de la corriente.

Y así llegamos por fin al lugar donde se celebraban los Juegos. Había muchas barcazas amarradas allí, entre ellas el «Erlkönig».

## CAPÍTULO 5

### LOS JUEGOS

Era un país de prados salpicados de flores, tierras ricas y fértiles, poblaciones pequeñas y prósperas y, por todas partes, molinos de viento cuyas aspas giraban suavemente mecidas por ráfagas de aire templado. Tal vez la estación no estuviera tan avanzada como en el sur, pero parecía haber llegado el buen tiempo. La gente decía que aquél era el auténtico clima de los Juegos, aunque yo pensé que el hecho de que lo dijieran tanto tal vez indicara que el auténtico clima de los Juegos era una rareza y no una expectativa razonable.

La ciudad se hallaba situada al oeste del río, tras unas praderas que, cuando las atravesamos, dormían apaciblemente bajo el cálido sol de la tarde. Mucha gente viajaba en aquella dirección; no sólo los que tomaban parte en las competiciones, sino también los espectadores de los Juegos. Abarrotaban la ciudad y los pueblos circundantes, y miles de personas más levantaron tiendas de campaña en los campos. Había ambiente de festival, comida, cerveza y vino de la última cosecha en abundancia. Todo el mundo parecía feliz y vestía sus mejores ropas. Llegamos el día anterior a la inauguración. Aquella noche teníamos que dormir donde mejor pudiéramos (al final lo hicimos al aire libre, bajo unos sauces, a orillas de un torrente veloz), pero al día siguiente, si superábamos las pruebas preliminares y éramos aceptados, seríamos participantes y nos alojaríamos en las largas cabañas de madera erigidas en las cercanías del Campo.

Para llegar allí había que atravesar la ciudad, con su gran iglesia de torres gemelas y sus casas recién pintadas, y rodear el monte que la dominaba. (Una vez, paseando por allí, encontramos una gran fosa semicircular compuesta por gradas de piedra dispuestas frente a una plataforma central, también de piedra. No fuimos capaces de averiguar su finalidad, pero las piedras estaban agrietadas, desgastadas y deformadas por el transcurso, más que de los años, seguramente, —pensé— de los siglos, antes de la llegada de los Trípodes, generación tras generación). Al otro lado había un pueblo y cerca estaba el Campo. Tenía una extensión enorme y la gente de la localidad contaba una historia relacionada con él: decían que en la época de los antiguos habían tenido lugar numerosas y grandes batallas en las que, —aunque costaba trabajo creerlo—, los hombres se mataban entre sí a causa de su maldad. Éste era el escenario de la última batalla, la más inmensa y salvaje de todas, aunque unos decían que ya había tenido lugar, en tanto que otros creían que aún había de entablarse. Al oír esto concebí la esperanza de que fuera un augurio de nuestro triunfo. Había que entablar una batalla y nosotros éramos los adelantados de nuestro ejército.

En la barcaza habíamos visto a Moritz, pero no a Ulf, que estaba fuera, bebiendo.

Moritz se alegró de vernos, pero nos suplicó que no nos quedáramos, porque la cólera de Ulf aún no había desaparecido y no era probable que se aplacara por el hecho de que hubiéramos llegado a tiempo, después de todo. Nos dijo que Fritz había acudido al Campo aquella mañana.

Había banderas y estandartes en todos los pueblos y ciudades, y también rodeaban el Campo como pétalos en movimiento de un millar de flores enormes y vistosas. Por detrás y por encima había gradas de madera donde el público se sentaba y miraba; entre él se movían los vendedores con su mercancía de baratijas, cintas, caramelos y salchichas calientes. En un lateral se destacaba el pabellón del juez y, delante, un estrado al que subirían los vencedores para recibir el cinturón de campeones. Al í teníamos la ferviente esperanza de subir.

Como he dicho, el primer día eran eliminados los que eran notoriamente incapaces. No dudábamos de que nos clasificaríamos, y lo hicimos con facilidad. Yo tuve que boxear con un chico que más o menos tendría mi edad y mi peso, y en menos de un minuto el juez interrumpió la pelea y me envió a pesarme e inscribirme. Volví a ver a Fritz en la tienda que habían levantado para llevar a cabo estos trámites. No mostró sorpresa por mi aparición ni tampoco curiosidad por saber cómo había llegado allí. Le dije que Larguirucho también estaba aquí y asintió. Tres oportunidades valían más que una. Aunque me daba la impresión de que siempre había tenido la convicción de que era él el que lograría entrar en la Ciudad, de que no se podía confiar en nosotros. Casi deseé que perdiera en la primera carrera, pero refrené a tiempo mi estúpido resentimiento. Lo importante era que alguno de nosotros triunfara y, como dijo él, tres mejor que uno.

Más adelante volví a ver a Larguirucho: también se había clasificado sin dificultades, salvando la distancia exigida por un amplio margen en sus dos saltos. A mediodía comimos juntos en la tienda de campaña que hacía las veces de comedor: además de cama nos proporcionaban comida. Le pregunté qué impresión tenía de sus posibilidades, ahora que nos encontrábamos frente al reto. Él dijo con seriedad:

- Creo que voy bien. No tuve que esforzarme mucho. ¿Y tú, Will?
- El que yo derroté también se ha clasificado. Lo he visto en la cabaña.
- Eso está bien. ¿Crees que deberíamos ir a buscar a Fritz?
- Ya habrá tiempo luego. Primero vamos a comer.

A la mañana siguiente se celebró la ceremonia inaugural. La gente llegó en procesión desde la ciudad, portando los estandartes de los Juegos, y el capitán de los Juegos, un anciano de pelo blanco, jefe de los oficiales, dirigió a los participantes reunidos en el Campo un discurso de bienvenida plagado de menciones a la

deportividad y el honor.

Tal vez me hubiera sentido impresionado de no ser por aquellos otros que se hallaban también presentes. Durante el torneo que se celebró en el Château de la Tour Rouge, había un Trípode encima del castillo, observando las pruebas en silencio. Aquí había seis. Llegaron de madrugada y ya se encontraban alineados en torno al campo cuando nos despertaron. Palabras tales como deportividad y honor parecían algo vacías cuando se recordaba que la finalidad de estas pruebas deportivas era proporcionar esclavos para aquellos monstruos metálicos. Esclavos o sacrificios. Después de todo, pese a que cada año entraban en la Ciudad centenares de hombres y mujeres, aún no se sabía de ninguno que hubiera salido. Cuando lo pensé me estremecí, a pesar de que el sol calentaba.

Aquel día no había boxeo, así que pude presenciar las pruebas preliminares de otros deportes. Fritz estaba inscrito en las carreras de 100 y 200 metros. Las listas estaban muy concurridas: para la primera había doce series de diez participantes; los corredores que llegaban en primero y en segundo lugar pasaban a tomar parte en tres carreras subsiguientes, en las que se clasificaban los tres primeros. Fritz fue segundo en la cuarta serie. Desde luego yo podía estar equivocado, pero me pareció cuando lo vi que se había empleado a fondo. La primera parte del salto de longitud se celebró por la tarde y Larguirucho ganó con facilidad, aventajando en medio metro a su rival más inmediato.

Mi primera prueba tuvo lugar a la mañana siguiente. Mi contrincante era un muchacho alto y delgado, que se movía veloz, pero casi exclusivamente a la defensiva. Lo perseguí por el cuadrilátero; a veces fallaba, pero casi siempre pude alcanzarle, y no tuve dudas acerca del resultado. Aquel día volví a luchar otra vez y otra vez gané con facilidad. Larguirucho lo presencié. Después me puse el uniforme de participante que me dieron y acudimos a ver las pruebas de atletismo. Se estaban corriendo las series de 200 metros. Larguirucho aguzó la vista para leer el tablón que anunciaba las series, pero tuvo que preguntarme por cuál iban. Le dije que por la siete.

—Entonces Fritz ha corrido ya, —contestó—. Le tocaba en la seis. ¿Han salido los resultados?

—Los están poniendo ahora.

El tablón de resultados estaba a un lado del pabellón de los jueces. Consistía en un complicado sistema de ventanillas, escaleras y repisas situadas por detrás, y por medio del cual un tropel de chicos izaba los números de los dos clasificados de la serie seis.

Larguirucho dijo:

—¿Qué?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No.

Larguirucho no hizo ningún comentario, ni yo tampoco. La eliminación de Fritz en una de sus dos pruebas era nuestra primera derrota, y nos obligaba a aceptar la posibilidad de que hubiera otras. Sería desolador que todos tuviéramos que regresar, derrotados ante el primer obstáculo; pero había que contar con que una cosa así pudiera suceder.

Y en cuanto a mí, personalmente, la posibilidad de la derrota se convirtió en algo muy real la siguiente vez que combatí. Este oponente, al igual que el primero, era rápido, pero más habilidoso y mucho más agresivo. En el primer asalto me alcanzó con varios golpes buenos y me esquivó cuando contraataqué, dejándome una de las veces enredado en las cuerdas. No me cupo ninguna duda en mi fuero interno de que había perdido el asalto e iba camino de perder el combate. Cuando salimos de nuevo me concentré, procurando acercarme y golpear el cuerpo. Me fue mejor, pero seguía teniendo la sensación de que aún perdía por puntos. En el último asalto salí a la desesperada. Ataqué con un furor que desconcertó a mi contrincante. Bajó la guardia y le alcancé con un derechazo en un lado de la cabeza que lo mandó al suelo. Se levantó enseguida, pero estaba nervioso y procuraba mantener la distancia. Además se le veía notoriamente cansado, seguramente como consecuencia de los golpes al cuerpo del asalto anterior.

Cuando sonó la campana final yo confiaba haber recuperado el terreno perdido, pero no sabía en qué medida. Vi a los jueces cambiando impresiones. Tardaban más tiempo de lo normal y mis temores e incertidumbres me hicieron sentirme mal físicamente. Temblaba cuando regresamos al centro del cuadrilátero y casi no pude creérmelo cuando el árbitro me levantó el brazo en señal de victoria.

Fritz y Larguirucho lo habían presenciado. Larguirucho dijo:

—Creí que ibas a perder.

Todavía estaba temblando pero ya me sentía aliviado. Dije:

—Yo también.

—Lo dejaste para tarde.

—No tanto como tú en los 200 metros.

Era una salida tonta y barata, pero Fritz no reaccionó al mismo nivel. Se limitó a decir:

—Es cierto. Así que tengo que concentrarme en la otra carrera.

Me imagino que su imperturbabilidad era una cualidad positiva, pero yo la encontraba irritante.

Por la tarde sucedieron dos cosas: Fritz se clasificó para la final de 100 metros y eliminaron a Larguirucho en salto de altura. Fritz volvió a llegar en segundo lugar, pero el ganador le sacó una ventaja de varias yardas y yo pensé que no tenía muchas

posibilidades de quedar finalmente vencedor. A Larguirucho le deprimió mucho su derrota. Estuvo saltando bien y confiado hasta la última subida de listón; parecía estar seguro de rebasarlo, pero al llegar a aquella altura le falló la coordinación y en el primer intento se precipitó y derribó grotescamente el listón con la cintura. En el segundo intento estuvo mucho mejor, aunque falló claramente. En el tercero creo que lo superó pero debió de tocar el listón con el pie.

—Mala suerte, —dije yo.

Cuando se puso el uniforme de participante tenía el rostro blanco de la ira que sentía contra sí mismo.

—¿Cómo he podido saltar tan mal? —dijo—. He superado alturas muy superiores a ésa docenas de veces. Y ahora, cuando es importante...

—Aún queda el salto de longitud.

—Es que no era capaz de darme impulso...

—Olvídalo. De nada sirve darle vueltas.

—Es fácil decir eso.

—Acuérdate de lo que dijo Fritz. Concéntrate en lo otro.

—Sí. Supongo que es un buen consejo.

No parecía muy convencido.

Y así llegamos al día de las finales. Por la tarde había una procesión hasta la ciudad, donde se celebraba la Fiesta de los Juegos, en la que se honraba a todos los participantes; pero sobre todo a los campeones, que lucirían el cinturón escarlata. Y a la mañana siguiente desfilarían por el Campo, exhibiéndose por última vez antes de que los Trípodes los recogieran para llevarlos a su Ciudad.

Por la noche hizo mucho calor; el cielo ya no estaba azul, sino plomizo, a causa de las nubes; en cualquier momento podía empezar a llover torrencialmente. Se oía un fragor de truenos a lo lejos. Si llovía, había que retrasar las pruebas hasta el día siguiente. Me quedé mirando fijamente al cielo desde la puerta de la cabaña y recé para que no lloviera. Tenía la sensación de que ya estaba sometido a la máxima tensión que podía soportar. Intenté obligarme a desayunar algo, pero me resultó imposible tragar nada.

La prueba de Larguirucho estaba prevista en primer lugar, en segundo la mía y en tercero la de Fritz. Me concentré para verle saltar y me sentí atormentado, pero al menos pude olvidarme de mis propias perspectivas. Saltó bien y resultó evidente que sólo había otros dos que podían estar a su nivel. Iban antes que él en el orden de saltos y en el primer intento sus marcas difirieron en cuestión de pulgadas, mientras que los demás quedaban descolgados. En el segundo salto sus resultados fueron muy parecidos, pero esta vez Larguirucho se situó en cabeza. Le vi regresar del foso, sacudiéndose la arena de las piernas y pensé: ésta es la suya.

De los otros uno saltó muy mal en el último intento. Pero el segundo, un

muchacho larguirucho y pecoso con mechones pelirrojos que sobresalían entre la malla metálica de la Placa, lo hizo mucho mejor y su salto le situó en cabeza. Había una diferencia de nueve centímetros, —unas cuatro pulgadas, según la medida inglesa —, lo cual no era mucho por sí mismo, pero a estas alturas resultaba terriblemente desalentador. Vi que Larguirucho se ponía en tensión, recorría velozmente la pista de hierba y se lanzaba por el aire húmedo. Se elevó un grito: aquél era, sin duda, el mejor salto del día. Pero el grito se transformó en decepción cuando el juez levantó la bandera. El salto era nulo; el muchacho pelirrojo había ganado.

Larguirucho se retiró para estar a solas. Yo le seguí y le dije:

—No podía evitarse. Hiciste cuanto estaba en tu mano.

Me miró con expresión vacía.

—Pisé la tabla. No lo hacía desde los primeros días de entrenamiento.

—Te esforzaste demasiado. Podía sucederle a cualquiera.

—¿Que me esforcé?

—Pues claro que sí.

Larguirucho dijo:

—Yo quería ganar. Y también me daba miedo lo que vendría después. Yo creía que lo estaba intentando, ¿pero era así?

—Lo que dices es una tontería. Simplemente has puesto demasiado empeño.

Su ausencia de expresión se había transformado en abatimiento.

—Déjame solo, Will, —dijo—. Ahora no quiero hablar.

Las finales de boxeo eran a primera hora de la tarde; el segundo combate era el de mi categoría. El chico contra el que luchaba era un alemán del norte, hijo de un pescador, aún más pequeño que yo, pero compacto y con buenos músculos. Le había visto boxear y sabía que era bueno, de movimientos rápidos y buena pegada.

Durante el primer minuto estuvimos dando vueltas uno en torno a otro, precavidamente. Después vino hacia mí y me disparó seguidas la derecha y la izquierda, pero le esquivé y contraataqué; le arrinconé contra las cuerdas y alcancé sus costillas con un derechazo cruzado; soltó el aire lanzando un gemido. Pero se escapó antes de que yo le pudiera hacer más daño. Volví a luchar a media distancia, pero en los últimos treinta segundos busqué el cuerpo a cuerpo y puntué varias veces. Pensé que había ganado aquel asalto.

Salí confiado al segundo. Él me rehuía y yo le perseguía. Casi lo tenía contra las cuerdas. Le lancé un izquierdazo a la mandíbula. Falé por poco, pero fallé. Lo siguiente que recuerdo es que yo estaba tumbado sobre la lona y el árbitro de pie, inclinado sobre mí, contando.

—... *Drei, vier, fünf...*

Más tarde Larguirucho me contó que fue un gancho corto al mentón, que me

levantó y me envió al suelo. Entonces, todo cuanto yo sabía era que estaba flotando en un halo de dolor y al mismo tiempo clavado a las duras tablas que tenía debajo. Pensaba que debía levantarme, pero no sabía cómo conseguirlo. Ni tampoco me parecía urgente. Me parecía que había grandes intervalos entre cada palabra que oía entonar, a un tiempo cerca de mí, por encima, y como un eco lejano.

—... *Sechs, sieben...*

Había perdido, por supuesto, pero en cualquier caso había hecho lo que podía. Como Larguirucho. Vi su rostro firme, lleno de amargura, a través de la neblina. «Yo creía que lo estaba intentando, pero ¿era así?». ¿Y yo, qué? Me dieron porque había bajado la guardia. ¿Es que en alguna zona oscura de mi interior algo me impulsó a hacerlo? Incluso aquí y ahora se abría paso un sentimiento: hiciste cuanto estaba en tu mano y perdiste, así que nadie puede echarte la culpa. Puedes volver a las Montañas Blancas en lugar de ir a la Ciudad de los Trípodes. Y con el sentimiento llegaba una duda que no resultaría sencillo desdeñar.

—*Acht!*

No sé cómo me puse de pie. No veía bien y me tambaleaba. El muchacho del norte vino a por mí. Conseguí esquivar algunos golpes y neutralizar otros pero no tengo ni idea de cómo lo hice. Se pasó el resto del asalto persiguiéndome y en una ocasión me acorraló en un rincón y me dio una andanada de golpes. No volví a caerme pero cuando me senté en la banqueta y me restregaron con una esponja fresca supe que estaba en una desesperante desventaja por puntos. Para ganar tendría que dejarle fuera de combate.

Él también se daba cuenta de esto. Después de constatar que yo ya no estaba aturdido no me buscó, sino que se mantuvo a media distancia. Fui por él, pero él me mantenía alejado. Seguramente yo estaba ganando algunos puntos, pero eso no era nada comparado con los que había perdido. Y los segundos se esfumaban en el gran reloj de madera que tenía el juez encima de la mesa, que empezaba la cuenta al principio del asalto y se detenía al cabo de tres minutos.

Al final me desesperé. Abandoné mi defensa, esta vez deliberadamente, y continué golpeando lo más rápidamente y el mayor número de veces que pude. La mayoría de mis golpes no le alcanzaron; en cambio él me llegó al cuerpo con un par de ellos que me hicieron tambalear. Pero seguí; más que boxeando, peleando, forzando las cosas con la esperanza de lograr algún resultado, no sabía cómo. Y lo logré. Me midió con el fin de lanzar un directo que rematara la labor iniciada por el gancho, y falló. Pero yo no fallé cuando le estrellé mi gancho en la mandíbula. Se le doblaron las rodillas y se desplomó; yo tenía la seguridad de que no iba a levantarse antes de diez, ni siquiera de cincuenta. La única duda era si sonaría la campana antes de que se acabara la cuenta (mi idea era que estábamos en los segundos finales). Pero la cabeza me había jugado una mala pasada. Vi, para asombro mío, que no había

transcurrido ni un minuto de este último asalto.

Larguirucho y yo presenciamos la final de los cien metros en silencio, ocultando nuestros respectivos sentimientos. Pero nuestro silencio quedó hecho pedazos cuando se vio que Fritz se mantenía a la altura del corredor que le había aventajado por mucho en la serie anterior. Los dos gritábamos cuando cruzaron la cinta. Larguirucho creía que había ganado Fritz y yo que acababa de perder. Pasó algún tiempo antes de que lo anunciaran, y resultó que nos habíamos equivocado los dos. No había un vencedor claro. Había que volver a efectuar la carrera sólo con estos dos competidores.

Y esta vez Fritz no cometió equivocaciones. Se situó en cabeza desde el principio y allí se mantuvo hasta que ganó, si no cómodamente, sí con claridad. Yo le vitoreé, como los demás, fervientemente. Hubiera preferido con mucho que fuera Larguirucho, pero de todos modos me alegré de tener un aliado cuando entrara en la Ciudad.

De noche, durante la Fiesta, empezó a llover; los truenos retumbaban constantemente y a través de los altos ventanales vi relampaguear los rayos sobre los tejados de la ciudad. Nos dieron una comida maravillosa y un vino que burbujeaba en el vaso y producía un hormigueo en la garganta. Y yo me senté a la Alta Mesa, luciendo el cinturón escarlata con los demás.

Por la mañana, mientras desfilábamos, aún caía una lluvia fina. El mismo Campo estaba anegado y el barro nos cubría los zapatos. Me despedí de Larguirucho y le dije que esperaba volver a verle, y pronto, en las Montañas Blancas.

Pero era una esperanza débil y tímida. Los seis Trípodes seguían allí, inmóviles, al igual que durante todo el transcurso de los Juegos, mientras concluía la ceremonia de despedida. Miré los rostros de mis compañeros, todos felices y exaltados ante la perspectiva de ponerse al servicio de los Trípodes, y yo hice lo que pude por revestir la misma expresión. Me temblaban las piernas. Hice un esfuerzo y las controlé, pero unos momentos después volvían a temblarme.

Éramos más de treinta, distribuidos en seis grupos. Vi que el grupo de Fritz iba primero, avanzando hacia el Trípode situado en primer lugar. El tentáculo bajó serpenteando cuando se acercaron al gran pie de metal y los fue subiendo hacia el agujero que se abría en el hemisferio, el agujero por el que hacía casi un año yo había arrojado el huevo de metal explosivo de los antiguos. Ahora no tenía defensas ni podía tenerlas. Vi marchar al siguiente grupo, al tercero y al cuarto. Después nos tocaba a nosotros y, chapoteando entre los charcos, avancé rígidamente junto a los demás.

## CAPÍTULO 6

# LA CIUDAD DE ORO Y PLOMO

Lo que más me preocupaba era que se traslucieran mis verdaderos sentimientos cuando me cogiera el tentáculo, que no fuera capaz de evitar una reacción contra él, apareciendo como alguien distinto a los demás. Me preguntaba incluso si el tentáculo no sería capaz de leer mis pensamientos de algún modo: recordé el tacto que tenía, a metal duro y sin embargo misteriosamente flexible, dotado de un pulso similar al de la vida. Cuando me tocó el turno hice cuanto pude por borrar mis pensamientos. En su lugar evoqué mi casa, las tardes soñolientas de verano paseando por los campos, o cuando nadaba en el río con mi primo Jack. Después, cuando me cogieron y me izaron por el aire impregnado de humedad, me costó trabajo respirar. Sobre mí había una puerta abierta en el hemisferio, una boca que aumentaba de tamaño a medida que me elevaban hacia ella.

Yo esperaba desmayarme, como ocurrió en mi primer encuentro con un Trípode, en las afueras del Château de la Tour Rouge, pero no fue así. Más adelante comprendí por qué. Los Trípodes disponían de un medio para provocar el desmayo, pero sólo lo empleaban con los que no tenían Placa, pues podían asustarse y luchar. No era preciso recurrir a tal medida con quienes habían aprendido a adorarles. El tentáculo me llevó al interior y me soltó, y yo pude mirar a mi alrededor.

Los hemisferios tenían una base de unos cincuenta pies de anchura, pero nos hallábamos en una parte mucho menor, en una celda de forma irregular, de unos siete pies de altura. La pared exterior, donde estaba la puerta, era curva y tenía ventanillas a ambos lados, cubiertas con lo que parecía ser cristal muy grueso. Las demás paredes eran rectilíneas, pero las laterales formaban pendiente hacia dentro, de modo que la pared interior era más corta que la exterior. Vi que allí había otra puerta, pero estaba cerrada.

No había ninguna clase de mobiliario. Deslicé las uñas sobre el metal; era duro, si bien de textura sedosa. En mi grupo éramos seis y a mí me habían cogido en quinto lugar. Introdujeron al último y se cerró la puerta; bajó un panel redondeado que cerró ajustadamente. Miré los rostros de mis compañeros. Revelaban cierta confusión, pero también una excitación, una exaltación que yo me esforcé en imitar. Nadie habló, lo cual fue una ayuda. No habría sabido qué decir ni cómo decirlo.

Silencio durante minutos interminables; después, abruptamente, el suelo se inclinó. Seguramente se había terminado el embarque. Nuestro viaje a la Ciudad había comenzado.

El movimiento era sumamente extraño. Las tres patas del Trípode iban unidad a

una circunferencia situada bajo el hemisferio. En los puntos de unión, así como en las articulaciones de las patas, había segmentos que podían alargarse o acortarse según variara la posición de las piernas entre sí. También había un sistema de muelles entre la circunferencia y el hemisferio, que compensaba en gran medida al traqueteo restante. Después de la sacudida inicial sólo sentimos un suave balanceo. Al principio mareaba, pero nos acostumbramos enseguida.

Los Trípodes podían desplazarse con idéntica facilidad en cualquier dirección debido a la simetría de sus tres patas, pero la sección donde nos hallábamos entonces era la parte frontal. Nos apiñamos junto a las ventanillas y miramos hacia fuera.

Más adelante, un poco hacia la derecha, se hallaban la colina y el antiguo semicírculo de gradas de piedra; detrás, la ciudad en la que nos habían festejado la noche anterior. Y más allá la banda oscura del gran río. Íbamos en dirección este, siguiendo un curso levemente desviado hacia el norte. A nuestros pies se veía el campo, borroso y húmedo, aunque de hecho había dejado de llover y se distinguía una zona luminosa entre las nubes, que podía corresponder al sol. Todo parecía pequeño y lejano. Al contemplarlos desde el Túnel, los campos, las casas y el ganado resultaban más diminutos, pero era un panorama fijo, sin cambios. Aquí, el cambio era incesante. Era como hallarse en el vientre de un ave enorme que volase bajo, aleteando a través del paisaje.

Al acordarme de los Trípode cuyos pies servían de barcas, me pregunté si éstos también podrían hacer lo mismo cuando llegáramos al río. Pero no fue así. La pata delantera levantó una masa de agua pulverizada al atravesar la superficie, y después lo hicieron las otras. El Trípode cruzó el cauce del río del mismo modo que un jinete hubiera podido vadear el arroyo que pasa por el molino de mi padre, en Wherton. Al otro lado cambió de dirección, virando hacia el sur. Primero había campo abierto y después un paraje desolado.

Larguirucho y yo habíamos visto un poco las lúgubres ruinas de esta gran ciudad cuando viajábamos hacia el norte (el río corrió a lo largo de muchas millas entre orillas negras y poco prometedoras). Pero desde este elevado puesto de observación se veía mucho más. Al este del río se extendía una masa fea y oscura de edificios derruidos y carreteras destrozadas. Entre ellos habían crecido árboles, pero en menor medida que en la ciudad que cruzamos cuando viajábamos hacia las Montañas Blancas. Este lugar parecía más amplio y más feo. No vi restos de amplias avenidas y confluencias ni tuve la sensación de que, antes de la llegada de los Trípodes, nuestros antepasados hubieran llevado una vida de orden y belleza. Pero tuve conciencia de su fortaleza y poder, y volví a preguntarme cómo fue posible que los derrotaran (y cómo nosotros, un puñado de supervivientes maltrechos, podíamos albergar la esperanza de triunfar allí donde ellos habían fracasado).

El que vio la Ciudad primero dio una voz y los demás tratamos de mirar,

empujándonos unos a otros. Se elevaba al otro lado de las ruinas: un círculo de oro mate que se alzaba contra el horizonte gris, coronado y techado por una enorme burbuja de cristal verde. La Muralla tenía una altura tres veces superior a la de un Trípode; era lisa, sin fisuras. Todo el lugar, aunque descansaba sólidamente en tierra, parecía estar extrañamente desligado de ésta. A cierta distancia del lugar al que nos dirigíamos, emergía un río por debajo del escudo de oro y se alejaba en dirección al río madre, que quedaba detrás de nosotros. Siguiendo su curso, el ojo podía casi imaginar que allí no se encontraba la Ciudad, que si se aguzaba la vista la ilusión se desvanecería y no quedaría más que el río, corriendo entre unos campos corrientes. Pero no se desvaneció. La Muralla ganaba altura a medida que nos acercábamos, haciéndose cada vez más horrible e imponente.

El cielo iba adquiriendo una tonalidad más clara. Un instante después el sol irrumpió a través de la máscara de nubes. Su luz hirió los muros, se reflejó en el techo de cristal. Vimos una gran franja de oro refulgente sobre la que destellaba una esmeralda titánica. Y yo vi una rendija estrecha y oscura que se ensanchaba. Se abrió una puerta en la pared sin fisuras. El primero de los Trípodes la atravesó.

Lo que sucedió cuando nuestro Trípode entró en la Ciudad me cogió completamente desprevenido. Sentí como si me hubieran dado un golpe brutal, un golpe que trataba de alcanzarme simultáneamente en todo el cuerpo, un golpe frontal, por detrás, y sobre todo desde arriba, que me aplastaba y hundía. Me tambaleé y caí; vi que a mis compañeros les ocurría lo mismo. El suelo del compartimiento tiraba de nosotros, como si fuera un imán y nosotros virutas de hierro. Intenté levantarme y comprendí que no era un golpe, sino algo diferente. Todas mis extremidades se habían vuelto de plomo. Me costaba trabajo levantar el brazo, incluso doblar un dedo: hice un gran esfuerzo y me puse de pie. Soportaba un peso tremendo en la espalda. No sólo en la espalda, sino en cada pulgada cuadrada de los músculos y huesos de mi cuerpo.

Los demás hicieron lo mismo. Parecían intrigados y asustados, pero seguían sin parecer descontentos. Después de todo, lo que los Trípodes deseaban para ellos era bueno, tenía que serlo necesariamente. Había una tenue luz verde. Era como encontrarse en el centro de un bosque frondoso o en una cueva submarina. Intenté darle un sentido a todo aquello, pero no lo logré. El peso que aguantaba mi cuerpo me arqueaba los hombros. Me enderecé, pero sentí que se me hundían de nuevo.

El tiempo pasaba y nosotros aguardábamos. Había silencio, sensación de pesadez, luz verde. Traté de concentrarme en lo más importante: que habíamos cubierto nuestro primer objetivo y nos hallábamos en la Ciudad de los Trípodes. Había que tener paciencia. Como señalara Julius, no era mi cualidad más sobresaliente, pero ahora tenía que cultivarla. La espera me habría resultado más fácil sin la penumbra y

el peso que me aplastaba. Habría sido un alivio decir algo, cualquier cosa, pero no me atrevía. Moví los pies buscando una posición más cómoda, pero sin encontrarla.

Yo había estado mirando la puerta de la pared interior, pero la que se abrió fue la otra, replegándose hacia el exterior y elevándose con un leve zumbido. Aún no se veía nada exterior, sólo una luz verde, alta y tenue. Penetró un tentáculo y sacó a uno de mis compañeros. Seguramente el tentáculo podía ver, sin depender del hemisferio. ¿Sería posible que los Trípodes estuvieran vivos, que fuéramos cautivos de unas máquinas vivas e inteligentes? El tentáculo regresó. Esta vez me cogió a mí.

Lo que vi parecía un salón de recepciones (era estrecho y alargado, pero de enormes proporciones, probablemente ochenta pies de alto y el doble o el triple de largo). Vi que era una especie de establo para Trípode; se alineaban contra una pared, perdiéndose en la penumbra verde, débilmente iluminada por unos globos colgantes que emitían una suave luz verde. Los hemisferios descansaban contra la pared, muy por encima de nosotros. Aquellos en los que habíamos viajado estaban desalojando su cargamento humano. Vi a Fritz, pero no hablé con él. Habíamos convenido no intentar ningún contacto hasta después de superar la primera fase, independientemente de como resultara. Los demás se nos fueron uniendo uno a uno. Por fin los tentáculos quedaron colgando, flácidos, sin actividad. Una voz habló.

Sonó como si fuera la voz de una máquina. Era grave y apagada, y su eco resonaba en la vasta estancia. Se expresaba en alemán, idioma que conocíamos:

—Humanos, gozáis del privilegio, del alto honor, de haber sido elegidos siervos de los Amos. Acudid donde brilla la luz azul. Hallaréis a otros esclavos que os darán instrucciones sobre lo que habéis de hacer. Seguid a la luz azul.

Ésta se acercó mientras la voz hablaba; era una luz que despedía un intenso brillo azul desde la base de la pared junto a la cual se hallaban los Trípodes. Nos dirigimos hacia allí caminando, o más bien tabaleándonos, intentando contrarrestar la gran fuerza que tiraba de nosotros hacia abajo. Me pareció que el ambiente era más caluroso que en el interior del Trípode, y más pegajoso también, como sucede momentos antes de una tormenta de verano. La luz se hallaba encima de una puerta abierta por la que pasamos a una habitación pequeña, de tamaño muy similar a la del Trípode, pero con forma de cubo regular. La puerta se cerró cuando estuvimos todos dentro. Se oyó un chasquido y otro zumbido y, súbitamente, el peso se hizo aún mayor; tuve una sensación de náusea, como si me tiraran del estómago. Duró varios segundos, y luego tuve una breve impresión de ligereza. El zumbido cesó, se abrió la puerta y pasamos a otra habitación.

También era grande, aunque de aspecto modesto después de la Sala de los Trípodes, y de proporciones más convencionales. En las paredes había lámparas que despedían la misma luz verde. (Me fijé en que aquella luz no parpadeaba igual que nuestras lámparas). Confusamente percibía hileras de mesas, o más bien bancos. Y

ancianos semidesnudos.

Ellos eran, según la voz, los que habían de instruirnos. Llevaban pantalones cortos que me hicieron pensar en los hombres que trabajan cosechando los campos, pero no había más parecido que aquél. La luz engañaba la vista, pero aun así observé que tenían la piel macilenta, de aspecto insano. ¿Pero eran tan viejos como aparentaban? Caminaban como ancianos y su piel mostraba los pliegues de la edad, mas de un modo distinto... Se acercaron a nosotros, uno a cada uno, y yo seguí a mi guía hasta uno de los bancos. Al í había un montoncito de diversos artículos.

La finalidad de los mismos era evidente en la mayoría de los casos. Había dos pares de pantalones cortos, como los que llevaban nuestros instructores; dos pares de calcetines, dos pares de zapatos. No, un par de zapatos y un par de sandalias para usar en casa. Pero también había un artilugio que me desconcertó. El guía me explicó lo que era con voz cansada y acento alemán del sur.

—Esto te lo tienes que poner antes de atravesar la cámara de aire y no te lo puedes quitar mientras estés respirando el aire de los Amos. En casa de tu Amo dispondrás de una habitación donde comer y dormir, y allí no te hará falta; pero fuera de allí jamás debes quitártelo. El aire de los Amos es demasiado poderoso para nosotros. Si entras en su ámbito sin protección, morirás.

Parecía cristal; era transparente, pero tenía un tacto distinto. Incluso la parte más gruesa, que se ajustaba por encima de la cabeza y se apoyaba en los hombros, cedía un poco al hacer presión; después perdía grosor y era de un material fino que se amoldaba al cuerpo. Llevaba un cinturón que rodeaba el pecho, pasando por las axilas, y se podía ajustar a fin de sostener el casco con firmeza. A ambos lados del cuello había unos receptáculos que contenían un material verde parecido a la esponja. Éstos tenían una retícula de agujeros finos, por dentro y por fuera, a través de la cual pasaba el aire. Al parecer las esponjas retenían la parte del aire de los Amos que resultaba demasiado fuerte para que la respiraran sus esclavos. Mi instructor la señaló.

—Esto hay que cambiarlo todos los días. Tu Amo te dará recambios.

—¿Quién es mi Amo?

Era una pregunta estúpida. Se me quedó mirando sin expresión.

—Tu Amo te escogerá a ti.

Me recordé a mí mismo que mi política debía ser no destacarme ni decir nada: observar sin preguntar. Pero había algo que me fue imposible callar.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Ciudad?

—Dos años.

—Pero tú no...

Restos de orgullo asomaron en la monotonía de su voz apagada. Dijo:

—Cuando gané los mil metros en los Juegos aún no hacía un mes que me habían

insertado la Placa. En mi provincia eso no lo había logrado nadie.

Contemplé horrorizado su cuerpo cansado y maltrecho, su musculatura ajada y de aspecto enfermo. No me llevaría más de dos años; puede que menos.

—Ponte esta ropa, —su voz volvía a ser hueca e inexpresiva—. Tira las viejas a ese montón.

Me quité el cinturón escarlata de campeón.

—¿Qué hago con esto?

—Ponlo con lo demás, —dijo—. No te hace falta en la Ciudad.

Nos pusimos la ropa nueva, metimos los artículos que no necesitábamos de momento en una bolsita que nos dieron, y nos ajustamos las mascarillas. Después nos llevaron en formación, cruzando la habitación y atravesando una puerta que daba a otra habitación más pequeña. La puerta se cerró tras nosotros y vi que había otra idéntica en la pared de enfrente. Se oyó un ruido silbante y noté una corriente sobre los pies: me di cuenta de que el aire era absorbido a través de la rejilla situada a lo largo de la parte inferior de la pared. Pero también entraba aire por otra rejilla situada justo por encima de nuestras cabezas. Era capaz de sentirlo y, después de algún tiempo, me pareció que era capaz de verlo: más espeso, más verde en medio de la luz verde. Merced a algún sistema extraño, en esta habitación cambiaban el aire, transformando el tipo normal que respiraban los Amos. Duró varios segundos. Después el silbido cesó, se abrió la puerta de enfrente y nos dijeron que saliéramos.

Lo primero que noté fue el calor. Ya me había parecido que hacía bastante calor dentro del Trípode y en las dependencias exteriores de la Ciudad, pero aquello resultaba templado comparado con el alto horno en el que me encontraba ahora. Aunque un alto horno tampoco era, porque el aire, además de caliente, estaba húmedo. Todo el cuerpo se me empapó en sudor, pero sobre todo la cabeza, embutida en su funda dura y transparente. Me goteaba por la cara y por el cuello hasta la parte superior del pecho, donde el cinturón se ceñía a la piel. Respiré bocanadas de aire caliente, asfixiante. Me sentí débil, y el peso tiraba de mí hacia abajo. Se me empezaron a doblar las rodillas. Uno de mis compañeros se cayó, y después un segundo y un tercero. Al cabo de unos momentos, dos de ellos lograron levantarse; el tercero permaneció inmóvil. Pensé ayudarlo pero recordé mi resolución de no tomar ninguna iniciativa. Me alegraba no tener que hacer nada. Ya me resultaba bastante difícil procurar no caerme ni desmayarme.

Lentamente fui familiarizándome con las cosas y pude contemplar lo que se extendía ante nosotros. Habíamos salido por una especie de cornisa; abajo se divisaban las principales avenidas de la Ciudad. Era un caos que atraía la mirada. No había ninguna carretera recta, y pocas sin pendiente; se hundían, se elevaban y se curvaban entre los edificios, hasta perderse en la confusa lejanía gris. La Ciudad

parecía aún más vasta desde dentro que desde la ventanilla del Trípode; pero me daba la impresión de que era a causa del aire, más verde y denso. En realidad no se podía ver muy lejos con claridad. La cúpula de cristal que todo lo cubría resultaba invisible desde aquí: la penumbra verde parecía extenderse ilimitadamente.

Los edificios también me asombraron. Tenían diferentes formas y tamaños, pero una estructura común: la pirámide. Justamente debajo de nuestra cornisa vi unas cuantas pirámides chatas, de base ancha; más lejos había construcciones más delgadas y puntiagudas que alcanzaban distintas alturas; la más pequeña parecía tan alta como la cornisa, pero había otras mucho más altas. Tenían algo que podían ser ventanas, de forma triangular, repartidas por las paredes sin seguir ninguna distribución que yo pudiera entender. Se me cansaba la vista de mirarlas.

Por las rampas se desplazaban unos vehículos extraños. Hablando a grandes rasgos, también eran pirámides, pero descansaban sobre los lados y no sobre la base, que, en este caso, constituía la parte posterior. Las zonas superiores eran de un material transparente, al igual que nuestros cascos, y pude ver figuras en su interior, pero muy confusamente. Había otras figuras que se movían por los espacios situados entre los edificios y las cornisas que salían de los mismos a intervalos irregulares. Eran de dos tipos, uno mucho menor que el otro. Aunque a esa distancia no se podían distinguir los rasgos particulares, era evidente que un tipo correspondía a los Amos y el otro a sus esclavos humanos. Porque las criaturas más pequeñas se movían lentamente, como si arrastraran grandes pesos, en tanto que las más grandes se movían con ligereza y rapidez.

Uno de nuestros instructores dijo:

—Contemplad. Estas son las viviendas de los Amos.

Su voz, si bien amortiguada, era reverente. (Debajo de las bolsas que contenían esponja había unos pequeños apareados de metal. Descubrí que permitían que los sonidos pasaran a través de la máscara. Los sonidos llegaban distorsionados, pero con el tiempo uno se acostumbraba a esto, igual que a lo demás). Alzó una mano y señaló en dirección a una de las pirámides más próximas.

—Y ahí está el Centro de Elección. Vamos a bajar.

Descendimos lentamente, tambaleándonos por una rampa espiral cuya pendiente supuso un doloroso esfuerzo adicional para los músculos de las piernas; nos hizo caer varias veces. (El chico que se había desmayado en la cornisa se había reanimado y se encontraba con nosotros. Era el que le había ganado a Larguirucho en salto de longitud, el muchacho de cara pecosa que logró darse tanto impulso en el último salto. Aquí no iba a saltar mucho). Además el calor seguía restándonos fuerza, y el sudor, al caer, se encharcaba desagradablemente en la base de la mascarilla. Yo tenía unas ganas desesperadas de enjugármelo, pero ni que decir tiene que eso era

imposible. Para hacerlo hubiera tenido que quitarme la mascarilla y me habían advertido que eso significaba morir en medio del aire que respiraban los Amos.

Aún no había visto a los Amos lo suficientemente cerca como para distinguir algo fuera de una forma borrosa. Pero al menos quedaba resuelto un problema. Los Trípodes no eran los Amos, como habían creído algunos, sino simplemente una máquinas hábilmente diseñadas en las que se desplazaban por el mundo exterior. No sabía de qué podía servirle esto a Julius, pero era información. Presumiblemente yo aprendería más, mucho más. Después, lo único que nos hacía falta a Fritz y a mí era descubrir un medio de escapar. ¡Lo único! La ocurrencia me hubiera hecho reír pero me faltaba energía. Y, por supuesto, tenía que acordarme de mi papel. Yo tenía Placa, era un esclavo electo y bien dispuesto.

La rampa conducía al interior de una de las pirámides chatas, aproximadamente hacia la mitad de su altura, contando desde la base. En el interior la luz procedía de docenas de globos verdes que colgaban del techo a diversas alturas. Tal vez aquella luz fuera algo más brillante que la penumbra exterior. Nos llevaron por un pasillo curvo hasta una habitación alargada de techo puntiagudo. A lo largo de una de las paredes había una hilera de cubículos abiertos por delante, cuyos lados eran de aquella sustancia dura que parecía cristal. Nos dijeron que cada uno tenía que meterse en uno. Después debíamos esperar. Los Amos llegarían en su momento.

Esperamos mucho tiempo. Me imagino que a los demás les resultaría más fácil. El estar colmados, por encima de todas las cosas, del deseo de servir a los Amos les daría paciencia. Fritz y yo no gozábamos de aquella comodidad. Él se encontraba en otro cubículo, unos diez más allá del mío, y yo no podía verle. Podía ver a los que estaban a mi lado y, confusamente, a los dos o tres siguientes. Cada vez me sentía más tenso y aprensivo, pero sabía que no debía dejar que se notara. También estaba incómodo. La mayoría estábamos sentados o tumbados en el suelo para aliviarnos de la fuerza que nos tiraba de los miembros. Lo mejor era echarse, de no ser por el sudor que se había encharcado dentro de la mascarilla, que, aun siendo incómodo de todos modos, resultaba insoportable si la cabeza y los hombros no estaban derechos. Además ahora tenía una sed espantosa, pero no había nada que beber ni tampoco forma de hacerlo. Me preguntaba si se habrían podido olvidar de nosotros, si nos iban a dejar aquí hasta morir de sed y agotamiento. Seguramente teníamos algún valor para ellos, pero no sería gran cosa. Nos podían sustituir muy fácilmente.

Al principio más que oírlo lo sentí, pero fue transformándose en un murmullo que se extendía por los cubículos situados a mi derecha: sonidos que revelaban temor y asombro, tal vez adoración. Entonces supe que había llegado el momento y estiré el cuello para ver. Habían entrado en la habitación por el extremo opuesto y se acercaban a los cubículos. Los Amos.

Pese a toda la incomodidad, a la fatiga y a mis temores sobre lo que pudiera suceder, el primer impulso que tuve fue reírme. ¡Eran tan grotescos! Mucho más altos que los hombres, casi el doble de altos, y en proporción gruesos. Sus cuerpos eran más anchos por abajo que por arriba, unos cuatro o cinco pies de perímetro, me pareció; su forma adelgazaba a medida que se alejaba del suelo, de modo que el perímetro de la cabeza tendría aproximadamente un pie. Suponiendo que fuera la cabeza, pues no había solución de continuidad ni rastro de cuello. Lo siguiente que observé es que sus cuerpos no descansaban sobre dos piernas, sino sobre tres, que eran gruesas pero cortas. Haciendo juego con éstas había tres brazos, o más bien tentáculos, que brotaban de un punto situado hacia la mitad del cuerpo. Y sus ojos (vi que también tenían tres, situados en una superficie triangular, uno arriba y en medio otros dos, aproximadamente a un pie de distancia de la parte superior). Eran criaturas de color verde, aunque advertí que tenían matices; algunos eran de un tono oscuro en el que el verde se teñía de marrón y otros eran muy claros. Aquél, junto con el hecho de que su altura variaba un tanto, parecía ser el único modo de identificarlos. No me pareció que sirviera de mucho.

Más tarde habría de descubrir que, a medida que uno se acostumbraba a ellos, identificarlos resultaba más fácil de lo que yo había supuesto. Los orificios que les servían de boca, nariz y oídos también variaban en tamaño, un poco en forma, y en la relación que guardaban entre sí. Había arrugas y pliegues que iban de uno a otro y que se podían reconocer e identificar. Sin embargo, tras el primer impacto, eran seres sin rostro, casi completamente uniformes. Un temor completamente distinto me recorrió la espina dorsal cuando uno de ellos se detuvo ante mí y habló:

—Muchacho, —dijo—, levántate.

Creí que las palabras salían de la boca (que, pensé, sería el más bajo de los dos orificios centrales) hasta que vi que era el más alto el que se movía y abría, en tanto el otro permanecía cerrado y quieto. Había de descubrir que en los Amos los órganos encargados de comer y de respirar no estaban conectados, como sucede en los hombres: empleaban uno para hablar y para respirar y la abertura mayor, la más baja, sólo para comer y beber.

Me levanté, como me habían ordenado. Un tentáculo se acercó a mí, me tocó con suavidad y después más firmemente. Me recorrió los músculos igual que una serpiente; tenía la textura seca y lisa de una serpiente y yo reprimí un estremecimiento.

—Muévete, —dijo. Era una voz fría, terminante, no poderosa sino penetrante—. Camina, muchacho.

Me puse a andar dentro de los estrechos confines del cubículo. Pensé en una venta de caballos que presencié en cierta ocasión en Winchester; los hombres palpaban los músculos de las bestias, las veían desfilar por el recinto. A nosotros no hacía falta que

nos hicieran desfilar; sabíamos desfilar solos. El Amo permaneció ante mí en actitud crítica, mientras yo daba varias vueltas por la celda. Después, sin más palabras ni comentarios, continuó su camino. Yo dejé de andar y me dejé caer, retomando mi posición sentado. Se desplazaban con rapidez por medio de aquellas piernas rechonchas que levantaban del suelo con rítmicos movimientos verticales. Se veía que eran mucho más fuertes que nosotros, pues se movían con ligereza en aquella Ciudad de Plomo. También podían, cuando de verdad querían llegar a algún sitio rápidamente, desplazarse girando como peonzas. Las tres piernas les hacían dar vueltas al tiempo que les impulsaban hacia delante; los pies tocaban el suelo, separados varias yardas entre sí. Me imagino que sería su forma de correr.

La Elección prosiguió. Se acercó otro Amo a examinarme, y luego otro. Se llevaron al chico del cubículo contiguo. Unos Amos me examinaban más minuciosamente que otros, pero todos seguían su camino. Yo me preguntaba si sospecharían algo, si habría algo en mi comportamiento que no fuera correcto del todo. También me preguntaba qué pasaría si nadie me elegía. Era sabido que nadie regresaba de la Ciudad. En ese caso...

Esta preocupación concreta era innecesaria. Después supe que aquellos a los que no elegían como criados personales pasaban a disposición de la comunidad. Pero entonces no lo sabía, y veía que los puestos de los alrededores se estaban quedando vacíos. Vi pasar a Fritz, que seguía a un Amo. Nos miramos pero no nos hicimos ninguna señal. Un Amo se acercó a mi cubículo, me miró un momento y siguió adelante, sin hablar.

Su número se había reducido, como el nuestro. Me senté en el suelo, maltrecho. Estaba cansado, tenía sed, me dolían las piernas y me empezaba a escocher la piel del pecho y de los hombros debido a la sal del sudor. Apoyé la espalda contra la pared transparente y cerré los ojos. De modo que no vi al Amo que acababa de llegar, sólo oí su voz que me ordenaba:

—Levántate, muchacho.

Me pareció que su voz era más agradable que las de los demás, de un tono grave que sonaba casi cordial. Me levanté trabajosamente y le miré con curiosidad.

Físicamente parecía más bajo que la media y también tenía un color más oscuro. Se quedó mirándome; su piel formaba arrugas alrededor de los ojos. Me ordenó que me pusiera a andar. Junté fuerzas y caminé lo más vivamente que pude; tal vez a los demás les había parecido demasiado aletargado.

Me mandó detenerme y así lo hice. Dijo:

—Acércate más.

Cuando me aproximaba a él surgió un tentáculo que me rodeó el brazo izquierdo. Apreté los dientes. Un segundo tentáculo me palpó críticamente el cuerpo, calibrando las piernas, y luego subió para apretarme con más firmeza en torno al pecho; me

agarró tan fuerte que me hizo soltar aire; después se retiró. La voz dijo:

—Tú eres muy raro, chico.

Sus palabras, que resumían mis temores primordiales, me dejaron petrificado. Miré fijamente aquella columna sin rasgos que era el monstruo. Estaba seguro de que debía hacer algo, expresar algo. ¿Excitación... felicidad ante la perspectiva de que se me permitiera servir a una de estas criaturas absurdas y repugnantes? Intenté comportarme así. Pero el Amo estaba hablando nuevamente.

—¿Cómo te hiciste campeón en los Juegos?, ¿en qué deporte humano?

—Boxeo... —dudé—, Amo.

—Eres pequeño, —dijo—, pero fuerte, creo, para tu tamaño. ¿De qué parte de la Tierra eres?

—Del sur, Amo. Del Tirol.

—Tierra de montañas. Los que vienen de las tierras altas son resistentes.

Después guardó silencio. El tentáculo que aún me tenía asido el brazo izquierdo lo liberó y se replegó. Los tres ojos me miraban fijamente. Después la voz dijo:

—Sígueme, muchacho.

Había encontrado a mi Amo.

# VOLUMEN II

## CAPÍTULO 7

### EL GATO DE MI AMO

Tuve suerte con mi Amo.

Me llevó hasta su vehículo, que esperaba junto a otros en las afueras del edificio, me hizo pasar al interior y lo condujo. Conducir sería una de mis obligaciones, me explicó. (No era difícil. Para desplazarse empleaba una energía invisible procedente del subsuelo. No había mucho que hacer para imprimirle una dirección, y resultaba imposible tener una colisión). Vi que algunos de los Amos que tenían esclavos recién adquiridos ya les estaban obligando a aprender, pero el mío no lo hizo porque vio que yo me encontraba cansado y maltrecho. El vehículo se desplazaba sobre numerosas ruedas pequeñas dispuestas bajo un lateral de la pirámide; el conductor tenía un asiento en la parte puntiaguda delantera para controlarlo. Mi Amo condujo hasta el lugar donde vivía, en el centro de la Ciudad.

Por el camino examiné el entorno. Era difícil entender aquel lugar; los edificios, las calles y las rampas eran muy parecidas entre sí y al mismo tiempo confusamente distintos; su construcción, o bien no estaba planificada, o bien obedecía a un plan que yo era incapaz de comprender. Esporádicamente vi unas zonas pequeñas que supuse estarían destinadas a jardines. Casi todas tenían forma triangular y estaban llenas de agua, dentro de la cual crecían unas plantas extrañas de diversos colores (las vi rojas, pardas, verdes, azules), pero siempre de tonos oscuros. Además todas tenían una forma común: más gruesas en la base y más afiladas por encima. De muchos de aquellos jardines de agua emergían vapores, y en algunos vi Amos que se movían lentamente o que permanecían de pie, como si también ellos fueran árboles arraigados en el agua.

Mi Amo vivía en una pirámide alta desde la que se dominaba un gran jardín de agua. Tenía cinco lados pero más bien parecía un triángulo (forma que tanto parecía gustarles a los Amos), pues tres de los lados eran más cortos que los demás y casi formaban una línea recta. Dejamos el vehículo delante de la puerta (volví la vista y vi que el suelo se abría y lo engullía) y entré en el edificio. Nos introdujimos en una habitación móvil, como la que nos recogió en la Sala de los Trípodes. Mi estómago dio una sacudida mientras aquello zumbaba, pero esta vez entendí lo que sucedía: que la habitación se movía hacia arriba y nosotros con ella. Salimos a un pasillo y yo seguí con dificultad a mi Amo hasta la puerta de entrada a su casa.

Había muchas cosas que no entendí hasta más adelante, desde luego. La pirámide estaba dividida en viviendas que pertenecían a los Amos. En el interior había una pirámide más pequeña, completamente rodeada por la exterior, que estaba destinada a almacenes, un lugar donde se guardaban los vehículos, la zona comunal de los esclavos y cosas así. Las viviendas se hallaban en la sección exterior y la importancia

que tenía un Amo en la Ciudad venía determinada por la posición de su casa. La más importante era la que estaba justamente en la cúspide (la pirámide que remataba la pirámide). A continuación venían las dos viviendas triangulares, situadas inmediatamente debajo, y después las casas de las esquinas de la pirámide, por orden descendente. Mi Amo tenía sólo una importancia moderada. Su vivienda estaba en una esquina, pero más cerca de la base que del ápice.

Cuando vi por primera vez la Ciudad con todas estas cúspides tan altas pensé que el número de los Amos debía de ser increíblemente elevado. Más de cerca, comprendí que me había formado una impresión hasta cierto punto equivocada. Todo tenía una escala muy superior a la humana, a la que yo estaba acostumbrado. Eran particularmente espaciosas las viviendas, que tenían habitaciones muy altas, de veinte pies o más.

El corredor daba a un pasadizo con varias puertas. (Las puertas eran circulares y funcionaban según el mismo principio que la del Trípode: una sección se elevaba replegándose hacia el interior cuando se tocaba algo que parecía un botón. No había cerraduras ni pestillos). En una dirección, el pasillo formaba un ángulo recto al fondo y su término daba a la parte más importante de la casa: la habitación triangular desde la que se dominaba el exterior del edificio. Aquí el Amo comía y descansaba. En el centro del suelo había un pequeño jardín de agua de forma circular cuya superficie despedía vapor, debido al calor adicional que suministraba; era su lugar favorito.

Pero no me llevaron directamente allí. El Amo me condujo por el pasillo en la dirección opuesta. Acababa en una pared desnuda pero había una puerta a la derecha, un poco antes del fin. El Amo dijo:

—Este es tu refugio, muchacho. Dentro hay una cámara de aire (un lugar donde se cambia el aire) y al otro lado puedes respirar sin la máscara. Allí dormirás y comerás; puedes quedarte allí o en la zona comunal cuando yo no requiera tus servicios. Ahora puedes descansar un rato. En el momento oportuno sonará un timbre. Entonces te tendrás que volver a poner la mascarilla, pasar por la cámara de aire y acudir a mí. Me encontrarás en la habitación mirador, que está al final del pasillo.

Se dio la vuelta y se alejó deslizándose sobre sus pies rechonchos por aquel pasillo amplio y alto. Comprendí que me permitía retirarme y apreté el botón de la puerta situada ante mí. Se abrió, la atravesé y se cerró automáticamente a mis espaldas. Se oyó un silbido y sentí en mis tobillos la fuerza de la corriente de aire cuando se retiró el aire de los Amos, siendo sustituido por aire humano. No fue mucho tiempo, pero me pareció que pasaron siglos antes de que se abriera la puerta de enfrente y yo pudiera pasar. Entonces me desabroché precipitadamente el cinturón que ajustaba la mascarilla.

Yo no me creía capaz de seguir soportando aquel confinamiento agobiante, con

mi propio sudor encharcado en el pecho, durante mucho más tiempo, pero más adelante supe que había tenido suerte. A Fritz le habían retenido varias horas, instruyéndole en sus obligaciones, antes de permitirle que se tomara un descanso. La consideración de mi Amo se evidenció de otros modos. Las habitaciones reservadas para los siervos tenían poca superficie, pero la misma altura descomunal que el resto de la vivienda. En este caso el Amo había mandado construir un piso intermedio al que se subía por una escalerilla. Mi dormitorio estaba allí arriba, mientras que en los demás casos había que ajustar la cama dentro del escaso espacio vital.

Aparte de aquello había una silla, una mesa (las dos cosas de la factura más simple posible), un arcón con dos cajones, una alacena para guardar comida y una pequeña sección destinada al aseo. Era un lugar feo y desnudo. No había el calor adicional que tenían las habitaciones del Amo, pero tampoco existía ningún sistema de refrigeración ni de ventilación. Allí se asaba uno y el único alivio estaba en la sección de aseo, donde había un artefacto para rociarse el cuerpo con agua. El agua estaba tibia, tanto para lavarse como para beberla, pero al menos más fresca que el ambiente. Dejé que me cayera por encima durante mucho tiempo, me lavé la ropa y me cambié. El aire humedeció la ropa limpia antes de que me la hubiera puesto: la ropa jamás estaba seca dentro de la Ciudad.

En la alacena encontré comida en paquetes. Había de dos clases, una especie de galletas que se comían en seco y una sustancia que se desmigaba y había que mezclar con el agua caliente del grifo. Ninguna de las dos tenía mucho sabor, y jamás vi otra cosa. La elaboraban unas máquinas en algún punto de la Ciudad. Probé un poco de gal eta, pero descubrí que todavía no tenía hambre suficiente como para comérmela. Entonces me arrastré pesadamente escalera arriba, lo cual suponía un gran esfuerzo en esta Ciudad de Plomo, y me dejé caer en la cama dura y desnuda que me aguardaba. Naturalmente, en mis dependencias no había ventanas, sino dos globos de luz verde; se encendían y apagaban por medio de un botón. Presioné el botón y me sumí en la oscuridad y el olvido. Soñé que había regresado a las Montañas Blancas y le contaba a Julius que los Trípodes eran de papel, no de metal, y que se les podían cortar las piernas con un hacha. Pero, cuando se lo estaba contando, un estruendo salvaje resonó en mis oídos. Me desperté sobresaltado; comprendí dónde estaba y que me llamaban.

Como no conocíamos las condiciones de la Ciudad, Fritz y yo no habíamos podido elaborar ningún plan específico para encontrarnos, aunque naturalmente deseábamos hacerlo lo antes posible. Cuando contemplé el tamaño y la complejidad del lugar, se adueñó de mí el desaliento; no veía cómo podíamos esperar establecer contacto. Era evidente que había millares de Amos en la Ciudad, aun contando con la cantidad de espacio de que disponían todos. Si cada uno de ellos tenía un siervo...

En un sentido era menos difícil de lo que yo había creído; en otros, más. Para empezar, no todos los Amos tenían un servidor. Era un privilegio reservado a los que gozaban de cierto rango; seguramente no llegaban a un total de mil, y no todos hacían uso de aquel derecho. Había un movimiento que se oponía a la presencia de humanos en la Ciudad. Se basaba en el temor no de que los esclavos se rebelaran, pues nadie dudaba de su docilidad, sino de que los Amos, al aceptar el servicio personal de otras criaturas, de algún modo se debilitaran y degradaran. El total de humanos escogidos en los Juegos o seleccionados por otros procedimientos en otros lugares seguramente no superaba los quinientos o seiscientos.

Pero entre estos quinientos o seiscientos las posibilidades de comunicarse eran sumamente limitadas. Aparte de los refugios individuales para dormir, comer y cosas así, había en cada pirámide un lugar comunal para esclavos. Allí, en una habitación mayor, aunque tampoco tenía ventanas, podían reunirse y hablar; en la pared había un recuadro en el que destellaba un número mediante el cual se indicaba el deseo del Amo de que regresara su esclavo. No era posible dirigirse al lugar comunal de otros edificios sin correr el riesgo de hallarse ausente cuando se produjera la llamada. Y jamás se corría aquel riesgo, no por temor al castigo sino porque para los que tenían Placa era inconcebible la posibilidad de fallarle en algo al Amo.

Cabía la posibilidad de que Fritz y yo nos encontráramos en la calle cuando nuestros Amos nos mandaran a algún recado, pero era remota. Pronto se hizo evidente que la única posibilidad real de dar el uno con el otro dependía de que nuestros Amos asistieran a un mismo acto, y allí hubiera (como ocurría en la mayoría de los casos) una habitación de descanso para esclavos.

Descubrí que había varias ceremonias así. La que más le gustaba a mi Amo era una en la que ellos se introducían en un estanque situado en el interior de la pirámide mientras en el centro un grupo agitaba con los tentáculos unos aparatos que rizaban las aguas y removían el aire al tiempo que emitían unos sonidos frenéticos que mi Amo hallaba placenteros y a mí me parecían espantosos. En otras, los Amos hablaban en su idioma, plagado de silbidos y gruñidos; había un tercer tipo en el que los Amos, subidos en una plataforma elevada, daban saltos y vueltas con lo que yo supuse sería un baile.

En distintos momentos yo le acompañé a todas ellas, acudiendo con ansiedad a la sala de descanso para ducharme, secarme y acaso comer un trozo de aquella galleta tan monótona o, por lo menos, lamer algún palo de sal de los que nos daban. Y buscaba a Fritz entre los demás esclavos. Pero una y otra vez me llevaba un chasco y empecé a pensar que no había esperanzas. Sabía que no a todos los Amos les gustaban estas cosas, del mismo modo que había acontecimientos a los que mi Amo decidía no acudir. Empezaba a tener la sensación de que habíamos tenido la mala suerte de que nos escogieran Amos con intereses muy distintos.

En efecto, así era. Lo que más le gustaba a mi Amo eran las cosas relacionadas con la mente y la imaginación. Al de Fritz, todo lo relacionado con el ejercicio y el desarrollo corporal. Aunque por fortuna había un acontecimiento que ejercía un atractivo casi universal. Lo llamaban la Persecución de la Esfera.

Se celebraba con carácter periódico en el Campo de la Esfera. Éste era un amplio espacio al aire libre que tenía, naturalmente, forma triangular, y estaba cerca del centro de la Ciudad. Se hallaba recubierto de una sustancia rojiza y en él había siete postes, quizá de treinta pies de altura, cada uno de los cuales tenía en lo alto un chisme que parecía una cesta. Tres se hallaban situados en los vértices del triángulo, otros tres a mitad de camino entre los vértices, y el séptimo en el centro.

En realidad eso es todo lo que soy capaz de describir que tenga sentido. Creo que lo que tenía lugar en el campo era una especie de juego, más si así era, no se parecía a ninguno de los juegos que practican los hombres. De un lugar bajo tierra situado en un vértice del triángulo emergían unos Trípodes pequeños, cuya altura no superaba los veinte pies; efectuaban una marcha complicada que duraba algún tiempo y luego empezaban a correr unos tras otros. Después de un rato, en el curso de la persecución, aparecían en el aire, entre el punto de sondeo que tienen los tentáculos de los Trípodes, una o más esferas doradas. Por lo general, los Amos, que observaban desde asientos escalonados distribuidos en derredor, recibían esto con un gran estruendo, que iba en aumento mientras las carreras y persecuciones proseguían, en medio de lanzamientos y destellos de la pelota dorada. Llegados a cierta fase, lanzaban la esfera hacia una de las cestas que había encima de los postes hasta que caía por fin dentro, lo que producía un destello rutilante junto con un ruido parecido a un trueno y lo que yo supongo serían aplausos. Entonces se reanudaban las carreras y se formaba una nueva bola.

Los pequeños Trípodes, averigüé, iban ocupados por uno o, todo lo más, dos Amos. Al parecer se requería gran habilidad en la Persecución de la Esfera y los que lo hacían mejor recibían grandes honores. En el trayecto final del viaje que ejecutamos Henry, Larguirucho y yo a las Montañas Blancas, cuando se cruzaron con nosotros dos Trípodes en campo abierto sin hacernos caso, también había una pelota dorada, que destellaba contra el cielo azul. Comprendí que los Amos que conducían aquellos Trípodes debían de ser Perseguidores de Esferas practicando con vistas a la siguiente Persecución, y demasiado concentrados como para preocuparse de ninguna otra cosa. Aquello era una debilidad de los Amos; puede que trivial, pero había que alegrarse ante cualquier síntoma de flaqueza.

La otra ventaja consistía en que la Persecución de la Esfera era un modo de encontrar a Fritz, tras semanas de búsqueda infructuosa. Acompañé a mi Amo a su asiento, situado en el lado del Triángulo reservado a los superiores, y bajé apresuradamente (es decir, moviéndome pesadamente en vez de arrastrándome) a la

habitación de descanso. Era mayor que todas las habitaciones comunales que había visto, pero aun así estaba atestada: allí habría unos doscientos esclavos. Me quité la mascarilla, la dejé en un casillero que había en la pared cercana a la entrada y me puse a buscarle. Estaba en el extremo opuesto, haciendo cola para coger una barra de sal; las chupábamos para reponer la sal que perdíamos por causa de la sudoración ininterrumpida. Me vio, hizo un gesto con la cabeza y se acercó con dos barras de sal hasta donde estaba yo, lo más alejado posible de los demás.

Me asusté al verlo. Sabía que esta vida acababa con cualquiera, aunque sólo fuera en razón del calor implacable y pegajoso, junto con la presión constante en los músculos y huesos. Muchos de los humanos que había conocido se hallaban en un estado lamentable, envejecidos y debilitados antes de tiempo. Yo era consciente de que aun cuando estaba aprendiendo a vivir con el calor y el peso, así como a economizar energía, mi fuerza se disipaba. Pero el cambio que se operaba en Fritz iba mucho más allá de lo que cabía esperar.

Todos habíamos perdido peso, pero él, que era alto y fornido, parecía haber perdido proporcionalmente mucho más que yo. En el pecho se le notaban lastimosamente las costillas y tenía la cara demacrada. Andaba tan cargado de espaldas como los que llevaban un año o más en la Ciudad. También advertí, horrorizado, otra cosa: la huella de la cólera, marcada en su espalda. Sabía que algunos Amos golpeaban a sus criados cuando éstos eran descuidados o estúpidos, empleando un objeto similar a un matamoscas, que quemaba la carne donde la tocaba. Pero Fritz no era ni estúpido ni descuidado.

Me dio la barra de sal y dijo en voz baja:

—Lo más importante es tomar medidas para los próximos encuentros. Yo estoy en 71 Pirámide 43. Sería mejor que nos viéramos allí, si tú tienes un Amo poco problemático.

Dije yo:

—¿Eso dónde está? Todavía no sé desenvolverme por aquí.

—Cerca de... No. Dime dónde estás tú.

—19 Pirámide 15.

—Puedo encontrarlo. Escucha. Mi Amo acude a tu jardín de agua casi a diario, siempre a las dos siete. Allí se queda un buen tiempo. Creo que lo suficiente como para que yo vaya donde tú estás. Si te las arreglas para bajar a la zona comunal...

—Eso no resultará difícil.

—Yo fingiré ser el esclavo de un Amo que está de visita.

Asentí. En la Ciudad empleábamos el tiempo de los Amos, no el humano. El día se dividía en nueve períodos y cada período se dividía en nueve partes. Resultaba difícil debido a que el comienzo del día se consideraba el amanecer, de modo que siempre estaba cambiando. Las dos siete eran aproximadamente el mediodía. Además

mi Amo acudía muchas veces a un jardín de agua hacia esa hora. Y aunque no lo hiciera, yo podría prolongar algún recado sin importancia hasta esa hora.

—Tu Amo, —dije yo—... ¿es muy malo?

Fritz se encogió de hombros.

—Bastante malo, creo. No tengo elementos de comparación.

—Tu espalda...

—Le gusta.

—¿Qué le gusta?

—Sí. Al principio creí que era porque hacía las cosas mal, pero no. Él encuentra motivos. Yo doy muchos chillidos y alaridos, y eso le gusta. He aprendido a aullar más fuerte y así no dura tanto. ¿Y tu Amo? Veo que no tienes la espalda marcada.

—Creo que es bueno.

Le hablé a Fritz un poco de mi vida, de las pequeñas muestras de consideración que recibía. Él escuchaba y asentía.

—Yo diría que es muy bueno.

Él refirió algunas cosas más de su vida, con lo cual quedó claro que los latigazos distaban mucho de ser el único aspecto en que él lo pasaba peor que yo. Su Amo lo humillaba, le perseguía y le imponía las cargas más insoportables. Casi me daba vergüenza tener tanta suerte. Sin embargo él no se demoró mucho hablando de esto, sino que dijo:

—De todos modos, lo que importa es lo que podamos averiguar sobre la Ciudad. Hemos de intercambiar información para que uno se entere de lo que el otro ya sabe. Dime tú primero qué has averiguado.

—Por ahora muy poco. Prácticamente nada, —rebusqué en mi cabeza datos aislados y se los pasé. Eran muy poca cosa—. Creo que eso es todo.

Fritz escuchó con seriedad. Dijo:

—Todo sirve. Yo he averiguado dónde está la gran máquina de la que obtienen luz y calor, así como el método que emplean para hacer funcionar los vehículos. Y seguramente también el que emplean para que la Ciudad sea tan pesada. La Nampa 914 sale de la Calle 11. Atraviesa un lugar en el que hay jardines de agua a ambos lados y después se hunde en la tierra. Allá abajo tienen la máquina. Todavía no he podido ir (no estoy seguro de que puedan ir los humanos), pero lo intentaré más adelante. También he encontrado el lugar por donde entra el agua a la Ciudad. Está en el Sector 23 de la Muralla. Allí llega un río subterráneo y pasa por otra máquina que adapta el agua a las necesidades de los Amos. He estado allí y voy a volver. Es un lugar enorme y todavía no lo entiendo bien. Después está el Lugar de la Liberación Feliz.

—¿De la Liberación Feliz?

Alguna vez había oído esta expresión en labios de los esclavos, pero desconocía

la clave de su significado. Fritz dijo:

—Eso no queda lejos de aquí, está en la Cal e 4. Es el lugar al que acuden los esclavos cuando saben que ya no son lo bastante fuertes para seguir sirviendo a sus Amos. Seguí a uno y vi lo que sucedía. El esclavo se sitúa en un lugar sobre el que hay una cúpula de metal. Se produce un destello y él se desploma, muerto. Entonces el suelo en el que yace se mueve. Avanza, se abre una puerta que da a un horno al rojo vivo y allí se quema el cuerpo sin dejar residuos.

Después me contó lo que había descubierto sobre los demás esclavos de la Ciudad. No procedían únicamente de los Juegos; los seleccionaban en otros países, de distintos modos, pero siempre en razón de su juventud y fortaleza. La vida en la Ciudad (incluso cuando, como en mi caso, los Amos eran tolerantes y acaso amables) los mataba, lenta pero inexorablemente. Algunos morían casi instantáneamente por aplastamiento; otros duraban un año, dos años. Fritz conoció a un esclavo que llevaba más de cinco años en la Ciudad, pero se trataba de un caso excepcional. Cuando el esclavo sabía que su muerte estaba próxima iba por su propia voluntad al Lugar de la Liberación Feliz y moría, dichosamente convencido de que había servido a los Amos hasta el límite de su capacidad y hasta el último átomo de energía.

Escuché todo esto con atención. Ahora me sentía verdaderamente avergonzado. Pensaba que llevaba una vida dura y ésta había sido mi excusa para no hacer gran cosa; en realidad había estado haciendo tiempo con la esperanza de trabar contacto con Fritz y, después, pensar qué hacer. Él, que padecía mucho más que yo, se había dedicado no obstante a la labor que compartíamos, de la cual podía depender el futuro del hombre.

Le pregunté:

—¿Cómo te las has arreglado para averiguar todas estas cosas si sólo puedes irte durante las dos horas que él pasa en el jardín de agua? No es posible que hayas logrado todo eso en tan poco tiempo.

—Hay otro Amo con el que ha pasado el día en dos ocasiones. Es uno de los que no están de acuerdo con los esclavos y mi Amo no me lleva consigo. De modo que salí a explorar.

—Si hubiera regresado inesperadamente, o si te hubiera llamado...

Existía en cada casa un sistema mediante el cual los Amos podían ordenar a sus esclavos que acudieran. Fritz dijo:

—Tenía preparada una excusa. Claro que me pegaría, pero estoy acostumbrado.

A mí me habían dejado solo una vez. Me pasé el día descansando y charlando en el centro comunal; en otra ocasión salí, pero la confusión de calles, rampas y pirámides me deprimió y me volví. Notó que enrojecía.

Estábamos hablando apartados del resto, pero cada vez llegaban más esclavos del campo situado encima de nosotros y la habitación empezaba a abarrotarse. Fritz dijo:

—Basta por ahora. 19 Pirámide 15. En la zona comunal hacia las dos siete. Adiós, Will.

—Adiós, Fritz.

Mientras le veía perderse entre la muchedumbre de esclavos que se movían lentamente, adopté una resolución: desempeñar mi papel con mayor celo y menos lástima de mí mismo.

Las obligaciones que tenía que cumplir para con mi Amo no eran demasiado opresivas en sí mismas. Tenía que arreglar la casa, prepararle y servirle la comida, ocuparme del baño, hacerle la cama (si se puede llamar así). Por lo que a la comida se refiere, era bastante fácil de preparar, pues se componía de unas mixturas de diverso color y textura (y sabor también, supongo), que venían en unas bolsas transparentes. Algunas había que mezclarlas con agua, pero la mayoría se comían tal cual. Servirlas era otra cuestión. Había que poner porciones de comida en un plato triangular, y se comía siguiendo un orden determinado; la colocación y la forma de disponerlas eran cosas importantes. Esto se me daba bien y recibía alabanzas por ello. Era un poco más difícil de lo que parece porque había que aprenderse docenas de modelos, no sólo uno.

Mi amo se bañaba varias veces al día, aparte de las visitas que hacía a un jardín de agua y de las inmersiones en el pequeño estanque de la habitación mirador: todos los Amos se metían en el agua tanto como podían. Su baño particular estaba al lado de la habitación donde dormía. Se llegaba a él subiendo unos escalones, y consistía en un agujero en el que podía sumergir todo el cuerpo. El agua se calentaba de modo especial; subía desde el fondo, hirviendo. Yo tenía que echar en ella unos polvos y aceites que la coloreaban y perfumaban, y disponer una serie de extraños útiles que parecían cepillos con los que se frotaba.

La cama también era vertical y de forma muy similar a la del baño, pero en lugar de subir por unos escalones había que hacerlo por una rampa espiral (que era bastante empinada y me hacía jadear). En el interior había una especie de musgo húmedo; todos los días yo tenía que retirar el usado y sustituirlo por el fresco, que se guardaba en el armario de la cama. Aunque el musgo era de aspecto ligero, pesaba mucho. Creo que ésta era la tarea más dura que yo tenía que desempeñar, por lo que a trabajo se refiere.

Pero, aparte de estos deberes y de otros parecidos, yo desempeñaba una función más: la de hacer compañía. Exceptuando las ocasiones en que se reunían para ver la Persecución de la Esfera u otras modalidades de diversión, los Amos llevaban una vida extrañamente solitaria. Se hacían visitas, pero no con frecuencia, y se pasaban mucho tiempo en casa, solos (observé que ni siquiera se hablaban mucho en los jardines de agua). Aunque este aislamiento les resultaba menos llevadero a unos que

a otros; yo sospechaba que tal era el caso de mi Amo. Para él un esclavo humano no era tan sólo alguien que desempeñaba tareas domésticas, ni tan sólo un signo de que su rango le permitía poseerlo, sino también alguien que le prestaba oídos cuando hablaba. En mi pueblo la anciana señora Ash tenía seis gatos y se pasaba el tiempo hablando con alguno de ellos. Yo era el gato de mi Amo.

Con la ventaja, por supuesto, de ser un gato capaz de contestar. No sólo me hablaba de las cosas que le sucedían (rara vez les encontraba sentido y jamás entendí ni por asomo en qué consistía su trabajo), sino que también me hacía preguntas. Sentía curiosidad por mí y por la vida que llevaba antes de ganar en los Juegos y venir a la Ciudad. Al principio sospeché de su interés, pero rápidamente me di cuenta de que era un interés inocente. Así que le conté mi vida como hijo del propietario de una pequeña vaquería en el Tirol, le hablé de cómo subía las vacas a los pastos altos al comenzar el día, quedándome con ellas para ordeñarlas al atardecer. Me inventé hermanos y hermanas, primos, tíos y tías, todo un modelo de vida que él aceptaba y que parecía interesarle. Cuando no tenía obligaciones me tumbaba en la cama de mi refugio y urdía nuevas mentiras que contarle: era una manera de pasar el tiempo.

O lo fue hasta que me di cuenta de lo poco que había hecho en comparación con Fritz. Pero al comentarle esto, cuando al día siguiente volvimos a vernos en la zona comunal de mi pirámide, él lo vio de otro modo. Dijo:

—Has tenido mucha suerte con ése. No tenía ni idea de que los Amos hablaran con los esclavos, excepto para dar órdenes. Desde luego el mío no lo hace. Me ha vuelto a pegar esta mañana, pero en silencio: el ruido lo hacía yo. Puede que así averigües más cosas que explorando la Ciudad.

—Si le hiciera preguntas, sin duda sospecharía. Los que tienen Placa no hurgan en las maravillas de los Amos.

—No se trata de que le hagas preguntas como tales. Pero puedes inducirle a darte respuestas. ¿Dices que habla de su vida, aparte de preguntarte sobre la vida en el exterior?

—A veces. Pero no se le entiende. Cuando habla de su trabajo tiene que emplear sus vocablos porque no existen términos humanos para las cosas de las que me habla. Hace unos días me dijo que se sentía desdichado porque durante el *sutelbut* un *tsutsutsu* se hizo *espiuis* y, por lo tanto, no era posible *isdolar* el *suchutu*. Por lo menos yo entendí algo parecido. Ni intentar comprender lo que significaba tenía sentido.

—Si sigues escuchando puede que con el tiempo lo comprendas.

—No sé cómo.

—Sin embargo es posible. Has de perseverar, Will. Anímale a que hable. ¿Usa burbujas de gas?

Eran unas pequeñas esferas elásticas que se adherían a la piel del Amo por debajo

de la abertura de la nariz. Cuando el Amo las presionaba con un tentáculo brotaba un vaho marrón rojizo que ascendía lentamente, rodeando su cabeza.

Dije:

—Se toma una al día, a veces dos, cuando está en el estanque de la habitación mirador.

—Creo que les hace el mismo efecto que las bebidas alcohólicas a los hombres. El mío me pega más fuerte después de haber inhalado una burbuja de gas. A lo mejor el tuyo habla más. Llévale otra cuando esté en el estanque.

Dije, dubitativamente:

—Dudo que funcione.

—De todos modos, inténtalo.

Parecía enfermo y agotado. Los verdugones de la espalda le sangraban un poco.

Dije:

—Lo intentaré mañana.

Y así lo hice, pero el Amo me ordenó por señas que me alejara. Me preguntó cuántos becerros paría una vaca y después comentó que el *puslu* se había *estrulglupado*. No parecía que yo estuviera haciendo grandes progresos.

## CAPÍTULO 8

# LA PIRÁMIDE DE LA BELLEZA

Cuando casi había perdido las esperanzas de obtener del Amo alguna información útil, él mismo me solucionó el problema. Su trabajo, fuera el que fuera, lo realizaba en una pirámide baja que distaba una media milla del lugar donde vivía. Yo tenía que llevarle allí en el vehículo y quedarme en la zona comunal con los demás esclavos hasta que estuviera listo para volver. Esto sucedía una vez transcurridos dos períodos (un poco más de cinco horas humanas), y yo empleaba el tiempo, al igual que los demás esclavos, en descansar, y si era posible, dormir. Cuando se vivía en la Ciudad uno se hacía cargo muy pronto de la importancia abrumadora que tenía ahorrar el máximo posible de energía. En esta zona comunal había camas. Eran pocas y no había suficientes para todos, pero era un lujo que distaba mucho de ser universal, y yo lo agradecía.

En esta ocasión yo había tenido la suerte de conseguir una cama y cuando me estaba quedando dormido me tiraron del brazo. Pregunté soñolientamente qué pasaba y me dijeron que se había encendido mi número en el recuadro de llamada, lo que significaba que me necesitaban. Lo primero que pensé fue que se trataba de una treta para quitarme la cama, que el otro esclavo seguramente querría para él, y así se lo dije. Pero él insistió en que era verdad, y por fin me incorporé para mirar y vi que tenía razón.

Cuando cogí la mascarilla y me disponía a ponérmela, dije:

—No sé qué puede querer de mí el Amo. Sólo han pasado tres novenos. Debe de ser un error.

El otro había ocupado mi cama y estaba echado boca abajo. Dijo:

—Puede que sea la Enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—Es algo que a los Amos les ocurre de vez en cuando. Se quedan dos o tres días en casa, o incluso más. Les pasa con más frecuencia a los que como tu Amo tienen un tono marrón en la piel.

Recordé haber pensado aquella mañana que su piel estaba más oscura de lo normal. Cuando me presenté ante él en la habitación exterior e hice la profunda reverencia de respeto acostumbrada, me fijé en que estaba mucho más oscura, que el marrón se notaba más y que los tentáculos, incluso cuando los tenía en reposo, le temblaban un poco. Me dijo que le llevara a casa y obedecí.

Pensé, acordándome de las enfermedades humanas, que tal vez quisiera meterse en cama y caí en la cuenta de que todavía no había cambiado el musgo. Pero no fue eso lo que hizo, sino que se fue al estanque de la habitación-mirador y se sentó dentro, inmóvil y en silencio. Le pregunté si necesitaba algo y no me contestó. De

modo que fui al dormitorio y continué con mi trabajo. Nada más terminar, cuando estaba metiendo el musgo usado en una alacena donde se podía destruir, sonó el timbre, llamándome.

Seguía en el estanque. Me dijo:

—Chico, tráeme una burbuja de gas.

Lo hice y me quedé observando cómo se la colocaba entre la boca y la nariz, haciendo presión con un tentáculo. Rezumó el vaho marrón rojizo, casi como si fuera un líquido, y después se elevó. El Amo inhaló profundamente. Luego prosiguió, aspirando de vez en cuando, hasta que la burbuja quedó vacía. La arrojó para que yo la cogiera y pidió otra. Esto no era normal. La utilizó y me envió a por una tercera. No tardó mucho en ponerse a hablar.

Al principio no parecía tener demasiado sentido. Me di cuenta de que estaba hablando de la Enfermedad. Habló de la Maldición de Skloodzi, que al parecer era el nombre de su familia o de su raza, o tal vez fuera el nombre que se daban los Amos a sí mismos. Había mucha perversidad (no sé si se refería a la suya o a la de los Amos en general) pero, aunque él se quejaba, no puede evitar la sensación de que lo hacía con una cierta dosis de satisfacción. La Enfermedad era un castigo a su perversidad y debía, por tanto, soportarla con estoicismo. Tiró la tercera burbuja de gas vacía con el tentáculo central y me mandó a por la cuarta, diciéndome que esta vez me diera más prisa.

Las burbujas de gas estaban en la habitación donde se guardaba la comida. Fui por una, pero cuando volví a la habitación-mirador él estaba fuera del estanque. Dijo, con la voz más distorsionada que de costumbre:

—Te ordené que te dieras más prisa, chico.

Me cogió con dos tentáculos y me levantó en vilo con la misma facilidad con que yo hubiera podido coger a un gatito. No me había vuelto a tocar desde que me vio por primera vez en el Centro de Elección y yo me sentí, más que nada, sorprendido. Pero la sorpresa fue prontamente sustituida por el dolor. El tercer tentáculo surcó el aire y me golpeó en la espalda. Era como si me pegaran con una cuerda fuerte. Intenté librarme de los tentáculos que me atrapaban pero de nada sirvió. Los golpes caían uno tras otro. Ahora parecían dados con una vara flexible más que con una cuerda. Creí que me iba a romper las costillas, quizá hasta la espina dorsal. Fritz me había dicho que gritaba porque se había dado cuenta de que su Amo quería que gritara. Pensé que tal vez yo debiera hacer lo mismo, pero no quise. Apreté los dientes, mordiéndome un pliegue de piel que me llenó la boca de sangre caliente y salada. La paliza continuó. Yo había dejado de contar los golpes; eran demasiados. Hubo un estruendo en mis oídos y perdí la conciencia.

Cuando me recuperé estaba tendido en el suelo. Me moví un poco y volví a sentir

dolor: mi cuerpo era una larga magulladura. Intenté levantarme. Me pareció que no tenía ningún hueso roto. Busqué al Amo y lo vi sentado en el estanque, callado e inmóvil.

Me sentía humillado e irritado y me dolía por todas partes. Salí de la habitación cojeando y me alejé hacia mi refugio por el pasillo. Ya dentro, me quité la mascarilla, me sequé el sudor del cuello y de los hombros y me arrastré por la escalerilla hasta mi cama. Al hacerlo, caí en la cuenta de que se me había olvidado hacerle al Amo la reverencia de costumbre cuando salí de la habitación-mirador. Desde luego mis sentimientos no eran reverentes, pero ésa no era la cuestión. Lo esencial era imitar en todo el comportamiento de los que tenían una Placa de verdad. Había sido un desliz y podía resultar peligroso. Mientras así pensaba, sonó el timbre, martilleándome los nervios. Mi Amo me requería de nuevo.

Descendí cansinamente, me puse la mascarilla y salí del refugio. Tenía la cabeza confusa y no sabía qué podía esperarme. La idea predominante era otra paliza y no sabía cómo iba a soportarla: tan sólo andar me dolía. Estaba totalmente desprevenido para lo que sucedió cuando regresé a la habitación-mirador. El Amo ya no estaba en el estanque sino de pie, cerca de la entrada. Un tentáculo se apoderó de mí y me levantó. Pero en lugar del golpe para el que en vano había intentado prepararme, el segundo tentáculo me acarició delicadamente. Parecía una serpiente suave que se retorció sobre mis costillas magulladas. Ahora yo era un gatito al que se acaricia después del castigo.

El Amo dijo:

—Eres muy raro, chico.

No dije nada. Me tenía torpemente cogido, con la cabeza ligeramente más baja que el cuerpo. El Amo prosiguió:

—No has dado grandes gritos, como hacían los otros. Tú tienes algo distinto. Me di cuenta el primer día, en la Sala de Elección.

Lo que dijo me dejó petrificado. No me había dado cuenta, aunque supongo que debería haberlo hecho, de que la reacción natural de los que tienen Placa cuando les pegan es chillar como niños. Fritz lo había entendido y se comportaba en consecuencia, pero yo me había resistido estúpidamente, por orgullo. Y después no había hecho la inclinación reverencial. Me aterraba la posibilidad de que a continuación el Amo palpara la Placa con la punta del tentáculo, presionando la parte blanda de la mascarilla. Si lo hacía, notaría enseguida la diferencia entre la mía y las Placas auténticas, injertadas en la carne viva. Y entonces...

Pero en lugar de eso me bajó. Con retraso, efectué la inclinación reverencial y, debido al dolor y la rigidez, casi pierdo el equilibrio. El Amo me sujetó y dijo:

—¿Qué es la amistad, chico?

—¿La amistad, Amo?

—En la Ciudad hay un archivo donde se guardan esas cosas que tu gente llama libros. He estudiado algunos, pues me interesa tu raza. Algunos libros son mentiras, pero mentiras que parecen verdad. Una de las cosas de las que hablan es la amistad. Una cercanía entre dos entidades... eso es algo que a los Amos nos es ajeno. Dime, chico... en la vida que llevabas antes de que te escogieran para servir, ¿tuviste algo semejante?

¿Un amigo?

Dudé y dije:

—Sí, Amo.

—Háblame de él.

Le hablé de mi primo Jack, que fue mi mejor amigo hasta que se lo llevaron para insertarle la Placa. Cambié los detalles, hablando de la vida que supuestamente llevaba en el montañoso Tirol, pero describí las cosas que habíamos hecho juntos, y también la guarida que habíamos construido en las afueras del pueblo. El Amo escuchaba con aparente atención. Al final dijo:

—Entre ese otro humano y tú había un vínculo; un vínculo voluntario, no forzado por las circunstancias... de modo que deseabais estar juntos, hablar. ¿Es así?

—Sí, Amo.

—¿Y sucede frecuentemente entre tu gente?

—Sí, Amo. Es una cosa normal.

Se quedó mucho tiempo callado. Al cabo yo me preguntaba si no se habría olvidado de mí, cosa que sucedía a veces, y si no debería pedir permiso para retirarme. Procurando acordarme de la reverencia. Pero, cuando estaba pensando esto, el Amo volvió a hablar.

—Un perro. ¿Eso es un animal pequeño que convive con el hombre?

—Algunos sí, Amo. Otros son salvajes.

—En uno de los libros que vi se decía: «Su único amigo era su perro». ¿Esto puede ser verdad o se trata de una de esas mentiras?

—Puede ser verdad, Amo.

—Sí —dijo—, es lo que pensé —describió con los tentáculos un leve movimiento que yo había llegado a reconocer como un signo de satisfacción. Entonces uno de ellos me rodeó la cintura sin brusquedad.

—Muchacho, —dijo el Amo—, tú vas a ser amigo mío.

Estaba demasiado asombrado para pensar. Vi que me había equivocado. A los ojos del Amo yo no era, después de todo, un gatito. ¡Era su perro!

Cuando vi a Fritz y pude decirle lo que había sucedido, esperaba que lo encontrase divertido, pero no fue así. Dijo, seriamente:

—Eso es algo maravilloso, Will.

—¿Qué tiene de maravilloso?

—Al principio los Amos parecían todos iguales, pero imagino que lo mismo les pasa a ellos con los hombres. En realidad son muy distintos. El mío es raro en un sentido, el tuyo en otro. Pero la rareza del tuyo nos puede servir para averiguar cosas sobre ellos, mientras que el mío, —sonrió forzosamente—, resulta simplemente doloroso.

—Sigo sin atreverme a hacerle preguntas que no formularía alguien que lleva Placa.

—No estoy tan seguro. Deberías haber gritado cuando te azotó, pero si se interesó por ti fue porque no lo hiciste. Te dijo que eras raro antes de decirte que ibas a ser amigo suyo. No están habituados a ver hombres libres, recuérdalo, y jamás se les ocurriría pensar que un humano pudiera ser peligroso. Creo que puedes preguntarle cosas, siempre que sean preguntas de carácter general y no te olvides de hacer la reverencia en el momento oportuno.

—Puede que tengas razón.

—Sería útil encontrar el archivo de los libros. A los hombres que ya tenían la Placa les ordenaron destruir todos los libros que contenían la sabiduría de los antiguos, pero supongo que no habrán destruido los que hay aquí.

—Trataré de averiguarlo.

—Pero ándate con cuidado, —advirtió. Me miró—. Tu labor no es fácil.

Me dio la sensación de que creía que él la hubiera podido desempeñar mucho mejor que yo; y yo me sentía inclinado a pensar lo mismo. En lugar de mi testarudez y de mi orgullo, él poseía una resistencia alerta. Parecía enfermo y le habían vuelto a pegar fuerte aquella mañana. El látigo que empleaba su Amo dejaba huellas que desaparecían a las cuarenta y ocho horas, y las señales que tenía eran recientes. Le habían pegado alguna vez con el tentáculo, como a mí, y decía que, aunque el dolor duraba más, la paliza no era tan mala como con aquella especie de matamoscas. Me resultaba odioso pensar en lo que debía de ser aquello.

Después Fritz me refirió sus últimas averiguaciones. La más útil era que había dado con un lugar que tenía en las paredes imágenes de las estrellas nocturnas; los Amos podían mover las imágenes. En la misma pirámide había un globo casi tan alto como él, que giraba sobre un eje y estaba cubierto de mapas. No quiso mostrar demasiada curiosidad, pero había reconocido en una parte un mapa de lugares que él conocía: se veía el estrecho mar que habíamos cruzado Henry y yo, las Montañas Blancas, muy al sur, y el gran río por donde había navegado el «Erlkönig». Y en el mapa, en un punto que, según sus cálculos correspondía aproximadamente a nuestra posición actual, había un botón dorado que no podía ser más que la Ciudad.

Por lo que pudo ver, sólo había dos botones más en el globo, los dos bastante más al sur que éste, y muy separados entre sí; uno en el límite de un gran continente, al

este, y el otro en el istmo entre dos continentes, al oeste. También debían de representar Ciudades de los Amos, lo cual significaba que había tres en total, desde las cuales se gobernaba el mundo. En aquel momento entró en la sala un Amo y Fritz tuvo que irse, fingiendo que estaba allí haciendo algún recado. Pero pensaba volver a la Pirámide de las Estrellas y grabar más firmemente los detalles en su cabeza.

Yo seguía sin tener nada notable que contar. Exceptuando que era el perrito de mi Amo. Él había dicho que mi labor no era fácil. Vi que por otra parte tenía razón. Pero en todos los demás aspectos la suya era incomparablemente más difícil. Y él era el único que parecía estar llegando a alguna parte.

La Enfermedad de mi Amo duró varios días. No acudía a su lugar de trabajo y se pasaba mucho tiempo sentado en el estanque de la habitación-mirador. Aspiraba muchas burbujas de gas pero no volvió a pegarme. De vez en cuando salía del estanque, me cogía, me hacía caricias y también me hablaba. Decía cosas ininteligibles, como cuando me hablaba de su trabajo, pero no todo era así. Un día, cuando la verde penumbra exterior se desvanecía y el sol declinaba hacia el oeste, al otro lado de la cúpula, me di cuenta de que estaba hablando de cuando los Amos conquistaron la Tierra. Habían llegado en una gran nave capaz de desplazarse por el vacío que hay entre los mundos, y también por el vacío aún mayor que media entre las estrellas que dan calor a los mundos que giran en torno a ellas. La nave se propulsaba a una velocidad inimaginable, casi tan rápido, me dijo, como los rayos del sol, pero aun así el viaje había durado muchos años. (Ahora comprendí que los Amos tenían una vida inmensamente más larga que la nuestra, pues éste, —y creo que también todos los Amos de la Ciudad—, había realizado el viaje y vivía aquí desde entonces). El propósito de la expedición era encontrar mundos que su pueblo pudiera conquistar y colonizar; la expedición había tropezado con numerosos obstáculos e inconvenientes. No todas las estrellas tenían planetas cerca de ellas, y cuando así era, los planetas resultaban inadecuados por diversas razones.

El mundo del que procedían los Amos era mucho mayor que la Tierra, y más cálido. Al ser mayor, los objetos de la superficie pesaban más. Los Amos habían encontrado algunos mundos demasiado grandes y otros demasiado pequeños para sus propósitos; unos eran demasiado fríos (por hallarse demasiado alejados del sol central) y otros demasiado calurosos. De los diez mundos que giraban en torno a nuestro sol, el nuestro era el único que podía servir, aunque la atmósfera era venenosa para ellos y la gravedad demasiado ligera. De todos modos, se consideró que valía la pena conquistarlo.

Y así la gran nave empezó a dar vueltas alrededor de la Tierra, como hace la luna, y los Amos estudiaron el mundo que iban a conquistar. Parece ser que los antiguos tenían unas máquinas maravillosas mediante las cuales podían hablar y enviar

imágenes desde lejos; los Amos podían escuchar y ver sin necesidad de que su nave se acercara y fuera vista. Así permanecieron muchos años, enviando de vez en cuando naves más pequeñas para que examinaran más de cerca las cosas que no aparecían en las imágenes a distancia, o que no lo hacían con suficiente detalle. (Mi Amo dijo que algunos antiguos informaron que habían visto estas naves, pero los demás no les creyeron. Esto no les hubiera podido suceder a los Amos; pero los hombres tenían eso tan extraño llamado mentira, algo que utilizaban para hablar de cosas que no habían ocurrido, de modo que no se fiaban unos de otros).

Reconocieron en el hombre a un enemigo que podía ser formidable. Estaban todas esas maravillas, como las imágenes a distancia; estaban las grandes ciudades en la cúspide de su gloria y poder, y también había otras cosas. Los hombres ya habían empezado a construir naves que los transportaban por el vacío. No tenían nada que se pareciera a las naves de los Amos, pero habían empezado y aprendían rápidamente. Y disponían de armas. Una de ellas, por lo que dijo mi Amo, era parecida a los huevos de hierro que había encontrado Larguirucho en el Túnel situado bajo la gran ciudad; pero mucho más poderosa, como un toro comparado con una hormiga. Me dijo el Amo que con uno de esos huevos gigantescos se podía volar y arrasar un área de muchas millas de circunferencia; se podía borrar toda una gran ciudad.

Si hubieran descendido a la tierra con su nave, estableciendo una cabeza de puente, dicha cabeza de puente habría quedado completamente destruida. Tenían que encontrar un método diferente. El que eligieron se basaba en un campo del saber en el que estaban aún más avanzados que en los viajes estelares: la comprensión de la mente y su control.

Cuando en el viaje hacia las Montañas Blancas me insertaron en la axila un botón que los Trípodes después podían seguir, y Henry dijo que yo tenía que saber que lo llevaba, Larguirucho habló del hombre de circo que era capaz de hacer dormir a la gente para que después obedecieran sus órdenes. Yo había visto en una ocasión a un hombre así, que llegó a Wherton con una feria ambulante. Los Amos conocían esto y otras muchas cosas. Podían, con suma facilidad, dormir a los hombres y hacerles obedecer órdenes, aunque no tuvieran Placa, al menos temporalmente. Pero subsistía el problema de llevar a los hombres a una situación que les permitiera emplear su poder. De nada sirve saber hacer un pastel de conejo si antes no se ha cazado el conejo.

Y cazaron sus conejos utilizando una de las maravillas de los propios antiguos: las imágenes a distancia. Estas imágenes se enviaban por medio de unos rayos invisibles que surcaban el aire y se transformaban en imágenes en millones y millones de hogares de todo el mundo. Los Amos hallaron un medio de suprimir tales rayos en su punto de origen y enviaron en sustitución unos rayos que formaban las imágenes que ellos deseaban. Junto con ellos enviaron otros rayos que hacían

receptivas las mentes de los hombres. Así que los hombres vieron las imágenes y las imágenes les ordenaron dormirse, y cuando se quedaron dormidos, las imágenes les transmitieron sus órdenes.

Como he dicho, este control acababa por desaparecer, pero duraba varios días, y los Amos emplearon bien el tiempo. Un centenar de pequeñas naves tomaron tierra y los hombres acudieron a ellas en masa, como se les había ordenado, y les insertaron Placas en la cabeza (al principio lo hicieron los Amos, pero después lo hicieron hombres que ya tenían Placa). Era un proceso creciente. Lo único que hacía falta es que hubiera un número suficiente de Placas, y lo había. Los planes habían sido bien trazados.

Cuando los que no estaban viendo las imágenes comprendieron lo que estaba sucediendo, prácticamente ya era demasiado tarde para hacer nada. Estaban separados, aislados, en tanto que los demás ya trabajaban a las órdenes de los Amos, con un propósito común. Y cuando se pasó el efecto de las órdenes transmitidas por las imágenes a distancia, ya había un número suficiente de hombres con Placa como para garantizar que los Amos no encontraran más que una oposición dispersa e ineficaz: una de las primeras cosas que hicieron los que tenían la Placa fue hacerse con el control de las poderosas armas de los antiguos. Así fue posible que la nave principal bajara a la tierra y se estableciera la primera base de ocupación. Aquello no fue ni mucho menos el final, me dijo mi Amo. Siguió habiendo cierta resistencia. Había grandes barcos en el mar, y también barcos que viajaban por debajo del mar; algunos de éstos siguieron en libertad durante cierto tiempo, y disponían de armas con las que podían alcanzar objetivos situados a medio mundo de distancia. Los Amos tuvieron que seguirles el rastro para destruirlos; hubo un barco subacuático que sobrevivió más de un año y al cabo de ese tiempo, no se sabe cómo, localizó la base central y disparó uno de los grandes huevos al aire, fallando el blanco por muy poco. Sin embargo reveló su posición durante el ataque, así que los Amos pudieron emplear una de sus armas, de características similares, y hundirlo.

En tierra, durante algunos años, prosiguieron esporádicamente los combates, aunque cada vez había menos porque el número de los que tenían Placa aumentaba incesantemente y el de los libres disminuía. Los Trípodes se paseaban por la Tierra, guiando y ayudando a sus seguidores en la lucha contra bandas de hombres dotados de armas insignificantes o inexistentes. Al final hubo paz.

Dije:

—Así que ahora todos los hombres son felices, pues tienen a los Amos que los gobiernan y les ayudan, y ya no hay guerras ni perversidad.

Era un comentario esperado y yo procuré poner en él todo el entusiasmo que pude. El Amo dijo:

—No del todo. El año pasado atacaron a un Trípode y los Amos que iban en el

interior murieron cuando penetró el aire venenoso.

Dije, sorprendido:

—¿Quién pudo hacer una cosa así?

Con uno de los tentáculos se echó por encima agua del estanque. Dijo:

—Antes de tener la Placa, chico, ¿amabas a los Amos como ahora?

—Claro, Amo, —dudé—. Puede que no tanto. La Placa ayuda.

Hizo un gesto con el tentáculo, que, yo lo sabía, era una señal de asentimiento.

Dijo:

—Las Placas se insertan cuando el cráneo está a punto de culminar su crecimiento. Ahora hay algunos Amos que piensan que no se debería esperar tanto, porque algunos humanos, un año o dos antes de que se les inserte la Placa, se vuelven rebeldes y actúan contra los Amos. Esto se sabía, pero no se le daba importancia porque la Placa vuelve a los hombres buenos. Pero fueron unos chicos rebeldes los que encontraron armas antiguas que aún funcionaban y por casualidad las emplearon de tal modo que murieron cuatro Amos.

Tomé nota de que presumiblemente el número medio de tripulantes que llevaba un Trípode era de cuatro y simulé un gran estremecimiento de horror, diciendo apasionadamente:

—¡Entonces claro que hay que insertarles la Placa antes a los chicos!

—Sí —dijo el Amo—. Creo que así será. Eso significa que los que llevan Placa morirán antes y padecerán dolores de cabeza, porque la Placa someterá al cráneo a una tensión mayor; pero no es prudente correr riesgos, aunque sean riesgos menores.

Dije:

—Los Amos no deben correr ningún peligro.

—Por otra parte, hay algunos que piensan que no tiene importancia, porque al fin tenemos a la vista la culminación del Plan. Cuando eso ocurra ya no habrá ninguna necesidad de Placas.

Aguardé, pero él siguió callado. Con gran osadía, dije:

—¿El Plan, Amo?

Siguió sin responder y yo no me atreví a presionarle más. Al cabo de medio minuto aproximadamente, dijo:

—Tengo una oscura sensación cuando pienso en ello. Será seguramente la Enfermedad, la Maldición de Skloodzi. ¿Qué es el bien, chico, y qué es el mal?

—El bien consiste en obedecer a los Amos.

—Sí —se sumergió más en el agua vaporosa del estanque y se rodeó el cuerpo con los tentáculos: yo no conocía el significado de aquel gesto—. En cierto modo, chico, tienes suerte al llevar Placa.

Dije fervientemente:

—Sé que tengo mucha suerte, Amo.

—Sí —soltó un tentáculo y me hizo señas—. Acércate, chico.

Fui hasta el borde del estanque. Me acarició con el tentáculo, baboso a causa del agua, y yo hice lo que pude por disimular la repulsión que sentía. Él dijo:

—Me alegro de esta amistad, chico. Sobre todo me ayuda a sobrellevar la Enfermedad. En el libro del que te hablé, el humano le daba a su perro cosas que le gustaban. ¿Deseas alguna cosa, muchacho?

Vacilé un momento y dije:

—Me gustan las maravillas de la Ciudad, Amo. Me haría feliz ver más.

—Eso es fácil, —me dio un último golpecito con el tentáculo, lo retiró y se dispuso a salir del estanque—. Ahora quiero comer. Prepárame la mesa.

Al día siguiente la Enfermedad había remitido y el Amo volvió al trabajo. Me dio un objeto para que me lo pusiera en la muñeca y me explicó que cuando me necesitara sonaría un ruido parecido al de muchas abejas, independientemente de en qué parte de la Ciudad me encontrara. Entonces yo tendría que acudir junto a él, pero, de no ser así, podía salir a pasear: no era necesario, por ejemplo, que me quedara en la habitación comunal de su lugar de trabajo.

Me sorprendió que se acordara de mi petición, pero aún había más. Me llevó de hecho a visitar la Ciudad. Algunas de las cosas que vi carecían de interés y otras eran incomprensibles; recuerdo una pirámide pequeña en cuyo interior no había más que unas burbujas de colores que ascendían danzando lentamente hasta el ápice y luego descendían por los laterales inclinados. Lo que me explicó el Amo carecía para mí del más mínimo sentido. También hicimos varios viajes a los jardines-lago, que eran versiones mayores de los jardines de agua, cosa que me obligaba a pasar mucho tiempo de pie o sentado mientras él se metía en las aguas hirvientes. Me invitaba a admirar su belleza y yo le obedecía dócilmente. Eran espantosas.

Pero también me llevó al lugar del que había hablado Fritz, donde estaba el globo cubierto de mapas y las paredes con estrellas luminosas que se movían contra la profunda oscuridad cuando el Amo le hablaba en su idioma a una máquina. Eran mapas estelares y en uno de ellos me mostró la estrella de uno de cuyos planetas habían partido los Amos hacía muchísimo tiempo. Hice un esfuerzo tratando de memorizar su posición, aunque no veía qué utilidad podía tener aquello.

Y un día me llevó a la Pirámide de la Belleza.

Una cosa que me tenía intrigado desde que llegué a la Ciudad era que todos los esclavos eran varones. Eloise, la hija del Comte de la Tour Rouge, había sido elegida Reina del Torneo y después se había ido contenta, según me dijo, a servir a los Trípodes en su Ciudad. Yo pensé que a lo mejor la encontraba aquí; lo deseaba y no lo deseaba. Habría sido terrible verla ajada como el resto de los esclavos, su belleza aplastada por la gravedad y el calor pegajoso de este lugar. Pero no vi ninguna chica,

y cuando se lo pregunté, Fritz me dijo que tampoco había visto a ninguna. Pero aquella tarde, mientras me arrastraba junto a mi Amo y el sudor se me acumulaba bajo la barbilla, las vi.

Nos acercábamos, no a una pirámide, sino a una especie de pirámides unidas por cerca de la base (media docena de cúspides menores arracimadas en torno a una pirámide situada en el centro). Quedaba muy lejos, a dos novenos (es decir, a más de media hora) de la zona donde vivía mi Amo, en vehículo. Vi muchos Amos paseando, unos cuantos acompañados de sus esclavos. Entramos en la primera pirámide y casi di un grito cuando vi lo que tenía delante: un jardín de flores terrestres, con toda la intensidad del rojo, azul, amarillo, rosa y blanco; casi se me habían olvidado, estando rodeado de aquel perpetuo crepúsculo verde, viendo sólo las plantas feas y oscuras de los jardines acuáticos.

Vi que no podía tocarlas: estaban protegidas de la atmósfera de la Ciudad por aquel material parecido al vidrio. Pero tardé más tiempo en darme cuenta de otra cosa: que, a pesar de la apariencia de vida, allí sólo había muerte. Lo vi por primera vez cuando distinguí sobre el terciopelo carmesí de una rosa una esferilla de oro: era una abeja. No se movía. Miré con más cuidado y vi más abejas, mariposas, todo tipo de insectos vistosos, pero todos inmóviles. Y las mismas flores estaban rígidas e inertes.

Era un espectáculo, una exhibición para que los Amos pudieran contemplar la verdadera vida del mundo que habían conquistado. En el interior había incluso luz blanca en vez de verde, lo cual hacía que los colores brillaran con una intensidad deslumbrante. Más adelante había un claro de bosque, con ardillas en las ramas, pájaros suspendidos, no sé cómo, en el aire, un arroyo ondulante y, en la orilla, una nutria que tenía un pez entre las mandíbulas. Pero todo hierático, muerto. No se parecía en nada al mundo que yo conocía, una vez disipada la sorpresa del reconocimiento inicial; porque el mundo que yo conocía estaba vivo, en movimiento, palpitante.

Había docenas de cuadros diferentes; algunos no me eran familiares. En uno se veía una charca oscura, no muy distinta de algunos jardines de agua, en la que flotaban dos criaturas extrañas que bien pudieran haber sido un par de troncos de no ser por sus mandíbulas abiertas en las que relucían unos terribles dientes blancos. Unos Amos que llevaban mascarillas parecidas a las que usábamos los esclavos estaban trasladando algunos, y mi Amo me explicó que los cambiaban a todos por turno. Pero no hacían sino sustituir una muerte por otra.

Sin embargo, el Amo tenía en perspectiva un objetivo específico, y pasamos por delante de todo esto sin detenernos, camino de la pirámide central. Allí había una rampa que subía formando una espiral que se iba estrechando y que tenía salidas en distintos pisos. Yo le seguía afanosamente. Estaba, como siempre, cansado, después

de un cuarto de hora andando, y la rampa era muy empinada. No tomamos la primera salida. En la segunda me hizo pasar por una abertura triangular y me dijo.

—Mira, chico.

Miré y el sudor salado de mi rostro se mezcló con el flujo, más salado aún, de mis lágrimas; no eran lágrimas sólo de dolor, sino de rabia, una rabia, creo, como nunca había sentido.

El vicario de Wherton tenía una habitación que llamaba su estudio y allí había un armario de madera fina con muchos cajones. En una ocasión me mandaron allí a hacer un recado y él tiró de los cajones y me enseñó lo que guardaban. Bajo un cristal había numerosas hileras de mariposas clavadas con alfileres, con sus vistosas alas extendidas. Me acordé de aquello cuando vi lo que se exhibía aquí. Pues eran hileras de urnas, todas transparentes, y en cada urna había una muchacha, vestida con sus mejores galas.

El Amo dijo:

—Son hembras humanas que traen a la Ciudad. Tus gentes las eligen por su belleza y los Amos encargados de este lugar hacen una nueva selección. De vez en cuando se deshacen de alguna, pero las que son verdaderamente hermosas se quedarán aquí para siempre, a fin de que los Amos puedan admirarlas. Mucho después del Plan.

Sentía demasiado odio y amargura como para prestar atención a aquel críptico comentario sobre el Plan. Hubiera querido tener uno de aquellos huevos de hierro que encontramos en la gran ciudad. Él repitió:

—Para que los Amos puedan admirarlas siempre. ¿No es hermoso, chico?

Dije, ahogándome:

—Sí, Amo. Es hermoso.

—Hacía tiempo que no las veía, —dijo el Amo—. Por aquí, chico. Hay algunos buenos ejemplares en esta hilera. A veces tengo dudas sobre el destino de nuestra raza, extendernos por toda la galaxia y dominarla. Pero por lo menos sabemos valorar la belleza. Conservamos lo mejor de los mundos que encontramos y colonizamos.

Yo dije:

—Sí, Amo.

Ya he dicho que quería y no quería encontrarme a Eloise en la Ciudad. Ahora en este lugar odioso, aquel deseo y su opuesto se multiplicaron por mil. Mis ojos buscaban ávidamente algo de lo que no podrían sino apartarse con asco y revulsión.

—Aquí todas tienen el pelo rojo, —dijo el Amo—. No es frecuente entre los de tu raza. Los tonos de rojo son distintos. Fíjate en que siguen una disposición que va del rojo claro al oscuro. También veo que hay más tonos intermedios desde la última vez que vine.

Yo no buscaba cabellos rojos con la mirada, sino negros, un negro intenso que

sólo había visto una vez; una mata de pelo que sobresalía a través de la mal a plateada de la Placa cuando le quité bromeando el turbante en aquel jardincillo que estaba entre el castillo y el río.

—¿Quieres continuar, chico, o ya has visto bastante?

—Me gustaría seguir, Amo.

El Amo emitió una especie de zumbido, señal de que se sentía complacido. Supongo que le alegraba la idea de que estaba haciendo feliz a su amigo esclavo. Él iba primero y yo le seguía; y por fin la vi. Llevaba aquel sencillo traje azul con lazos blancos que luciera en el torneo, cuando el bosque de espadas destelló argénteo bajo el sol y todos los caballeros le aclamaron como Reina. Tenía los ojos castaños cerrados pero el marfil de su pequeño rostro ovalado estaba delicadamente teñido de rosa. De no ser por la urna, que era muy parecida a un ataúd, y por los otros cientos de muchachas que la rodeaban, hubiera podido pensar que dormía.

Pero en su cabeza no había ni turbante ni corona. Su pelo creció durante las semanas que siguieron a aquel encuentro del jardín. Miré sus rizos cortos. Cubrían, mas no ocultaban del todo, lo único que llevaba en la cabeza: la Placa que le había hecho venir de buen grado a este lugar monstruoso.

—También es un buen ejemplar, —dijo el Amo—. ¿Ya has visto bastante, chico?

—Sí, Amo, —le dije—. He visto bastante.

## CAPÍTULO 9

### UN GOLPE A LA DESESPERADA

Los días y las semanas pasaban siempre en la misma penumbra verde, pero a veces el crepúsculo no era tan oscuro y entonces sabíamos que fuera hacía un buen día de verano y que el sol calentaba en medio de un cielo azul y despejado. Desde el interior de la Ciudad lo único que se veía era un disco pálido, un pequeño círculo de un verde más claro que sólo era visible cuando estaba cerca del cenit. Pero el calor no variaba, ni tampoco aquella presión que aplastaba el cuerpo. Y día tras día el peso y el calor iban consumiéndole a uno la fuerza. Cada noche, al acostarme, agradecía más aquel lecho duro; levantarme por la mañana me costaba un esfuerzo cada vez mayor.

La cosa no mejoraba por el hecho de que el Amo me mostrara claramente un apego que crecía con el tiempo. Sus caricias, al principio un hecho aislado, se convirtieron en un ritual diario y yo me vi forzado a corresponderle haciendo algo parecido. Tenía un lugar en la espalda, por encima del tentáculo posterior, donde le gustaba que le rascarán y frotaran. Él me pedía que lo hiciera con más energía, indicándome puntos más arriba o más abajo. Su piel dura y abrasiva me dejaba sin uñas y aun así él seguía pidiéndome más. Por fin encontré un utensilio (un objeto que recordaba vagamente a un cepillo pero con una forma muy curiosa) que producía un efecto igual o parecido. Así salvaba las uñas, pero no los músculos del brazo derecho, pues siempre me pedía más.

Una tarde, mientras le frotaba resbalé y al darse él la vuelta al mismo tiempo le rocé levemente con aquel utensilio en el otro lado del cuerpo, entre la nariz y la boca. El resultado fue asombroso. Dio un fuerte alarido y un momento después yo estaba tumbado de espaldas; me había lanzado con fuerza contra el suelo merced a una acción refleja de dos tentáculos. Allí me quedé, medio aturdido. Los tentáculos volvieron a recogerme y no me cupo ninguna duda de que me esperaba otra paliza. Pero en vez de eso me puso de pie.

Al parecer su acción fue instintiva y defensiva. Me explicó que aquel punto que tenían los Amos entre las dos aberturas era extraordinariamente sensible. Tenía que procurar no tocarlo. Se podía herir seriamente a un Amo si se le golpeaba en aquel punto. Dudó un momento y luego prosiguió: semejante golpe podía incluso causarle la muerte.

Adopté el aspecto compungido y arrepentido propio de un esclavo en tales circunstancias. Seguí frotándole y rascándole en el lugar original y pronto se sintió calmado. Me rodeaba con sus tentáculos correosos como si fuera un pulpo asquerosamente cariñoso. Media hora después recibí permiso para retirarme al refugio y allí acudí presuroso; pese a lo cansado que estaba, antes de echarme anoté en el diario que llevaba este nuevo dato tan importante.

Lo llevaba desde hacía tiempo. Cuando aprendía cosas nuevas, por triviales que fueran, las anotaba. Era mejor que confiar en la memoria. Seguía sin tener ni idea de cómo sacar el diario de la Ciudad, o cómo salir yo mismo; pero era importante seguir acumulando información. Me sentía orgulloso de mi ingenio en relación con el diario. Uno de los favores que me hizo mi Amo fue llevarme al lugar donde se guardaban los libros y permitirme volver con algunos libros de relatos para leer en los ratos libres. Descubrí que uno de los líquidos negruzcos que empleaba para preparar algunas comidas del Amo podía servir de tinta y me construí una pluma primitiva con la que escribía. No resultaba fácil, pero logré tomar notas en los márgenes de las páginas del libro; sin el menor riesgo de que me descubrieran, pues mi Amo no podía entrar en el refugio: no le resultaba posible respirar el aire humano.

Aparte del diario también seguí informando a Fritz de estas cosas cuando nos veíamos, por supuesto; y él me pasaba toda la información que reunía. La Ciudad le estaba haciendo pagar un precio muy elevado (la Ciudad y, especialmente, su Amo). En una ocasión estuve varios días sin verle. Fui dos veces a la pirámide de su Amo y pregunté a otros esclavos que estaban en la zona comunal. La primera vez no averigüé nada pero la segunda me dijeron que estaba en el hospital de esclavos. Les pregunté dónde estaba y me lo dijeron. Quedaba muy lejos, demasiado como para ir en aquel momento. Tendría que esperar a que mi Amo se fuera a trabajar.

El hospital ocupaba parte de una pirámide; el resto eran almacenes. Era mayor que todas las zonas comunales que conocía y tenía camas, pero había pocos indicios de lujo. Lo había fundado en el pasado un Amo bastante más benevolente que los demás para ocuparse de aquellos esclavos que, habiéndoles fallado las fuerzas debido al exceso de trabajo o a cosas similares, no estaban todavía acabados hasta el punto de necesitar acudir al Lugar de la Liberación Feliz. Al frente de aquello habían puesto a un esclavo al que con el tiempo le permitieron elegir un ayudante, que se convirtió en su sucesor. Así había funcionado desde entonces, sin que los Amos lo supervisaran ni apenas le prestaran atención. Cuando un esclavo sufría un desvanecimiento le llevaban al hospital, si no se recuperaba prontamente por sí mismo. Allí permanecía descansando hasta que se encontraba mejor o bien llegaba a la conclusión de que era la hora de su Liberación Feliz.

Claro que no había necesidad de ninguna supervisión, pues los esclavos, por encima de toda otra cosa, deseaban servir a los Amos o, si ya no eran capaces de servirles, acabar con su vida. Encontré a Fritz en una cama, algo apartado de los otros tres pacientes que había en aquel momento, y le pregunté qué había sucedido. Me contó que le mandaron a un recado después de darle una paliza, sin haberle dejado reponerse en el refugio, y por el camino había tenido un desmayo. Le pregunté qué tal se sentía y me dijo que mejor. No tenía aspecto de haber mejorado mucho. Dijo:

—Mañana vuelvo con el Amo. Si ha cogido a otro esclavo, entonces iré al Centro de Elección, a ver si me quiere otro Amo. Pero no creo que ninguno me elija. Dentro de poco llega otra remesa, procedente de unos Juegos que se celebran en el este. No querrán a nadie tan débil como yo.

Dije:

—¿Entonces pasarás a formar parte del grupo comunal? Puede que sea mejor.

—No, —negó con la cabeza—. Eso es sólo para los nuevos que no encuentran Amo.

—Entonces...

—El Lugar de la Liberación Feliz.

Dije, horrorizado:

—¡No pueden obligarte a hacer eso!

—Resultaría raro que no quisiera hacerlo, y no debemos hacer nada que resulte raro, —logró forzar una especie de sonrisa—. No creo que pase. Los nuevos aún no han llegado, de modo que mi Amo tendrá que esperar también. Creo que volverá a aceptarme, al menos durante algún tiempo. Pero no debo quedarme aquí más de lo necesario.

Dije:

—Tenemos que esforzarnos más por encontrar una forma de salir de la Ciudad. Entonces, si nos ocurriera algo así, podríamos escapar.

Fritz asintió.

—Ya he pensado en eso. Pero no es fácil.

—Si pudiéramos entrar en la Sala de los Trípodes y robar uno... A lo mejor descubriríamos cómo se pone en funcionamiento el mecanismo que lo dirige.

—No creo que tuviéramos muchas posibilidades. Son el doble de altos que nosotros, recuérdalo, y todas las cosas que emplean en la Ciudad (excepto los vehículos diseñados para que los manejemos nosotros) están fuera de nuestro alcance. Y no sé cómo íbamos a entrar en la Sala de los Trípodes. Tendríamos que atravesar la Zona de Entrada y no podríamos justificar nuestra presencia allí.

—Debe de haber algún modo de escapar.

Fritz dijo:

—Sí. Nos hemos enterado de muchas cosas que a Julius le gustaría saber. Uno de nosotros tiene que volver a las Montañas Blancas.

Durante el camino de regreso, y también más tarde, pensé en Fritz. Si después de todo su Amo había escogido a otro esclavo y se negaba a que él volviera... Aun cuando no fuera así, estaba muy débil, y cada vez más. No era sólo por las palizas: su Amo le encargaba deliberadamente cometidos que exigían más fuerza de la que él tenía. Procuré recordar la época, no tan lejana, en que me sentía resentido con él porque aparentemente había usurpado el puesto de Henry en nuestra expedición.

Ahora, pese a que nos veíamos espaciadamente y durante breves períodos, me sentía más próximo a él de lo que jamás lo estuve con respecto a Henry o a Larguirucho; como si fuéramos hermanos.

Cuando más se disfruta de la amistad es en los momentos favorables, mientras brilla el sol y el mundo es amable. Pero lo que une a los hombres es compartir la adversidad. Los dos éramos esclavos de estos monstruos y de entre todos los esclavos de la Ciudad sólo nosotros dos entendíamos lo que nos estaban haciendo: ellos eran monstruos a los que servíamos por fuerza, no dioses a los que atendíamos de buen grado. Este infortunio era un vínculo que nos unía. Aquella noche pasé mucho rato despierto, preocupado por él, intentando planear algún modo de escapar de la Ciudad. Estaba claro que a él le haría falta antes que a mí. Se me ocurrieron toda clase de ideas locas (como escalar la cara interior de la Muralla dorada y abrir un agujero en aquel material parecido al vidrio que formaba la cúpula). Tumbado, sudaba y me desesperaba.

Al día siguiente volví a ver a Fritz. Había salido del hospital y su Amo le había aceptado nuevamente. Ya le había vuelto a pegar. La urgencia de descubrir una salida había disminuido, pero no mucho.

En una ocasión me había preguntado por qué los Amos se habrían tomado la molestia de aprender nuestros idiomas en lugar de hacer que los esclavos aprendieran el suyo, pero en realidad resultaba evidente. Los Amos vivían muchísimo más tiempo que los hombres normales, y los esclavos de la Ciudad eran, en comparación como esos insectos que viven solamente un día. Cuando un esclavo fuera capaz de entender un mínimo ya no estaría en buenas condiciones para servir. Me imagino que habría también otros factores. De este modo los Amos conservaban un medio de expresión privado. Además era verdad que ellos disponían de un medio de aprendizaje del que carecían los hombres: no necesitaban libros sino que, de algún modo, transferían los conocimientos de una mente a otra, y así les resultaba más fácil adquirir este tipo de destrezas. Mi Amo me hablaba en alemán, pero sabía hablar en otros idiomas a esclavos de otros países. La división de los hombres en razas distintas incapaces de entenderse entre sí le resultaba divertida. Al parecer los Amos habían pertenecido desde siempre a una raza única y entre ellos existía una unidad que los hombres habían dado pocas muestras de ser capaces de conseguir, incluso antes de que ellos llegaran.

Esto, al igual que otras cosas humanas, aparte de divertirle le atraía en cierto modo. Había estudiado a la humanidad con más atención que la mayoría del resto de los Amos (leía los libros antiguos y aun así me acosaba a preguntas), y su actitud hacia nosotros resultaba extraña. En ella se combinaban el desdén y el asco, la fascinación y la pena. Esto último se ponía de manifiesto cuando le sobrevenían

accesos de melancolía (fases menores dentro del proceso de la Enfermedad) y se pasaba largos períodos en el jardín de agua, inhalando burbujas de gas. Durante uno de ellos me dijo más cosas sobre el Plan.

Le había llevado la tercera burbuja de gas y me había visto forzado a someterme a las caricias habituales de sus tentáculos, de tacto baboso al haber estado sumergidos; él había empezado a lamentarse de que esta amistad maravillosa de que gozábamos tuviera que durar tan corto tiempo, pues yo, su perro, que ya estaba de todos modos destinado a tener una breve vida humana, habría de verla aún más reducida por las condiciones bajo las cuales vivía en la Ciudad. (No se le ocurrió pensar que aquella reducción se podría evitar si me liberaba, permitiéndome llevar una vida normal en el exterior, y yo no podía, naturalmente, sugerirlo sin dar la impresión de que prefería semejante cosa antes que un par de años de triste gloria en calidad de esclavo). No se trataba de un tema nuevo. Ya se había ocupado de él con anterioridad y yo había hecho lo posible por simular extrañeza, veneración y una satisfacción inefable por mi suerte.

Sin embargo en esta ocasión el descontento que expresó ante la proximidad de mi muerte dio paso a la especulación, e incluso a la duda. Comenzó a nivel personal. Me había vuelto a preguntar por mi vida antes de venir a la Ciudad y yo le pinté un retrato, mezcla de verdad y falsedad, que ya había esbozado con anterioridad (estoy seguro de que a veces había inconsistencias, pero él no parecía fijarse en ellas). Hablé de nuestros juegos infantiles y, después, de la Fiesta de Navidad, que yo sabía que en el sur era más o menos igual que en Wherton, sólo que en las montañas era más probable que nevara. Le hablé del intercambio de regalos, del servicio religioso y de la fiesta que había después; del pavo asado relleno de castañas, rodeado de brillantes salchichas morenas y de patatas doradas; del llameante pastel de ciruelas. Se lo describí con cierta viveza porque, a pesar del calor y de mi creciente debilidad, se me hacía la boca agua de pensar en ello, comparándolo con la desastrosa comida que nos mantenía vivos aquí.

El Amo dijo:

—No se puede compartir el placer de otra criatura, aunque sea una criatura de más baja condición, pero me doy cuenta de que eso era para ti un gran placer. Y si no hubieras ganado en los Juegos, habrías seguido disfrutando de esos placeres durante muchos más años. ¿Piensas alguna vez en eso, chico?

Dije:

—Pero al ganar en los Juegos se me permitió venir a la Ciudad, donde puedo estar contigo, Amo, y servirte.

Se quedó callado. De la burbuja de gas ya no emergía la neblina parduzca y, sin que me lo ordenara, me levanté y le traje otra. La aceptó, todavía callado, la colocó en su lugar y la presionó. Cuando se acabó el gas, dijo:

—Sois tantos, año tras año... es algo triste, chico. Pero no es nada comparado con esa oscura sensación que tengo cuando pienso en el Plan. Y no obstante, así ha de ser. Esa es la finalidad de las cosas, después de todo.

Hizo una pausa, guardó silencio, y después comenzó nuevamente a hablar. Habló del Plan.

Como ha dicho, había varias diferencias entre el mundo del que procedían los Amos y la Tierra. Su mundo era más grande, de modo que los objetos situados en la superficie pesaban mucho más; y también era más húmedo y más caluroso. Estas cosas no tenían gran importancia. En la Ciudad había máquinas que generaban aquella pesadez que yo conocía tan bien, pero los Amos podrían haber vivido prescindiendo de ellas. La pesadez actual era inferior a la que existía en su planeta y ellos o sus sucesores podían aprender a vivir de modo natural en un mundo así. En cuanto al calor, al parecer había zonas de la Tierra bastante calurosas, muy al sur, donde estaban las otras Ciudades.

Pero había, por supuesto, otra diferencia a la que no podían adaptarse: el hecho de que nuestra atmósfera era para ellos tan venenosa como la suya para nosotros. Esto significaba que fuera del enclave de las Ciudades sólo podían ir protegidos; y no sólo con una mascarilla que cubriera la cabeza, como íbamos los esclavos aquí, sino con todo el cuerpo cubierto por una envoltura verdosa, ya que la luminosidad del sol también les hacía daño en la piel. De hecho, salvo en ocasiones excepcionalmente raras, jamás dejaban el refugio que les proporcionaban los Trípodes, y en esta parte fría de la Tierra no lo hacían bajo ningún concepto.

Sin embargo, estas condiciones se podían cambiar y se cambiarían. El éxito de la expedición, la conquista de este mundo, había sido comunicado a su planeta natal. Se habían enviado muestras de aire, de agua y de otros elementos naturales. Sus sabios los habían estudiado y en el momento oportuno se envió un mensaje: se pude modificar la atmósfera de la Tierra a fin de que los Amos la habiten de modo natural. A su debido tiempo, la colonización sería completa.

Pero aún era pronto. Habría que crear máquinas poderosas y aunque algunas piezas se podían fabricar aquí, otras debían enviarse a través de los abismos espaciales. Una vez colocadas en un millar de lugares diferentes de la Tierra, absorberían nuestro aire y exhalarían un aire apto para los Amos. Sería denso y verde, como el aire que hay dentro de la cúpula de la Ciudad y a medida que se extendiera se oscurecería la luz y los seres vivos que existían ahora, —flores, árboles, animales, pájaros y hombres—, se asfixiarían y morirían. Se calculaba que al cabo de diez años de la instalación de las máquinas el planeta sería apto para que lo habitaran los Amos. Mucho antes de eso habría perecido la raza humana.

Me sentí horrorizado por lo que oía, por la revelación de que el sometimiento del hombre no era, como habíamos pensado, un mal definitivo, sino el preámbulo de su

aniquilación. Logré hacer algún comentario vacío relativo a que todo lo que desearan los Amos era bueno. Mi Amo dijo:

—Tú no lo entiendes, chico. Pero a algunos de nosotros nos entristece la idea de tener que suprimir las cosas y las criaturas que están viviendo ahora en este mundo. Para la mente es una carga pesada.

Agucé los oídos. ¿Sería posible que los Amos estuvieran realmente divididos, pese a que dijeran no entender las divisiones de los hombres? ¿Habría una posibilidad de desunión que pudiéramos nosotros explotar? Pero él prosiguió:

—Los que pensamos así creemos que se deberían establecer unos lugares donde pudieran seguir viviendo algunas criaturas. Las Ciudades, por ejemplo. Se podían disponer las cosas de modo que pudieran refugiarse en su interior algunos hombres, animales y plantas. Y los Amos podrían visitarlas, con mascarilla o en vehículos protegidos, y contemplar a estas criaturas; no muertas, como en la Pirámide de la Belleza, sino vivas. ¿Verdad que estaría bien, chico?

Pensé en lo mucho que le odiaba, que les odiaba a todos, pero sonreí y dije:

—Sí, Amo.

—Algunos dicen que esto no es necesario, que es desperdiciar recursos, pero yo creo que se equivocan. Después de todo, nosotros los Amos sabemos valorar la belleza. Preservamos lo mejor de los mundos que colonizamos.

Lugares donde podrían vivir un puñado de hombres y animales, protegidos por un cristal, para satisfacer la curiosidad y la vanidad de los Amos... «Sabemos valorar la belleza...». Se hizo un silencio durante el cual cada uno pensó algo distinto sobre lo que se acababa de decir. Se prolongaba, y la necesidad de conocer la respuesta a la única pregunta vital me apremiaba. Tuve que asumir el riesgo de preguntárselo. Dije:

—¿Cuándo, Amo?

Movió un tentáculo en señal de interrogación.

—¿Cuándo...? —repitió.

—¿Cuándo comenzará el Plan, Amo?

De momento no respondió y yo pensé que tal vez le hubiera sorprendido mi pregunta; tal vez incluso sospechara. A estas alturas yo ya era capaz de leer en él algunas de sus reacciones más obvias, aunque muchas quedaban ocultas. Sin embargo, dijo:

—La gran nave ya está muy adelantada en su viaje de vuelta, y trae las cosas necesarias. Llegará dentro de cuatro años.

Cuatro breves años antes de que las máquinas empezaran a vomitar veneno. Yo sabía que Julius suponía que disponíamos de tiempo suficiente, que la siguiente generación, o la otra, podrían conducir al triunfo final la campaña que habíamos iniciado nosotros. Súbitamente el tiempo se convertía en un enemigo tan implacable como los propios Amos. Si fracasábamos y había que volver a intentarlo el año

siguiente, habríamos perdido una cuarta parte del intervalo cruelmente corto en el que teníamos posibilidades de actuar.

El Amo dijo:

—La vista de la gran nave surcando la noche como una cometa es espléndida. Espero que la veas, chico.

Quería decir que tenía la esperanza de que yo viviera hasta entonces: cuatro años eran un período muy largo para un esclavo de la Ciudad. Dije, fervorosamente:

—Así lo espero, Amo. Será un momento glorioso y feliz.

—Sí, chico.

—¿Puedo traerte otra burbuja de gas, Amo?

—No, chico. Creo que voy a comer. Puedes prepararme la mesa.

Fritz dijo:

—Entonces uno de los dos tiene que irse.

Asentí. Estábamos en la zona comunal de la pirámide de Fritz. Se hallaban presentes una docena de esclavos, dos jugando a las cartas y el resto tumbados, sin hablar siquiera. En el mundo exterior estaría comenzando el otoño; esta mañana haría un poco de frío, después de la helada nocturna. En la Ciudad el calor sofocante era inalterable. Nos sentamos aparte y hablamos en voz baja.

Dije:

—Supongo que no habrás averiguado nada.

—Sólo que por la Sala de los Trípodes es imposible. Los esclavos que trabajan en la Zona de Entrada no tienen nada que ver con los que están dentro de la Ciudad. Son los que no han elegido los Amos y tienen envidia de los que entran aquí. No permitirían que nadie se dirigiera en dirección contraria.

—Si pudiéramos entrar por medio de una estratagema... atacarles...

—Son demasiados, según creo. Y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Tu Amo te habló del Trípode destruido. Saben que hay cierto peligro, pero creen que procede sólo de los chicos que aún no tienen Placa. Si descubren que hemos conseguido entrar en la Ciudad con Placas falsas..., no deberían enterarse de eso.

—Pero, si se escapa uno de nosotros, —argüí—, ¿eso no les pondrá sobre aviso de todos modos? Nadie que lleve una Placa auténtica querría irse de la Ciudad.

—A menos que lo haga por el lugar de la Liberación Feliz. No se efectúa ningún control de los que acuden allí. Tenemos que conseguir que parezca que ha ocurrido así, y la huida se mantendrá en secreto.

—Cualquier forma de huir vale más que ninguna. Debemos suministrar información a Julius y a los demás.

Fritz hizo un gesto de aquiescencia y yo volví a fijarme en su delgadez; el rostro,

pese a estar demacrado, contrastaba por su tamaño con el frágil cuello. Si sólo podía huir uno, debía ser él. Yo tenía un Amo amable para lo que se acostumbraba allí y podría aguantar un año o más. Me había dicho que esperaba que yo viera cómo la gran nave regresaba en todo su esplendor. Pero Fritz no llegaría al final del invierno a menos que se fuera: de eso no cabía duda.

Fritz dijo:

—Sólo se me ha ocurrido una cosa.

—¿De qué se trata?

Dudó y dijo:

—Sí, más vale que lo sepas, aunque no es más que una idea. El río.

—¿El río?

—Penetra en la Ciudad, lo purifican y lo adaptan a las necesidades de los Amos. Pero también tiene una salida. ¿Te acuerdas de que vimos el canal de salida al otro lado de los muros? Si pudiéramos dar con el lugar desde el interior... Tal vez cupiera la posibilidad.

—Claro, —lo pensé—. Seguramente el río entra por el otro lado de la Ciudad.

—Seguramente, aunque no tiene por qué ser así. Pero en aquella zona es donde viven los Amos que no tienen esclavos. Allí no se puede indagar con tanta facilidad sin llamar la atención.

—Vale la pena intentarlo.

—Vale la pena intentar cualquier cosa.

Fritz dijo:

—En cuanto encontremos un modo de salir, uno de los dos tiene que irse.

Asentí. De eso no había duda, ni tampoco de quién tenía que ser. Pensé en la soledad que entrañaba quedarse atrás, sin tener ningún amigo en este lugar odioso, nadie con quien hablar. Excepto, naturalmente, mi Amo. Aquello sólo servía para hacer más estremecedora aún la perspectiva. Pensé en el mundo exterior, en el otoño; ya estarían cayendo y cuajando las primeras nieves en las Montañas Blancas, bloqueando la entrada del Túnel durante otro medio año. Miré el reloj de la pared, que se dividía en períodos y novenos (el tiempo de los Amos). Dentro de unos minutos tendría que volver a ponerme la mascarilla y recoger a mi Amo del trabajo para llevarlo a casa.

Sucedió cuatro días después.

El Amo me mandó a un recado. Una de las costumbres que tenían consistía en friccionarse el cuerpo con diversos aceites y ungüentos; me mandó ir a cierto sitio por un aceite concreto. Parecía una especie de tienda; tenía en el centro una rampa espiral que se estrechaba hacia arriba y había artículos expuestos a diferentes alturas. Digo una tienda, aunque no había nadie encargado, al menos que yo viera, y al parecer no

se pagaba ningún dinero. Esta pirámide estaba mucho más alejada que las otras a las que solía ir. Supuse que el aceite que quería (me dio un recipiente vacío para que lo identificara) no se podría encontrar en ningún lugar más cercano. Recorrí lentamente la Ciudad y empleé una hora bien larga entre la ida y la vuelta; volví agotado y empapado en sudor. Sentía unas ganas atroces de ir a mi refugio, quitarme la mascarilla, lavarme y secarme, pero era inconcebible que un esclavo hiciera algo así sin antes presentarse ante su Amo. De modo que avancé en dirección contraria, hacia la habitación-mirador, esperando encontrarle en el estanque. No estaba allí, sino en un rincón apartado de la habitación. Fui hasta él e hice la inclinación reverencial.

Dije:

—¿Quieres el aceite ahora, Amo, o lo pongo con los otros?

No respondió. Aguardé unos momentos y me dispuse a irme. Podía tratarse de una de esas veces en que se sentía distante y poco comunicativo. Una vez cumplido mi deber, podía dejar el aceite en el armario y retirarme a mi refugio hasta que me llamase. Pero cuando me di la vuelta sacó un tentáculo y me cogió en vilo. Más caricias, pensé, pero no se trataba de eso. El tentáculo me mantenía en alto; los ojos me inspeccionaban sin parpadear.

—Sabía que eras raro, —dijo el Amo—. Pero no sabía hasta qué punto.

No respondí. Me sentía incómodo, pero como me había acostumbrado a las licencias que me otorgaba y, en cierto modo, a sus actitudes extrañas, no tenía miedo.

Él prosiguió:

—Yo quería ayudarte, chico, porque eres amigo mío. Pensé que tal vez fuera posible hacer más cómodo tu refugio. En uno de los libros de relatos de tu gente se habla de un hombre que le proporcionaba a un amigo suyo algo que recibe el nombre de sorpresa. Eso era lo que yo quería hacer. De modo que te mandé salir, me puse una mascarilla y entré en tu refugio. Descubrí algo curioso.

Lo había mantenido oculto por detrás, con otro tentáculo; lo sacó y me lo enseñó: el libro en el que había escrito las notas sobre lo que averiguaba. Ahora sentí una gran inquietud. Me devané los sesos tratando desesperadamente de encontrar algo que decir, una explicación, pero no se me ocurrió nada.

—Un ejemplar raro, —dijo—. Escucha y toma notas en un libro. ¿Con qué objeto? Los humanos que tienen Placa saben que las cosas relativas a los Amos son maravillas y misterios que no es bueno que los hombres aprendan. Yo he hablado de ello y tú has escuchado. Tú eras amigo mío, ¿no es así? Aunque incluso en ese caso resultaba extraño que demostraras poco miedo porque te contaran lo que está prohibido. Un ejemplar raro, como he dicho. Pero después tomar notas, en secreto, en tu refugio... La Placa debería prohibírtelo de modo absoluto. Vamos a examinar tu Placa, chico.

Ahora hizo lo que yo temí que pudiera ocurrir el día que me pegó, el día que me

ordenó volver y me dijo que yo iba a ser su amigo. Mientras me sujetaba en vilo con un tentáculo, desplazó otro hacia la parte inferior de la mascarilla, que era de material blando, y con la punta dura tanteó hacia arriba. Yo notaba cómo la punta, que se había estrechado hasta tener el grosor de una aguja, aunque era dura y precisa, recorría los bordes de la Placa falsa, apretando y pellizcando.

Sumamente extraño, —dijo el Amo—. La Placa no está unida a la carne. Aquí hay algo que va mal, muy mal. Va a ser necesario investigar. Chico, te tienen que examinar los...

La palabra que dijo carecía de significado: me imagino que estaría hablando de un grupo especial de Amos que estudiarían la inserción de Placas. Lo que estaba claro era que yo me encontraba en una situación desesperada. Ignoraba si podrían leer mi mente cuando la examinaran, pero al menos se enterarían de la existencia de Placas falsas y estarían alerta contra nuestra empresa. Evidentemente, examinarían el resto de los esclavos de la Ciudad, en cuyo caso Fritz también estaba perdido.

Sería inútil luchar contra él. Aun en plena forma y con un peso normal, un hombre no era rival frente a la fuerza de los Amos. El tentáculo rodeaba la cintura, de modo que tenía los brazos libres. ¿Pero de qué me servía? A menos que... El ojo, central, situado por encima de la nariz y de la boca de aquella criatura, me miraba fijamente. Sabía que algo iba mal pero todavía no me consideraba un peligro. No se acordaba de lo que me dijo una vez cuando le estaba dando una fricción y se me resbaló el cepillo.

Dije:

—Amo, puedo explicártelo. Acércame.

El tentáculo me acercó a él. No me encontraba a más de dos pies de distancia. Incliné la cabeza hacia la derecha como si fuera a enseñarle algo en relación con la Placa. Aquel movimiento ocultó otro que yo iniciaba, y ya fue tarde para que lo detuviera o me alejara de sí. Con los músculos en tensión, puse hasta la última onza de la fuerza que tenía en un gancho de derecha. Le alcancé en el lugar donde le había rozado con aquel utensilio, entre la boca y la nariz, pero esta vez apoyándome con toda mi fuerza corporal.

Sólo emitió un alarido, que se interrumpió, bruscamente, y al mismo tiempo me arrojó lejos de sí con el tentáculo que me tenía cogido. Me di un fuerte golpe contra el suelo, a varias yardas de distancia, y resbalé hasta el mismo borde del jardín de agua. Apenas estaba consciente cuando me levanté tambaleándome y casi me caigo en las aguas vaporosas.

Pero el Amo se había desplomado al arrojarme. Al í yacía, boca abajo, en silencio.

## **CAPÍTULO 10**

### **BAJO LA MURALLA DE ORO**

Me quedé un momento junto al estanque tratando de pensar qué podía hacer. Estaba aturdido por el golpe y también por mi acción. Con un golpe prácticamente idéntico al que acabó con mi rival en los Juegos había dejado fuera de combate a un Amo. Ya estaba hecho y me parecía increíble. Me quedé mirando la enorme figura caída con sentimientos confusamente encontrados. El asombro y el orgullo se entremezclaban con el temor; aun no teniendo Placa resultaba imposible no sentir temor ante el poder de estas criaturas, ante su tamaño y fortaleza. ¿Cómo me había atrevido yo, un simple humano, a golpear a una de ellas, aunque fuera en defensa propia?

Sin embargo, estos sentimientos se esfumaron, dando paso a un temor más concreto y práctico. Había obrado impulsivamente, forzado por la difícil situación en que me encontraba. Ahora mi situación era casi igual de apremiante. Al atacar a un Amo me había descubierto sin remedio. Tenía que decidir qué hacer a continuación, y tenía que decidirlo rápidamente. Estaba inconsciente, pero... ¿durante cuánto tiempo? Y cuando se recuperara...

Mi instinto me decía que huyera, que me fuera lo más lejos posible de aquel lugar, lo más rápidamente posible. Pero me daba cuenta de que actuar así no era más que sustituir una pequeña trampa por otra mayor. Estaba en un lugar donde no podía sobrevivir mucho tiempo sin entrar en un refugio o en una comunal (donde los demás esclavos, una vez alertados, estarían al acecho del malvado que había osado alzar su mano contra los semidioses).

Recorrí la habitación con la mirada. No se movía nada, exceptuando las chispas que se elevaban una a una en la pequeña pirámide transparente que empleaban los Amos para medir el tiempo. No se había movido. Volví a recordar lo que me había dicho: los Amos podían quedar malheridos si se les golpeaba en aquel punto. Podían incluso morir. ¿Sería posible? Seguro que no. Pero no se había movido; sus tentáculos yacían inertes en el suelo.

Tenía que averiguar la verdad, lo cual implicaba examinarle. Al igual que ocurre con los hombres, en determinados lugares había venas superficiales y, pese a la dureza abrasiva de la piel, se podía percibir el pulso lento y pesado de la sangre. Tenía que comprobarlo. Pero, ante la idea de acercarme a él, el miedo se volvió a adueñar de mí, redoblado. Una vez más quise salir corriendo, huir de la pirámide mientras la salida siguiera estando franca. Me temblaban las piernas. Durante un momento me resultó imposible moverme. Después me obligué a avanzar, de mala gana, hasta donde se encontraba mi Amo.

Lo que tenía más cerca era la punta de un tentáculo. Me agaché, atemorizado; lo

toqué, me estremecí y retrocedí; entonces, haciendo un gran esfuerzo, lo levanté. Estaba inerte y cayó fláccidamente cuando lo solté de nuevo. Me acerqué más, me arrodillé junto al cuerpo y tanteé en busca de la vena que tienen junto a la base del tentáculo, entre éste y el ojo central. Nada; hice presión una y otra vez, venciendo el asco. No había pulso ninguno.

Me levanté y me alejé de él. Lo increíble era más increíble aún. Había matado a un Amo.

Fritz dijo:

—¿Estás completamente seguro?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Totalmente.

—Cuando duermen parece que están muertos.

—Pero les sigue latiendo el pulso. Me fijé una vez que se quedó dormido en el jardín de agua. Está muerto, seguro.

Nos encontrábamos en la zona comunal de su pirámide. Me había metido a hurtadillas en la casa de su Amo, después traje su atención sin que éste me viera y le susurré que teníamos que hablar urgentemente. Bajó un noveno más tarde. Supuso que habría ocurrido algo importante porque ninguno de los dos habíamos intentado nunca establecer contacto de ese modo. Pero la verdad lo dejó desconcertado, como antes me dejara desconcertado a mí. Después de que le asegurara que el Amo estaba efectivamente muerto, se quedó callado.

Yo dije:

—Tendré que buscar una forma de salir. Se me ocurrió intentarlo por la Sala de los Trípodes, aunque es muy difícil. Pero pensé que era mejor decírtelo antes.

—Sí —se cruzó de brazos—. Por la Sala de los Trípodes no se puede. Por donde hay más posibilidades es por el río.

—Pero no sabemos por dónde sale.

—Podemos buscarlo. Aunque nos hará falta tiempo. ¿Cuándo le echarán de menos?

—Cuando tenga que volver a su puesto.

—¿Eso cuándo es?

—Mañana, en el segundo período.

Estábamos a media tarde. Fritz dijo:

—Disponemos de la noche. En todo caso, es el mejor momento para indagar en una zona donde no debería haber esclavos. Pero primero tenemos que hacer otra cosa.

—¿De qué se trata?

—No deben descubrir que alguien que lleva Placa es capaz de desafiar a los Amos, de golpear y matar a uno.

—Ahora que ya lo he hecho es un poco tarde. No sé cómo íbamos a deshacernos del cuerpo, y aunque lo hiciéramos, lo echarían de menos.

—Podríamos hacer que pareciera un accidente.

—¿Tú crees?

—Tenemos que intentarlo. Él te dijo que un golpe ahí podía ser mortal, de modo que seguramente ha sucedido antes, aunque no como consecuencia de una agresión. Creo que deberíamos ir allí enseguida y ver qué podemos hacer. He dejado pendiente un recado que me servirá de excusa. Pero es mejor que no vayamos juntos. Ve tú primero y yo iré dentro de unos minutos.

Asentí:

—Vale.

De vuelta, crucé la Ciudad apresuradamente, pero cuando llegué a mi pirámide vi que mi paso era vacilante y me quedé unos segundos parado en el pasillo exterior, tratando de darme ánimos para apretar el botón que abría la puerta. Tal vez me hubiera equivocado. Tal vez su pulso fuera muy débil, yo no lo hubiera detectado y a estas alturas ya se hubiera recuperado. O tal vez lo hubiera encontrado otro Amo. Era cierto que llevaba una vida solitaria, pero algunas veces se visitaban. Pudiera haber ocurrido así, por mala suerte. Sentí fuertes impulsos de salir corriendo. Creo que fue el saber que Fritz vendría después lo que me dio fuerzas para entrar.

Y no había cambiado nada. Allí yacía, inmóvil, en silencio, muerto. Lo miré fijamente, nuevamente perplejo de ver lo que había sucedido. Aún seguía mirándole cuando oí los pasos de Fritz, que venía.

Él también sintió temor al verlo, pero se recobró enseguida. Dijo:

—Creo que tengo un plan. ¿No me dijiste que utilizaba burbujas de gas?

—Sí.

—Me he fijado en que mi Amo se muestra confuso cuando toma muchas, tanto en sus movimientos como mentalmente. Una vez resbaló y cayó en el jardín de agua. Si pudiera parecer que eso es lo que le pasó al tuyo...

Dije yo:

—Está muy lejos de la piscina.

—Tenemos que arrastrarlo hasta allí.

Dije, dubitativo:

—¿Podremos? Debe de pesar muchísimo.

—Podemos intentarlo.

Lo arrastramos tirando de los tentáculos. El tacto era repugnante, pero se me olvidó con el esfuerzo de intentar moverlo. Al principio parecía que estaba pegado al suelo y pensé que deberíamos abandonar la idea. Pero Fritz, que en aquella época estaba mucho más débil que yo, luchaba contra aquel peso con su cuerpo enflaquecido, lo cual me hizo sentirme avergonzado y tirar con más fuerza. Se movió

un poco, y luego más. Lentamente, jadeando y sudando aún más que de costumbre, parándonos muchas veces, lo arrastramos por la habitación hasta el estanque.

Para completar nuestra labor tuvimos que meternos nosotros también en el estanque. El agua estaba muy caliente, casi no se podía soportar, y en el fondo nuestros pies tocaban un cieno repugnante. El agua nos llegaba por el cinturón que ajustaba las mascarillas. Nos abrimos paso apartando unas plantas que parecían de goma; algunas se nos quedaban enredadas. Después tuvimos que tirar con fuerza de los tentáculos, sincronizando los tirones, arrastrando el cuerpo de costado, dando bruscas sacudidas. Hasta que alcanzamos el punto de equilibrio y medio se derrumbó, medio se deslizó hacia nosotros, rodando hasta el agua como si fuera un pesado tronco.

Salimos y nos quedamos mirándole. El Amo flotaba sobre el agua humeante, tres cuartas partes sumergido, con un ojo apuntando, ciego, hacia arriba. Casi ocupaba toda la anchura del estanque.

Estaba demasiado agotado para pensar. Hubiera podido dejarme caer al suelo y quedarme allí. Pero Fritz dijo:

—Las burbujas de gas.

Abrimos media docena, las apretamos para liberar la neblina parda y las esparcimos en torno al borde del estanque, como habría hecho el Amo después de usarlas. Fritz pensó incluso en volver a meterse en el estanque y dejarle una burbuja adherida. Después fuimos juntos al refugio, nos quitamos las mascarillas, nos lavamos y nos secamos. Necesitaba descansar e insté a Fritz para que hiciera lo mismo, pero dijo que él tenía que volver. Era más importante que nunca no correr riesgos innecesarios. Se nos echaba la noche encima; afuera estarían encendiendo los faroles de luz verde. Regresaría ahora. Cuando yo estuviera preparado debía seguirle y aguardarle en la zona comunal de su pirámide. Él bajaría cuando se acostara su Amo y juntos iríamos a buscar el río.

Cuando se fue, me tumbé un rato, pero me daba miedo quedarme dormido (y quizá encontrarme al despertar con que había otro Amo y con que se había descubierto la muerte). De modo que me levanté e hice los preparativos. Arranqué las páginas del libro donde había tomado mis notas, las guardé en un recipiente vacío y me deshice del resto del libro introduciéndolo en el compartimiento donde se destruían los desperdicios. Cerré el envase y lo metí en la mascarilla antes de ponérmela.

Entonces me asaltó una idea, cogí otros dos envases pequeños y salí del refugio. Uno lo llené con agua del estanque y dejé que el otro se llenara con el aire de los Amos, cerrando los dos. Después volví al refugio y los introduje también en la mascarilla, donde quedaron descansando sobre mi clavícula. Tal vez fueran de utilidad para Julius y los demás.

Todo ello, por supuesto, en el caso de que saliéramos de la Ciudad. Procuré no pensar en las escasas posibilidades que teníamos.

Tuve que esperar a Fritz mucho tiempo, y cuando llegó vi que tenía señales recientes en la espalda y en los brazos. Dijo que sí, que le habían pegado por llegar tarde del recado. Parecía cansado y enfermo. Sugerí que se quedara a descansar mientras yo me iba solo a localizar el río, pero no quiso ni oír hablar de aquello. Yo me orientaba muy mal dentro de la Ciudad y lo único que iba a hacer era dar vueltas en círculo. Esto era completamente cierto: había tardado mucho en aprender a moverme por aquel laberinto, y sólo para ir a ciertos lugares que me eran familiares.

Dijo él:

—¿Has comido últimamente, Will?

Negué con la cabeza:

—No tenía hambre.

—Pero tienes que comer de todos modos. He bajado comida. Además, bebe todo lo que puedas y tómate una barra de sal. Cámbiate las esponjas de la mascarilla antes de que salgamos. No sabemos cuánto tiempo pasará antes de que podamos volver a respirar un aire en condiciones.

Todo esto era cierto y yo no había caído en ello. Estábamos solos en la zona comunal. Engullí la comida que me dio, deshice una barra de sal y me la comí. Bebí agua hasta que me pareció que iba a reventar. Después cambié las esponjas de la mascarilla y me la puse. Dije:

—Supongo que no podemos desperdiciar tiempo.

—No, —su voz me llegaba amortiguada a través de la máscara—. Es mejor que nos vayamos inmediatamente.

Fuera estaba oscuro, exceptuando los lugares donde los faroles formaban pequeños círculos de luminiscencia verde; pensé que parecían luciérnagas gigantescas. El calor no había disminuido, por supuesto. Jamás disminuía. Casi inmediatamente empezó a acumularse sudor en el interior de mi mascarilla. Seguimos avanzando, con aquel paso bamboleante que empleaban los esclavos como mejor manera de contrarrestar la gravedad que soportaban sus miembros. El sector por el que Fritz pensaba que tal vez saliera el río quedaba lejos. En vehículo habríamos llegado rápidamente, pero era inconcebible que unos esclavos viajaran en vehículo a menos que les acompañara un Amo. Teníamos que ir caminando penosamente.

Había pocos Amos y no vimos a ningún esclavo. Fritz sugirió que nos separásemos; él iba delante de mí, justamente en el límite que alcanzaba mi vista. Era posible justificar que un esclavo saliera de noche, pues podía estar haciendo algún recado para un Amo que aún tuviera algo que hacer; dos juntos resultaría raro. Me hice cargo de ello, aunque no me hacía gracia el aislamiento y me costaba no perderle

al tiempo que mantenía la distancia. Íbamos de una zona iluminada a otra y había un tramo intermedio en el que se avanzaba por entre una oscuridad casi total, pues del siguiente farol no se veía más que un tenue resplandor verde a lo lejos. Suponía un esfuerzo para los ojos y para la mente al mismo tiempo, sobre todo en el papel de retaguardia que me había tocado.

La presencia de un Amo se detectaba con cierta antelación. Con los tres pies simétricamente desplegados producían un ruido característico, seco y monótono, sobre el suelo liso y duro. Al pasar bajo un farol lo oí detrás de mí. Y cada vez más fuerte, pues se movía con más rapidez que nosotros. Pensé que podría llegar a mi altura en el tramo oscuro y quise escabullirme. Pero no había ninguna bocacalle por allí y podía levantar sospechas. Y además podía perder el contacto con Fritz. Seguí adelante y me vinieron a la memoria unos versos que encontré en un libro viejo, en casa:

*Como al que por un sendero desolado*

*De su mano el miedo lleva.*

*Una sola vez se ha vuelto, una ha mirado, Ya no vuelve la cabeza:*

*Ahora sabe que un terrorífico demonio*

*Va siguiéndole de cerca.*

Yo no me volví, pero tampoco era necesario, pues sabía muy bien qué tenía detrás. Nos encontrábamos en una parte de la ciudad que me era enteramente desconocida y súbitamente caí en la cuenta de que si me preguntaban no sabría qué responder. Traté de pensar una respuesta, pero tenía la mente en blanco.

Llegué al tramo oscuro; detrás de mí seguía aquel ruido. Pensé que ya debiera haberme dado alcance y llegué al terrible convencimiento de que había aminorado el paso deliberadamente, de que estaba examinándome y se disponía a abordarme. Seguí, esperando que en cualquier momento resonara por detrás la voz del Amo; tal vez me asiera con un tentáculo y me levantara en vilo. Apenas veía la figura de Fritz, que ya se perdía en la oscuridad, después de haber rebasado la siguiente luz. Luz que yo tenía cada vez más cerca. Quise forzar los músculos para iniciar una lenta carrera; sin embargo, no sé cómo, me mantuve fiel a mi resolución inicial. Ya tenía encima aquellas pisadas huecas; me parecía que se oían con más fuerza que nunca. Me rebasaron y sentí que me desplomaba, abandonándome a la debilidad del alivio.

Pero la cosa no quedaba ahí. Fritz ya se había desvanecido en el siguiente tramo oscuro, y a continuación lo hizo el Amo. Yo fui en pos de ellos. La luz se disipó, quedando solamente un fulgor lejano. Después se hizo más nítida. Veía el globo luminoso, suspendido de un largo brazo curvo. E inmediatamente después del mismo...

El Amo estaba allí, y Fritz también. Estaban parados; la alta silueta del Amo se inclinaba sobre Fritz. Oí el lejano sonido de una conversación.

Quise pararme, volver a perderme en las sombras, pero así podía llamar su atención. Tenía que seguir adelante, pasara lo que pasara. Y retirarme significaría abandonar a Fritz. Seguí. Si él se encontraba en un apuro... No iba a presentárseme la oportunidad de engañarle y darle otro puñetazo como el que acabó con la vida de mi Amo. Me vi temblando, al mismo tiempo temeroso y decidido. Después tuve una segunda sensación de alivio: vi que el Amo seguía su camino y a continuación, más lentamente, Fritz.

Me aguardó oculto entre las sobras. Yo dije:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quería saber?

Fritz hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada. Me tomó por el esclavo de un conocido suyo. Creo que tenía que decirle algo. Pero como yo no era el que buscaba, siguió adelante.

Respiré hondo el aire de la mascarilla.

—Creí que todo había terminado.

—Y yo también.

En medio de la oscuridad no me era posible verle, pero advertí que le temblaba la voz. Dije:

—¿Quieres descansar?

—No. Seguiremos adelante.

Una hora más tarde descansamos. En un espacio abierto encontramos un jardín triangular de grandes dimensiones; en uno de los lados había una especie de sauces llorones, sólo que a gran escala, cuyas ramas caían hasta el suelo junto al estanque. Ocultos tras ellas no podía vernos nadie que pasara por allí. Aunque en realidad ya hacía algún tiempo que no veíamos a nadie por las calles y rampas, y tampoco había rastro de ningún Amo ni dentro del estanque ni en los alrededores. Nos tumbamos bajo las frondas viscosas, que, pese a que en la Ciudad no existían los vientos ni las brisas, de vez en cuando nos rozaban levemente. El suelo seguía tirando de nosotros, pero era una delicia no tener que esforzarnos para contrarrestarlo, quedarnos allí, echados, sin movernos. Me hubiera gustado retirar el sudor acumulado en la máscara, pero incluso aquella incomodidad no era más que una molestia menor.

Dije:

—¿Has estado antes en esta parte de la Ciudad, Fritz?

—Sólo una vez. No estamos lejos de los límites.

—¿Frente a la entrada del río?

—Más o menos frente a ella.

—Entonces cuando encontremos la Muralla podremos empezar a buscar el desagüe.

—Sí. Desde luego, en adelante tendremos que andarnos con más cuidado. No es hora de estar haciendo recados, y estamos llegando a la zona donde viven los Amos que no tienen esclavos. Hemos de ser más precavidos.

—Tampoco parece que ellos salgan de noche.

—No. Es una suerte. Pero no podemos estar completamente seguros. ¿Tienes sed?

—Un poco. No mucha.

—Yo sí. Aunque de nada sirve pensarlo. Puesto que no hay esclavos en esta parte de la Ciudad, no habrá zonas comunales, —se puso lentamente en pie—. Creo que es mejor que sigamos.

Durante la búsqueda vimos cosas raras. Una era un gran hueco, un triángulo de cien yardas de lado, muy profundo; en el fondo brillaba una luz verde sobre un líquido viscoso e hirviente en cuyo seno se formaban lentamente burbujas que estallaban. En otro lugar había una complicada estructura a base de varas metálicas y pasarelas que ascendían, perdiéndose en la oscuridad de la noche, y que al parecer apuntaban hacia unas luces situadas muy por encima de nuestras cabezas. Una vez, al volver una esquina, Fritz, que iba delante de mí, se detuvo, pero me hizo señas para que me acercara. Así lo hice, con sigilo, y juntos contemplamos la escena. Era un pequeño jardín de agua en el que sólo había unas pocas plantas de escasa altura. Dentro había dos Amos; uno era el que habíamos visto venir hacia este sector. Estaban enzarzados en lo que parecía un combate normal, con los tentáculos entrelazados, forcejeando; su lucha y sus movimientos agitaban las aguas. Nos quedamos mirando unos momentos, y después, sin entender nada, nos volvimos en silencio y fuimos por otro camino.

A su debido tiempo llegamos a la Muralla. Bajamos por una rampa situada entre dos pirámides pequeñas y nos encontramos frente a ella. Se extendía a derecha e izquierda, dorada incluso bajo el verde mortecino de los faroles; en la lejanía se perdía su leve curvatura cóncava. Tenía la superficie lisa y dura, sin fisuras; no ofrecía ni un solo punto de apoyo, y hasta donde alcanzaba la vista, tanto por arriba como por los lados, no se apreciaba ninguna modificación. Contemplarla resultaba desalentador.

Dije:

—¿Crees que estamos cerca de donde debiera encontrarse el río?

A la luz del farol vi cómo subían y bajaban las costillas de Fritz. Yo estaba agotado, pero él lo estaba mucho más. Dijo:

—Tendríamos que estarlo. Pero es un río subterráneo.

—¿Habrá algún modo de bajar?

—Esperemos que sí.

Miré aquella pared sin accidentes.

—¿En qué dirección vamos?

—Da igual. Por la izquierda. ¿Tú oyes algo?

—¿Como qué?

—Ruido de agua.

Escuché atentamente.

—No.

—Ni yo tampoco, —sacudió la cabeza, como si quisiera despabilarse—. Por la izquierda mismo.

Poco después comenzó a acuciarme la sed. Intenté deshacerme de aquel pensamiento, pero se volvía a adueñar de mí a cada momento. Después de todo, estábamos buscando agua. Me la imaginé: fría, cristalina, como los arroyos que bajaban de las Montañas Blancas. Era una imagen que me atormentaba, pero no me la podía quitar de la cabeza.

Siempre que encontrábamos una rampa descendente investigábamos. Íbamos a parar a misteriosos laberintos; en algunos se amontonaban cajas, bidones, esferas de metal; en otros había máquinas que despedían ruidos, zumbidos y, a veces, chispas. En la mayoría no había nadie, pero en unos pocos lugares se veían dos o tres Amos que manipulaban unos paneles llenos de agujeros y botones. Caminábamos en silencio, cautelosamente, y no nos vieron. En una gran caverna se fabricaban burbujas de humo. Salían de las fauces de una máquina, bajaban por un canal en forma de uve y caían al interior de unas cajas que cuando estaban llenas se cerraban solas y se alejaban automáticamente. En un lugar todavía mayor estaban fabricando comida y reconocí por el color y la forma de las bolsas que era de una clase que a mi Amo le gusta mucho. Le gustaba, me corregí. Aquella idea me hizo sentir un acceso de pánico. ¿Habrían encontrado el cuerpo? ¿Estarían ya buscando el esclavo desaparecido?

Cuando subíamos por una rampa, camino de la superficie, Fritz dijo:

—Creo que hemos debido equivocarnos al escoger la izquierda. Ya hemos andado mucho. Tenemos que volver y probar en la otra dirección.

—Antes un descanso.

Sólo unos minutos, —en su voz había desaliento—. No tenemos mucho tiempo.

Así que regresamos penosamente por donde habíamos venido, deteniéndonos de vez en cuando por si oíamos el ruido de máquinas. Llegamos al punto en que nos habíamos encontrado la Muralla y, trabajosamente, seguimos. Me di cuenta de que algo había cambiado, y al levantar la mirada, vi que a nuestra espalda la oscuridad se teñía tenuemente de verde. La noche finalizaba. Despuntaba la aurora y no estábamos más cerca de encontrar una salida, ni más cerca de aquel río esquivo.

El día aclaraba. La sed era más intensa que el hambre, pero la debilidad física parecía a veces superar a ambas. Apagaron los globos verdes. Vimos de lejos a un

Amo por la calle y nos escondimos tras el borde de un jardín de agua hasta que se fue. Un cuarto de hora después tuvimos que eludir a otros dos. Yo dije:

—Dentro de poco las calles estarán atestadas. Tendremos que dejarlo hasta esta noche, Fritz, y regresar a un lugar donde podamos quitarnos las mascarillas, comer y beber.

—Dentro de unas horas le encontrarán.

—Ya lo sé. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo tengo que descansar.

Se tumbó y yo me agaché dispuesto a echarme a su lado. Estaba mareado por la debilidad, y la sed me desgarraba la garganta como un animal furioso. Fritz parecía encontrarse en peores condiciones incluso. De todos modos, no debíamos quedarnos allí. Le dije que debíamos levantarnos y él no contestó. Me puse de rodillas y le tiré del brazo. Entonces él dijo, con la voz súbitamente encendida por la excitación:

—Creo que... Escucha.

Escuché y no oí nada. Así se lo dije. Él me contestó.

—Túmbate y aplica el oído al suelo. El sonido llega mejor así. ¡Escucha!

Así lo hice, y al cabo de un momento lo oí: un ruido débil y apresurado que podía ser el murmullo lejano de unas aguas tumultuosas. Apreté la oreja contra la superficie de la carretera, haciéndome daño en la cara con la mascarilla. Estaba allí, sin duda, un torrente subterráneo. Aquel ruido era un suplicio que agudizaba aún más la sed, pero sentía que también podía pasar aquello por alto. Por fin habíamos encontrado el río. Es decir, sabíamos aproximadamente dónde estaba. Encontrarlo de hecho podía llevar algo más de tiempo.

Exploramos sistemáticamente todas las rampas descendentes de la zona, comprobando si se oía algo a través del suelo. Unas veces el ruido era más fuerte, otras más débil. Una vez lo perdimos del todo y tuvimos que retroceder para proseguir la búsqueda. Había avenidas engañosas que se mostraban prometedoras, pero que resultaban infructuosas y llevaban a callejones sin salida. Teníamos que esquivar cada vez más Amos, u ocultarnos hasta que hubieran pasado. Una rampa de aspecto prometedor llevaba hasta una sala enorme donde había veinte hombres o más haciendo algo delante de unos bancos: bien pudiera ser que el río se encontrara al fondo, pero no nos atrevimos a cruzar. Y el tiempo pasaba; en la superficie estábamos en pleno día. Entonces, de un modo totalmente inesperado, topamos con él.

Había una rampa muy empinada, por la que fuimos resbalando, corriendo el riesgo de caernos; tras un tramo recto volvía a descender, formando una espiral. Fritz me agarró el brazo y señaló. Más adelante había una caverna de techo puntiagudo en cuyo interior se encontraban montones de cajas que alcanzaban la altura de un

hombre. Al fondo, sólo visible a la luz de los globos verdes que colgaban del techo a intervalos regulares, brotaba agua de un enorme agujero, formando un estanque de unos cincuenta pies de anchura.

—¿Lo ves? —preguntó Fritz—. La Muralla.

Era cierto. Al fondo de la caverna, al otro lado del estanque, se distinguía un destello oro mate; no había error posible, era la superficie interior de la barrera que rodeaba la Ciudad, sobre la cual descansaba la cúpula. Contra ella se estrellaba la espuma que se formaba en el estanque. El agua que brotaba era la que ya había circulado por la Ciudad, el desagüe de centenares de jardines de agua. Despedía vapor. Formaba la charca y después... tenía que salir por debajo de la Muralla: no cabía otra explicación.

Avanzamos por la caverna cautelosamente, entre montones de cajas, hasta que llegamos al borde de la charca. Vimos que en el agua había cosas que parecían redes verticales, y también vimos que el agua sólo despedía vapor por el lugar de entrada. Fritz bajó, acercándose más a la Muralla, y metió una mano.

—Aquí está bastante fresca. Las redes deben de retener el calor para que no lo pierda la Ciudad, —se quedó mirando las profundidades agitadas, verdosas como consecuencia de las luces que colgaban sobre ellas—. Will, deja que te lleve la corriente. Antes de que te vayas pondré cierre a los respiraderos de tu mascarilla. La mascarilla tiene aire suficiente para que respires durante cinco minutos: ya lo he comprobado.

Él llamaba «cierre» a una sustancia que los Amos utilizaban para taponar recipientes que se hubieran abierto. Era un líquido que se guardaba en un tubo pero se secaba y endurecía nada más salir.

Yo dije:

—Primero te lo pondré yo a ti.

—Pero si yo no voy.

Me quedé mirándole fijamente.

—No seas tonto. Tienes que venir.

—No. No deben sospechar nada.

—Pero sospecharán cuando descubran que me he ido.

—No lo creo. Tu Amo murió como consecuencia de una caída, un accidente. ¿Qué haría un esclavo ante una cosa así? Creo que muy probablemente iría al Lugar de la Liberación Feliz, porque para él ya no tendría sentido seguir viviendo.

Vi que era un argumento poderoso, pero dije, dubitativo:

—Podrían pensar eso, pero no podemos estar seguros.

—Podemos ayudarles a que lo piensen. Conozco a algunos esclavos de tu pirámide. Si le digo a alguno que te he visto y que me dijiste dónde pensabas ir...

También me hacía cargo de aquello. Fritz había calculado las cosas muy bien.

Dije:

—Si te escaparas tú y yo regresara...

Dijo con paciencia:

—Sabes que no resultaría. Es tu Amo el que está muerto, no el mío..., eres tú el que debería ir al Lugar de la Liberación Feliz. Si vuelves, te interrogarán. Sería fatal.

—No me gusta, —dije.

—No importa lo que te guste, ni lo que me guste a mí. Uno de los dos tiene que irse, volver para contar a Julius y a los otros lo que hemos averiguado. Es más seguro que seas tú —me dio un apretón en el brazo—. Yo ya saldré. Ahora que ya sé dónde está el río, es fácil. Dentro de tres días, diré a los demás esclavos de mi pirámide que me encuentro demasiado enfermo para trabajar y que, por tanto, he optado por el Lugar de la Liberación Feliz. Me quitaré de en medio y por la noche vendré aquí.

Yo dije:

—Te esperaré fuera.

—Espera tres días, más no. Debes volver a las Montañas Blancas antes de que llegue el invierno. Y ahora tienes que darte prisa, —sonrió forzosamente—. Cuanto antes te sumerjas, antes podré volver y beber agua.

Extendió el cierre sobre los respiraderos de mi mascarilla, después de haberme indicado que respirara hondo. Al cabo de unos segundos hizo un gesto afirmativo con la cabeza, indicando que ya se había endurecido el cierre. Volvió a darme un apretón en el brazo y dijo: «Buena suerte». Se le oía más lejos, más amortiguado que de costumbre.

No me atreví a demorarme más. El nivel del agua estaba unos seis pies por debajo del muro de contención. Trepé a él y me sumergí, muy hondo, en las aguas turbulentas.

## CAPÍTULO 11

### DOS, CAMINO DE CASA

Hacia abajo, hacia abajo, penetrando en la oscuridad. La corriente me arrastraba y yo avanzaba con ella, impulsándome a través del agua, intentando tosca y débilmente nadar. Nadaba a un tiempo hacia adelante y hacia abajo. Toqué algo con la mano y luego me di un golpe doloroso en el hombro, y supe que había llegado a la Muralla. Pero seguía sin haber salidas, ni rastro de aberturas, y la corriente seguía arrastrándome hacia abajo.

Me asaltaban una infinidad de posibilidades y temores. El agua podría salir a través de una verja que me resultara imposible quitar. O acaso hubiera más redes en las que quedaría atrapado. Toda la empresa parecía desesperada. Notaba la presión del aire en los pulmones, el comienzo de un estruendo en la cabeza. Aspiré un poco de aire y después inspiré otro poco. Fritz dijo que cinco minutos. ¿Cuánto tiempo llevaba sumergido? Me di cuenta de que no tenía ni idea, puede que diez segundos, o puede que diez veces eso. El pánico, el temor a ahogarme, se apoderó de mí, y quise dar la vuelta y nadar hacia arriba, contra la fuerza del agua, hacia la superficie donde había dejado a Fritz.

Y seguí nadando, descendiendo, procurando dejar la mente en blanco, no pensar en nada, excepto en la necesidad de resistir. Si abandonaba ahora, estábamos perdidos. Y no debíamos perder. Uno de los dos tenía que salir. Muy por encima de mí se divisaba un tenue resplandor verdoso, pero todo en derredor y por debajo de mí había oscuridad, y yo me estaba sumergiendo cada vez más en ella. Tomé otra bocanada de aire, poco profunda, para aliviar mis doloridos pulmones. Me pregunté si habría rebasado el punto en el que ya no era posible volverse. Después una turbulencia; la corriente se interrumpía y cambiaba de dirección. Tanteé hacia delante; seguía encontrando una solidez infranqueable. Hacia abajo, hacia abajo... Un borde, una abertura. La corriente me arrastró hacia allí y comprendí que ahora ya no podía elegir. La corriente cobró más fuerza, era más estrecha. Tenía que seguir porque ya no había esperanza de volver.

De modo que seguí nadando y siendo arrastrado en medio de una oscuridad total. Tomaba bocanadas poco profundas cuando me parecía que era necesario. A medida que iba pasando el tiempo resultaba más difícil medirlo. Tenía la impresión de llevar horas allí, no minutos. A veces tropezaba con la cabeza contra la dura superficie que tenía encima; si me desplazaba hacia abajo unos pocos pies podía tocar el fondo del conducto. Una vez rocé con la mano extendida una pared lateral pero estaba demasiado preocupado por pasar como para querer determinar su anchura.

Ya no bastaba con las respiraciones poco profundas: tenía que coger más aire. Y esto tampoco servía. Respiraba el mismo aire que exhalaba. Sentí un martilleo en el

interior de la cabeza. Brotó allí una oscuridad que rivalizaba con la oscuridad del agua. No había ninguna esperanza, era una trampa sin salida. Era mi fin, y también el de Fritz, y el de todos los que habíamos dejado atrás, en las Montañas Blancas... el de toda la humanidad. Ya podía renunciar, dejar de luchar. Y sin embargo...

Al principio fue un brillo debilísimo, algo que sólo un optimismo inextinguible podía considerar luz. Pero seguí agitando mis brazos cansados, y vi que aumentaba. Se filtraba una claridad; luz blanca, no verde. Debía de ser el final del túnel. El pecho me dolía atrocemente, pero vi que podía pasarlo por alto. Más cerca, más claro, pero todavía fuera de mi alcance. Una brazada más, me dije a mí mismo, y otra, y otra. La claridad estaba justamente encima de mí; pataleé y me abrí paso hacia ella, denodadamente. Cada vez más claro, hasta que irrumpí en medio de la luminosidad cegadora del cielo abierto.

El cielo, pero no el aire por el que clamaban mis pulmones torturados. La máscara sellada me lo impedía. Intenté soltar la hebilla del cinturón pero tenía los dedos demasiado débiles. El río me arrastraba, pero la máscara me mantenía a flote. Me mantenía a flote y también me asfixiaba. Lo volví a intentar y volví a fracasar. ¡Qué terrible ironía —pensé— haber llegado tan lejos para morir de asfixia después de encontrar la libertad! Agarré fuertemente la mascarilla, sin resultado. Me colmaba una sensación de fracaso y de vergüenza, y luego aquella oscuridad que durante tanto tiempo había dominado se precipitó sobre mí y me engulló.

Decían mi nombre, pero desde muy lejos.

—Will...

Pensé, amodorrado, que algo no encajaba. Era mi nombre, pero... lo pronunciaban a la inglesa, no con la «uve» inicial a la que me había acostumbrado desde que hablábamos en alemán. ¿Estaría muerto? ¿En el cielo, quizá?

—¿Estás bien, Will?

¿Hablaban inglés en el cielo? Pero era inglés con un acento... una voz que me sonaba. ¡Larguirucho! ¿Es que Larguirucho también estaba en el cielo?

Abrí los ojos y le vi de rodillas, inclinado sobre mí, en la orilla cenagosa del río. Dijo, con alivio:

—¡Sí, estás bien!

—Sí —ordené mis impresiones dispersas. Una mañana luminosa de otoño... el río que corría a nuestro lado... el sol, del que aparté la vista automáticamente... y más lejos... la gran Muralla de oro, rematada por la vasta burbuja de cristal verde. Estaba de verdad fuera de la Ciudad. Me quedé mirándola fijamente.

—¿Pero cómo es que estás aquí?

La explicación era sencilla. Después de que Fritz y yo nos hubiéramos ido, transportados por los Trípodes, él tenía intención de regresar a las Montañas Blancas para contar a Julius lo que había sucedido. Pero no sentía un deseo apremiante de hacerlo y se quedó en la ciudad unos cuantos días, escuchando todo lo que se decía por si pudiera ser de utilidad. Una de las cosas que averiguó fue el emplazamiento aproximado de la Ciudad, y pensó que no estaría de más ir a echarle un vistazo. Le dijeron que se hallaba situada al otro lado de un afluente del gran río por el que habíamos venido juntos. Cogió el bote del ermitaño y remó hacia el sudeste.

Cuando la encontró, decidió inspeccionarla. No se atrevió a correr el riesgo de acercarse a la Muralla de día, pero las noches que brillaba la luna (un poco, no demasiado) llevó a cabo sus indagaciones. El resultado no fue alentador. La Muralla no tenía juntas de ningún tipo y no había esperanzas de escalarla. Una noche excavó varios pies, pero la Muralla ahondaba aún más y tuvo que rellenar el hueco e irse al amanecer. Nadie que tuviera Placa se acercaba a la Ciudad, así que estaba a salvo de que le vieran. Había granjas no muy lejos y vivía de los alimentos que podía coger o robar.

Después de haber rodeado toda la Ciudad, parecía que tenía poco sentido seguir allí. Pero entonces se le ocurrió la idea, también, de que, si alguien pensaba escapar, el río le brindaba lo que probablemente sería la única salida practicable. Era evidente que sus aguas arrastraban los desperdicios de la Ciudad (a lo largo de una milla no crecía nada en sus orillas ni tampoco había peces, como los había antes de que el río entrara en la Ciudad). Me mostró diversos recipientes vacíos, incluyendo un par de burbujas de gas que deberían haber tirado a los depósitos de desperdicios, pero que sin embargo habían ido a parar al río. Una tarde observó un objeto bastante grande flotando en medio de la corriente. Estaba demasiado lejos como para que él pudiera verlo con claridad, sobre todo teniendo en cuenta que sin lentes veía mal, pero cogió el bote y lo recogió. Era metálico, hueco, por eso flotaba, y mediría seis pies por dos, y un pie de profundidad. Si aquello podía salir de la Ciudad, razonó, un hombre también. En realidad resultaba difícil imaginar algún otro modo posible de escapar. En consecuencia, decidió ocupar una posición desde donde pudiera observar el desagüe... observar y esperar.

Y de ese modo se quedó allí, mientras pasaban los días y las semanas. A medida que transcurría el tiempo menguaban sus esperanzas de que escapáramos. No tenía ni idea de cómo eran las cosas en el interior de la Ciudad: podrían haber descubierto el primer día que nuestras Placas eran falsas y habernos matado. Siguió allí, más, —me dijo—, porque irse suponía abandonar la última brizna de esperanza que porque hubiera algo que alimentara la esperanza. Ahora, con el otoño, comprendió que no podía demorarse mucho más tiempo si quería volver a las Montañas Blancas antes de

las grandes nevadas. Decidió concederse una semana más, y en la mañana del quinto día vio otro objeto flotando en el río. Volvió a sacar la barca, me encontró y con un cuchillo rajó la parte blanda de la mascarilla para que yo pudiera respirar.

Me dijo:

—¿Y Fritz?

Se lo conté brevemente. Guardó silencio y después dijo:

—¿Crees que tiene muchas posibilidades?

Dije:

—Me temo que no demasiadas. Aunque fuera capaz de llegar otra vez hasta el río, está mucho más débil que yo.

—¿Dijo que lo intentaría al cabo de tres días?

—Sí, tres días.

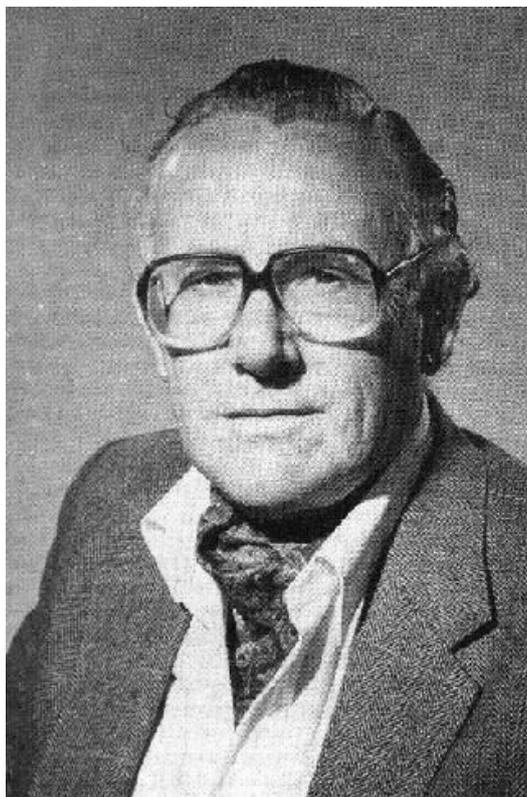
—Vigilaremos atentamente. Además, tú ves mejor que yo.

Le concedimos tres días, y tres veces tres días, y tres días más, encontrando cada vez argumentos menos convincentes para seguir esperando. No vimos que saliera nada de la Ciudad, excepto los desperdicios normales. Al duodécimo día hubo una tormenta de nieve y nos acurrucamos, hambrientos y ateridos de frío, bajo el bote volcado. A la mañana siguiente, sin discutirlo, partimos bajo un sol acuoso que asomaba a través de las nubes grises, en dirección al gran río, hacia el sur.

Una vez volví la vista. Se estaba fundiendo la nieve, pero a ambos lados del río la tierra desnuda seguía cubierta y blanca. El río era una flecha gris en medio de un desierto de alabastro, y apuntaba hacia el círculo de oro y la cúpula de cristal verde. Alcé el brazo; seguía siendo una auténtica alegría estar libre de aquel peso de plomo que me había estado aplastando durante tanto tiempo. Entonces pensé en Fritz, y la alegría se convirtió en tristeza y en un odio profundo y amargo hacia los Amos.

Regresábamos a casa, pero sólo para armarnos, junto con otra gente. Volveríamos.

**FIN**



JOHN CHRISTOPHER, seudónimo del escritor británico Samuel Youd. Nació en Huyton, Lancashire, el 16 de abril de 1922. Dejó los estudios y empezó a trabajar a los 16 años. Más tarde fue periodista y redactor-jefe de una revista científica. Desde 1950 se dedicó a escribir novelas, muchas con seudónimo. Su irrupción en la literatura juvenil tuvo lugar con «La trilogía de los trípodes». Falleció en Bath el 3 de febrero de 2012, a causa de las complicaciones provocadas por un cáncer de vejiga.